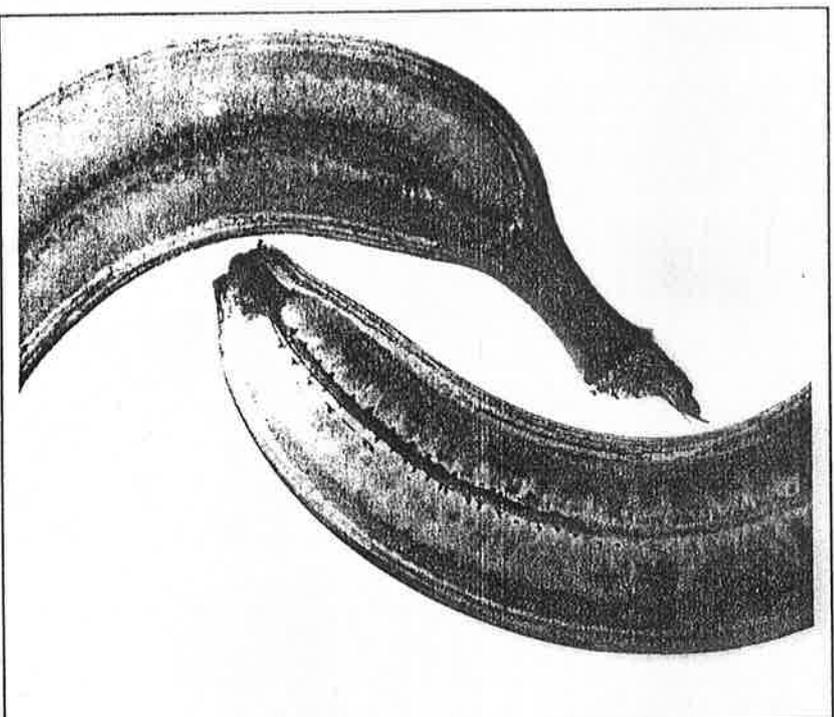


COP1

# ***El baile de las locas***



C O N T R A S E N A S

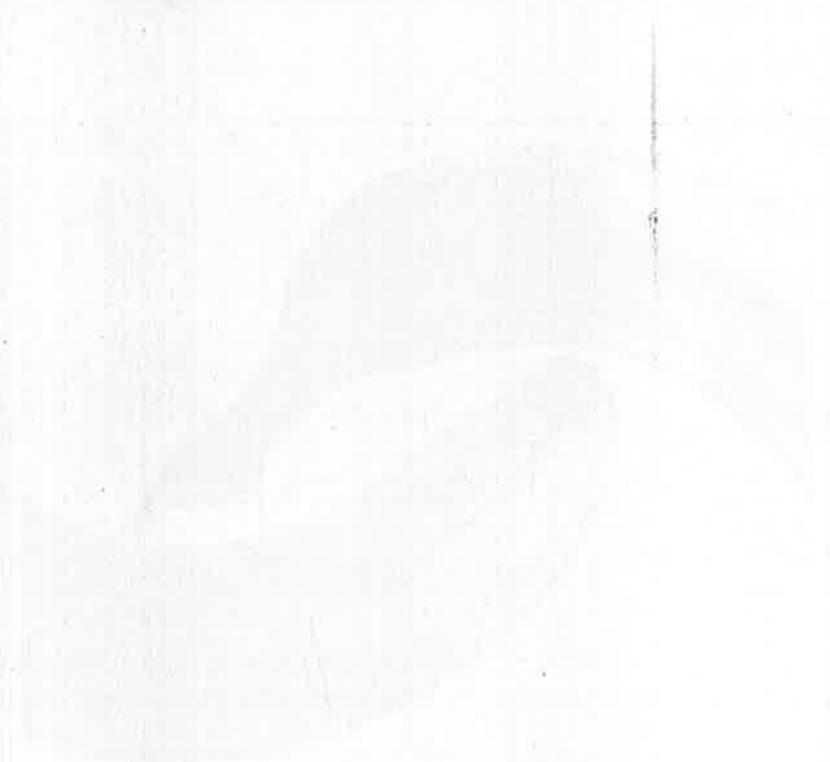
EDITORIAL **M** ANAGRAMA



1950

1950

1950



1950

*Título de la edición original:*  
Le bal des folles  
© Christian Bourgois, éditeur  
Paris, 1977

*Diseño de la colección:*  
Julio Vivas  
Ilustración: foto © Jörn Zolondek

*Primera edición: 1978*  
*Segunda edición: 1983*  
*Tercera edición: 2000*

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1978  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1207-0  
Depósito Legal: B. 24497-2000

Printed in Spain

Liberduplex, S.L., Constitució 19, 08014 Barcelona

*A Marielle de Lesseps*

## CAPÍTULO I

### PIETRO GENTILUOMO

Es la tercera vez en un año que comienzo a escribir esta novela, cuyo tema parece importarme tan poco que, tan pronto como termino una libreta (escribo siempre con bolígrafo Bic y en libretas de gusanillo) la pierdo ese mismo día. Y como olvido todo lo que escribo, debo comenzar de nuevo desde cero. Mi editor me monta escenas. Me ha adelantado sobre esta novela más dinero del que nunca ganaré con ella. Pero estas escenas forman parte de nuestra relación desde hace ya unos buenos diez años, independientemente del éxito de mis libros. Mi editor me empuja a escribir. Me pidió mi primer libro de dibujos, cuando aún no había reunido bastantes ni para llenar un fascículo. Un día le recomendé ir a ver *Ivonne Princesse de Bourgogne* de Gombrowicz, montada por Lavelli. Fue el inicio de su pasión por el teatro. Me adelantó los derechos de mis primeras piezas, que fueron publicadas antes de tener director ni actores. Fubique mi primera

novela, que le encantó, pero no tuvo el más mínimo éxito. Nada lo ha detenido. Ahora me exige otra. Por otro lado, yo vivo de sus adelantos, y cuando logra recuperarlos se pone nervioso, temiendo que deje de escribir. La novela que iba a escribir (y digo iba porque ya estoy en ello) era otra: una novela de travestís, porque me divertí creando situaciones entre ellos, pero ya lo he hecho en el teatro, es más bonito que en una novela, donde no se ve nada, y el travestí debe ser visto. Inventé no obstante algunas, que siempre acababan deteniéndose en el Carrefour de Buci, probablemente porque este barrio albergaba últimamente a algunos de los más interesantes. Pero pronto el Carrefour mismo ocupaba todo el lugar en mi imaginación, mis tres travestís se veían de repente rodeados y perdidos entre otros personajes: gatos, lulús, policías. Buci se extendía hasta St. Germain des Prés y mis personajes se mezclaban con los anticuarios de la Rue Jacob y los dependientes de la Rue de Rennes, quedando finalmente todos mezclados. Entre la Condescarpe y la Rue du Bac, entre el distrito catorce y el Sena (con un saliente en Marais) me quedaba todo un gran territorio poblado de personajes indefinidos, además de los turistas. Y en medio de todo esto, siempre mi editor, instalado en su fortaleza entre St-Sulpice y el Senado, esperando recibir mi informe escrito con punta Bic de toda esta gente, mediante lo cual yo obtendría mis honorarios de cortesano. Es cierto. Pero ¿de quién fue la idea? Y ante todo ¿a quién la va a vender? Sin duda debe pensar: a los mismos. A los mismos que compran libros creyendo que les conciernen a ellos mismos

(tan pocos!) o sus hábitos profesionales o de barrio (tres o cuatro mil personas) o, en el mejor de los casos, en edición más barata, a los que se interesan por todo, sobre todo por los crímenes. Tal vez hasta piensa conseguir un best-seller. Pero no, tendría miedo de perderme. Temes que, una vez rico, me convierta a mi vez en editor y le robe todos sus autores (el sueño de todo autor es tener un editor-autor que haga su trabajo), dejándole solo y obligado a escribir para ganarse la vida. Su pesadilla le lleva a imaginar que se ve obligado a escribir sus memorias para sobrevivir. Yo soy su editor y me niego a darle un adelanto hasta no haber terminado, y él no logra jamás escribir la última página, difíciles como son los libros que ha publicado (a cada uno de los cuales ha dedicado un capítulo) de contar, y sobre todo, difíciles como son de expresar las razones que lo han impulsado a publicarlos. Se despierta sobresaltado y garrapatea en un trozo de papel: exigir a Copi su novela. Y se vuelve a dormir. Pero ¿qué novela? Ya he perdido dos comienzos de novela, de los que no me acuerdo más que de retazos: Pierre en una terraza de café hablando de las capas marroquis de St. Laurent con un travestí el verano del 69, Pierre y yo en una fiesta hippie disfrazados de María Antonieta en Ibiza, en 1971. Me pregunto por qué Pierre ocupa tanto lugar en esta novela, porque Pierre existe, es mi amigo en la vida real ¿qué puede tener de irreal para ser el único ser viviente que tan fácilmente se desliza en mi imaginación entre tantos personajes ficticios? Cuando de pronto se produce el shock: Pierre ha muerto. Y la novela se compone por sí

misma en medio del dolor que su muerte me produce, viviendo de mi dolor. Mi editor no se merecía tanto. Y así se lo digo. Tú no estás al margen de las realidades de la vida, me dice. ¿Pero tan lía-do estabas con él? Es la única persona a quien he amado de verdad, le digo. Pero si era tontísimo, me dice. Sí, era muy tonto en efecto, pero guapísimo. Italiano del sur de mirada lánguida, su verdadero nombre era Pietro Gentiluomo. Me lo ligué en el museo Vaticano hace unos diez años. Había venido para dibujar momias egipcias, y retocaba fotos para hacer postales, ése era su oficio. Al día siguiente me presentaba a su madre, acomodadora de cine. Me invitaron a comer risotto en un pequeño apartamento del Trastevere donde su madre me enseñó fotos del padre de Pietro, actor de cine muerto en el incendio de un plató de Cinecittà en el que murieron quinientas personas, cuando ella estaba aún encinta de Pierre. Impresionado por este drama Pierre se negaba a hacer cine, a pesar de las numerosas ofertas que su belleza le hacía llover. Il cinema porta disgrazia, decía, y su madre asentía. Como un ogro sin dejar de hablar y de gesticular con el tenedor. In Parigi si vive bene? Cui Roma à la provincia. Napoli è bella, si, ma pericolosa. Hacía diseños de moda. Me enseñó un álbum de diseños muy coloreados con bien provistas mujeres embutidas en lamé, largas faldas abiertas hasta la cintura y flores en los cabellos, de inspiración más bien tropical. No diseñaba más que trajes de noche. Soñaba con París. Y yo lo invité a ver Venecia, que aún no conocía. Su madre me lo encomendó mil veces (vi raccomandando, signore!) en el umbral de la puerta,

con lágrimas en los ojos. Aunque yo no era mucho mayor que Pierre (yo tenía entonces veinticinco años, él dieciocho), ella me consideraba ya como una especie de padrino. Los adioses de la madre y el hijo fueron interminables y llenos de emoción. Ella corrió aún cincuenta metros detrás del coche agitando la mano, Pierre también lloraba. Llegamos a Venecia una mañana del mes de abril, y yo estaba ya enamorado. Nos alojamos en una pensión cerca de Piazza San Marcos, paseamos sin rumbo durante todo el día, comimos y bebimos en cantidad, hicimos el amor y la siesta, y antes de salir para cenar Pierre quiso telefonar a su madre al Cine Rex donde trabajaba como acomodadora. Esta había muerto abrasada con setecientos espectadores más en el incendio del Rex ocurrido la víspera. Pierre gritaba, lloraba, rezaba y se arrancaba los cabellos. Desde aquel día no volvió a entrar en un cine, y evitaba pasar por delante de ellos. Incluso las conversaciones sobre cine le resultaban penosas. No sabía quién era Marilyn Monroe. Volvimos a Roma aquella misma noche, y enterramos a su madre en el pequeño cementerio de la Marinella cerca de Roma, donde ya estaba enterrado el padre de Pierre. No era muy seguro que el cadáver que nos habían entregado era el bueno, calcinado como estaba. Lo mismo había ocurrido ya con el cadáver de su padre, y es muy posible que los dos cadáveres que cohabitan en aquella tumba minúscula jamás llegaran a encontrarse en vida, y que las lágrimas que Pierre vierte sobre su lápida se dirijan en realidad a perfectos desconocidos. Yo debía de pasar por Milán a ver a mis grandes amigos los Gandini, antes de volver a París,

y lo llevé allí conmigo. Pierre produjo una espantosa impresión a los editores milaneses a quienes lo presenté, se comportaba mal en la mesa, y no hablaba sino de los incendios en que habían perecido su padre y su madre. En cuanto pudo Gandini me tomó en un aparte y me preguntó: ¿Pero qué le encuentran? Es una pasión sexual, le respondí para cortar. ¿Cómo explicar de otra manera la homosexualidad entre clases diferentes a un editor milanés, por más que gran amigo, en 1965? ¿Tanto han cambiado las cosas? Nos quedamos dos días en Milán, Pierre se sentía a disgusto, y yo también. En cuanto pude liquidar mis asuntos nos volvimos a París, en vez de quedarme una semana en Milán como de costumbre. Pierre se instaló a vivir conmigo en un apartamento para dos del Bd. St. Germain con tres ventanas sobre el Sena, que le encantó.

Fue en este apartamento que aún ahora (se lo he dejado a mi padre) donde viví la transformación de Pierre. No en parisino, sino en mujer. Y no de manera progresiva, sino de golpe.

Pero para esto es preciso que te cuente la vida social de los homosexuales de la época en St. Germain. Ya la conozco, me responde mi editor. Tú no conoces nada en absoluto. Tal vez fuiste alguna vez a cenar al primer piso del Fiacre, y para de contar. Pero yo he pasado años ligando en el bar de la planta baja, antes de hacer la ruta de los retretes, para terminar de madrugada en la Pergola. E inmediatamente después, a las Tullerías, a hacer las primeras pescas que aún huelen a after-shave. Eres vulgar, me dice mi editor. Además, no puedo darte ese cheque de un millón. Mi contable está furioso.

Aún no he recuperado el dinero que puse en tu última pieza. ¿Vas a hacer una novela de cuántas páginas? No lo sé. Bueno, te daré un cheque de cinco mil, y no me pidas más en todo el trimestre. Siento lo de Pierre. Lo vi una vez contigo en Castel. Pierre nunca puso los pies en Castel. Entonces lo confundo con tu otro chulo árabe. Me parece una buena idea que escribas una novela sobre homosexuales, tú conoces el tema a fondo. ¿Una novela sobre homosexuales? ¿Pierre en una novela sobre homosexuales? Me siento indignado. Salgo de casa de mi editor decidido a no escribirla. Me cruzo por la acera de la Rue Bonaparte con diez o doce locas de boutique. Tal vez conozco a algunas de ellas, las confundo a todas. Mi futuro público, me digo con maldad. No, ellas no leen. ¿Pero novelas de locas? Muerte en Venecia, quizás. En todo caso nunca han venido a ver mis piezas. Miro de paso un escaparate de calzado de la Rue du Four, todo lo expuesto me parece horrible, cada vez estoy más decidido a no escribir esa novela. Levanto la vista hacia una buhardilla donde viví hace unos quince años. Antes de lo de Pierre. Estás a punto de inventarte una novela para ti solo. ¿No es ésta la razón, me digo, de que hayas perdido dos comienzos de novela, rechaces de antemano la acogida del público, te enfades con tu editor? ¿Hay algo más íntimo que la novela de Pierre? El cuerpo de Pierre, pienso. El recuerdo del olor de Pierre me asaltó con la violencia de un electroshock, y la imagen de Pierre muerto me vino a la cabeza. Me sentía muy infeliz y no sabía qué hacer. ¿Almorzar en St. Germain? Los alrededores de la Rue St. Benoît donde tanto he cenado, ligado

y actuado en los cafés-teatro siempre me deprimen. Marielle de Lesseps está sentada en la terraza del Flore. Una de las pocas personas de las que podría encontrar aquí que siempre tengo ganas de ver. Esto me transporta diez años atrás, pero como si el tiempo no hubiera pasado, sin pesar. Es verdad, dice ella, aquí no hay ya más que monstruos. Sabía que acababas de volver de Estados Unidos y estaba segura de encontrarte en el Flore. Yo me defiendiendo: pasaba por aquí casualmente. ¿Qué tal Nueva York? No estuve en Nueva York, sino en el campo, en Massachusetts. En casa de Julie Ann y Julian Carroll a los que ella conoce. ¿Qué hice por allí? Olvidar a Pierre. Sí, eso me había afectado mucho. Por dos veces comencé a escribir una novela y dejé olvidados los comienzos, uno en la playa, otro en el aeropuerto de Boston. Sobre Pierre. ¿Sobre Pierre? dice ella muy sorprendida. Si era un imbécil. Ya lo sé. Me alejé de mi mundo por su causa, ninguno de mis amigos podía soportarlo, yo en cambio estaba obligado a soportar a los suyos. Diez años es mucho de todos modos. Tanto mejor si ha muerto. Vamos a almorzar a Lipp. Estamos de buen humor; Marielle logra desdramatizar, durante la comida, la muerte de Pierre. Wolinski y Sempé almuerzan en la mesa de al lado. Son dos dibujantes humorísticos de un estilo próximo al mío, uno del grupo *Hara-Kiri*, el otro de *L'Express*. Me recuerdo de repente de que estoy empleado en el periódico de Wolinski (me publican mis dibujos) y me deshago en excusas: no dibujo nada desde hace tres meses. No se había dado cuenta, me dice, pero debería ponerme a ello, no la ciavo. Ya lo sé. ¿Dónde puede

encontrarseme? En ninguna parte. He dejado mi apartamento, no quiero seguir viviendo allí desde que Pierre ha muerto. Hay un apartamento libre sobre el mío, me dice Marielle. En realidad no quiero alquilar ningún apartamento, me siento mejor en los hoteles, voy cambiando, y los primeros días siempre se está bien. Tengo tres camisas, dos jeans, dos slips, tres o cuatro pares de calcetines, un jersey, un chaquetón, mis objetos de aseo, mi libreta y mi Bic. Lo meto todo en una gran bolsa de viaje o en una pequeña maleta. Tengo algunas cosas en casa de mi padre, pero ni siquiera sabe que estoy en París. Hay que volver al tajo, dice Wolinski. Es la única forma de sobreponerse. Me dice que también él perdió a su mujer, y esto le forzó a trabajar, teniendo que sacar adelante dos hijas. Marielle pretende no tener más que hermanos, yo también, la conversación se divide, Wolinski y Sempé hablan de sus hijas, nosotros de nuestros hermanos. Ellos comen haddock, nosotros pot-au-feu. Marielle está mejor que hace diez años, ríe mejor: ríe con su rollo, y se sonríe con el mío. Sempé y Wolinski se retuercen de risa, uno con los chistes del otro. Se calmarán más tarde con el cigarro, y pintando sobre el mantel. Marielle también escribe una novela. Tiene centenares de páginas escritas, y quiere poner orden en ellas. Sobre París. ¿Los homosexuales? No son más que un barrio. Estás loca, si están por todas partes. Fumamos un cigarro, ella toma un coñac, yo pido un calvados. Sí, es cierto que era guapo, me dice ella. Uno de los personajes de su novela se le parece. Una loca estúpida y musculosa. Eso no se le parece lo más mínimo, protesto yo. Marielle,

como mi editor, confunde a Pierre con algún otro. Proust lo dijo ya todo, dice Sempé. Su conversación iba por otro lado. Marielle debe pasar por su periódico, y la dejo allí. De pronto me encuentro totalmente solo en un taxi sin saber adónde ir. Son las cuatro, vuelvo a mi hotel, en la Rue Bonaparte. Lío un cigarrillo de hasch marroquí, y me duermo pesadamente. Me levanto muy fresco a las ocho de la tarde, ya he tomado mi decisión. Hago mi maleta y me traslado en taxi a un hotel del Bd. Magenta. Me toman por un provinciano que viene a pasar dos semanas a París. Dos semanas, es mucho. Para vivir tengo los cinco mil francos que mi editor me ha dado esta tarde, sin ahorrar alcohol ni mariguana. Tomo una habitación con baño en la que abundan las cucarachas y con un colchón lleno de jorobas. Una mesita negra, una silla y una ventana que da sobre el bulevar. Un sillón que jamás usaré. Les digo que pasaré dos semanas escribiendo. Yo soy escritor. Y aunque al principio esto les parece un poco sospechoso (el hotel lo regentan una madre y una hija feas y avaras), al cabo de dos o tres días se han habituado ya a mis costumbres: escribo durante tres o cuatro horas seguidas, duermo otras dos o tres, salgo a comer algo por el barrio, y vuelvo para seguir escribiendo. La dueña y su hija se dan cuenta de que no estoy en un estado normal, pero les importa un bledo desde el momento en que no subo a nadie a la habitación y apenas hago ruido. Estoy solo para escuchar el ruido de mi bofigrafo sobre el papel y respirar el humo de mi hierba, bien rociada de vodka. Sólo allí me siento con fuerzas de asesinar a Pierre. En este hotel sór-

dido nadie vendrá a buscarme. Y si entre página y página me entran ganas de follar, tampoco faltan los cines de ambiente en el barrio.

## CAPÍTULO II

### CONFESION

Les diré de antemano que lo que van a leer es una novela policiaca, que hay varios crímenes y dos culpables, pero nada de policía (es algo que no soporto en las novelas policiales) y por tanto, tampoco castigo. Y he aquí lo que les propongo para el primer día de trabajo (pues ustedes van a trabajar conmigo en busca del placer cuando los crímenes ocurran, sin que les proponga, por supuesto, otro placer que el completamente intelectual).

He aquí lo que les propongo: en esta novela yo seré masoquista. Es algo que yo habré descubierto en 1965, cuando comencé a llevar una vida pública homosexual, tras haber tratado de maldisimularlo durante mucho tiempo. El masoquismo se me reveló entonces como una homosexualidad de más, o de recambio. Hasta entonces yo había vivido la homosexualidad como un vicio, hecha pública se convertía casi en una virtud, y yo me refugié en el masoquismo. Tenía una decena de partners, entre ellos

un negro americano, una stripista, y un viejo pintor surrealista. Ni mis amigos homosexuales ni los heterosexuales lo supieron jamás, y aún leyéndolo pensarán que se trata de una invención, creyéndome como me creen un homosexual puro. Cuando me encontré a Pierre en Roma tenía cicatrices infectadas en las tetillas, quemaduras en las piernas, y me habia despedido de París con una jornada exhaustiva. Otros van al analista. A mí en cambio esto es lo que me cura, me siento alegre y feliz. Así me preparo a pasar unas formidables vacaciones en Roma, y acepto incluso representar el románticísimo indispensable en esta vieja ciudad entre dos coitos rápidos por cualquier esquina oscura, antes de ir a beber una cerveza en Piazza Navona con el chapero de turno y prestarle diez mil liras que no verás más. Cuando caí con Pietro quedé alucinado, todos mis sentidos se transformaron. No tenía sexualidad alguna, ninguna. No se le empinaba jamás, no sentía nada, yo podía hacer de él lo que quisiera y, cosa curiosa, sabiendo que hubiera podido herirle en su orgullo de macho romano para mi placer. respeté su cuerpo de eterno veraneante, duro en sus partes bronceadas, suave en las partes blancas, que era todo Pietro, todo su ser. Yo amaba en el sobre todo su olor fuerte y cambiante: era su alma. Algunos tienen como olor dominante las axilas, otros nos tienen como olor dominante las axilas, otros los pies, otros el sexo, Pietro era el olor de los caballos, siempre el mismo, incluso después de lavarlos. Olian como a sabor de miel, aunque fuesen negros y crespos. Y mezclado con el trazado de ese olor dominante un dibujo cambiante de mil combinaciones de olores, el de sus pequeños pies, que

me daban el peso que despedía su cuerpo, el de su sexo, que me hablaba como una antena de la sexualidad que destilaba en torno nuestro, el aroma de jazmín de sus testículos siempre húmedos, y las axilas que combinaban infinitamente lo agrio, lo dulce y lo amargo, según los humores. Pronto aprendí a interpretar todos estos olores y me guío en el mundo exterior por ellos, son mi sexto sentido. No puedo alejarme de Pietro. Cuando se viste, cuando cocina, cuando camina, cuando toma una ducha, cuando mira la tele, evoluciono en torno suyo para sentir su olor de cerca. Le he prohibido todo desodorante o perfume. El piensa que yo veo en él una obra maestra romana. Muchacho de la calle como es, está acostumbrado al turismo. Más enamorado de mí de lo que cree, necesita de mi mirada para vivir, soy ya su asesino. Bueno, asesino es una palabra fuerte, yo no sé aún que voy a matarlo, él no sabe que yo puedo olvidarlo. Y, desde el momento en que he empezado a escribir ya lo he matado, el movimiento hipnótico del Bic sobre mi libreta bloquea el recuerdo de su olor, ahora comprendo que era este movimiento constante de mis ojos cuando escribo (escribo siempre de tres a quince horas por día) (incluso cuando no escribo sigo con los ojos los movimientos de mi Bic) lo que le asustaba en mí, ese movimiento de ojos de reptil, tan lejano del ojo aterciopelado que intento amaestrar, perforar. Ah, Pietro, yo te amé también a causa de tu mirada de gacela, tu mirada que jadeaba cuando recibía mis flechas. Sé que te he herido, lo sé, y siempre injustamente. Debía haberte contemplado vivir de lejos, con gemelos, ser sólo un buen ami-

go. Pero tenía necesidad de tu olor como blanco de mi mirada ¿lo comprendiste así alguna vez? No, nunca lo comprendiste. Yo te daba miedo, yo te hice huir. Fuiste a refugiarte en la mirada vacía de una rubia, y te ahogaste en un lago de acero ardiente. Hubiera debido dejarte en Roma e ir a verte de vez en cuando en peregrinación, como se va a ver la Capilla Sixtina. Pero es demasiado tarde, te has hecho ya parisino, el solo recuerdo de Roma te resulta ya desagradable, y evitas frecuentar a los latinos que ya encuentras demasiado vulgares. Has abandonado tus pantalones vaqueros y tus camisas Lacoste por pantalones de satén y camisas indias, y yo te he regalado un collar de ámbar y coral que te pones para ir a bailar a Leslie, tú solo te compras tu primer vestido en el rastro, y yo te regalaré tus primeras plataformas de St. Laurent, tú te depilas las piernas, el pecho, pronto la barba, adoptas un peinado afro y tomas hormonas femeninas. Tu voz se hace más suave, empiezan a aflorar pequeños senos que no dejo de lamer, de mamar con adoración, te la meto cuatro veces por día. ¿No fuimos acaso felices? Si no fuera por esa obsesión tuya de hacerme cada vez más mujer que te absorbe demasiado. Te veo de nuevo todos los días como te veía todas las mañanas cuando vivíamos juntos, con unas pinzas de depilar en la mano, la mirada hundida en un espejo de aumento, arrancando uno a uno todos los pelos de tu barba italiana, el gesto torcido de dolor, y esto durante horas, para terminar con las mejillas ensangrentadas y pasarte toda la tarde con compresas frías, para estar presentable por la noche bajo dos dedos de maquillaje a la luz discreta

de una boite. Puedo decir que durante todos aquellos años sólo pude escribir y dibujar levantando de vez en cuando los ojos para contemplar tu martirio. ¿Qué me inspiraba tu martirio? No lo sé. ¿Y tú? ¿Hacías todo eso por mí, para mi mirada? ¿Puedes imaginar mi turbación, mi dolor, cuando me veo obligado a escribir sin ti, cuando todo lo que veo al levantar la vista de lo que escribo es ese pequeño y triste trozo de Bd. Magenta? Estás muerto, y no puedo escribir sino sobre ti. Te añoro terriblemente, cierro mi libreta, me hago un porro de hierba muy fuerte y lo fumo llorando, finalmente me calmo y tomo una ducha. Es una locura quedarme en este hotel que me deprime, hubiera debido ir dos semanas a escribir a Marruecos. Pero ya lo he intentado varias veces, Marruecos me abre siempre las ganas de dibujar, nunca de escribir. Decido salir para Marrakech al día siguiente. ¿Hay aviones todos los días? Poco importa, me iré a Tánger. Son las diez de la noche, no he comido nada en todo el día, sería bueno salir a comer. al menos un sandwich. He escrito muy poco, el recuerdo de Pietro me corta las frases, quedo con el bolígrafo o el cigarro en suspenso minutos enteros pensando en él. Salgo a la calle completamente pirado y borracho, pero en mí es ya tan habitual que las gentes apenas se dan cuenta. Como un bistec con patatas fritas y un burdeos imbebible en un restaurante inundado de neón. Para no tener que mirar a los vecinos me zambullo en la lectura de los pies de foto de París-Match. No soy el único que se aísla, las gentes comen solas como en Nueva York, los que están juntos no hablan entre sí, todos se miran huidos como yo en

un tenso sopor. Pero yo al menos estoy pirado. Me coño de las fotos de Juliana de Holanda. Pago, tomo en la barra un carajillo. Miro a un árabe que observa a un chorro francés que juega al flipper. El me mira a mí, sostengo su mirada, y esbozo una sonrisa tocándome el paquete. El también se toca con aire muy serio. Es feo y bastante viejo. Entro en los servicios, hay que meter una pieza de veinte céntimos para abrir la puerta del water. Meto una y dejo la puerta entreabierta. El árabe llega en seguida, con aire impenetrable. Se desabotona, yo me bajo el slip. Tiene una polla larga con un gran glande, yo le mamo. Me encula, pero se corre en seguida, luego se seca, y me seco. Litros de leche. Sale sin sonreír y se lava las manos. Yo estoy todo excitado, me entran ganas de ir a Tullerías. En la calle mi excitación decae. Vuelvo al hotel a escribir, pero caigo dormido después de haberme lavado cuidadosamente el ano, es la forma de no pillar una blenorragia tras otra. Me despierto sobresaltado como siempre que me pongo a escribir y me lio uno de hierba. Tomo una cerveza bastante fresca que había dejado en el reborde de la ventana. Son las cinco de la mañana. Sólo se oye el ruido de algunos coches que arrancan regularmente con el verde. Me pongo a leer lo que he escrito y me doy cuenta con asombro de que no he dicho una palabra sobre Marilyn.

## CAPÍTULO III

## LA RIVAL

Marilyn es una mujer de maripuitas que se peina, se maquilla, se viste como Marilyn Monroe e imita todas sus muecas y sus gestos, todo está ahí, el movimiento de los párpados, la boquita glotona. Tiene copias de los vestidos de Marilyn en sus films, y sólo usa estos vestidos, desafiando todas las modas. Naturalmente, hace una imitación de Marilyn Monroe en el Alcazar, y durante una época ha sido el ídolo de las travestis, pero nosotros la encontramos ya en su decadencia, sustituida en su número por un travestí de verdad que tenía exactamente la misma especialidad. Star de un día, la afectaba cruelmente su fracaso, que intentaba ahogar en vodka con naranja por todas las boites de locas, donde aún conservaba algunos acólitos. Mi pobre Pierre se convirtió en uno de ellos. Venía a buscarnos casi todos los días para ir a cenar a un restaurante de locas y luego arrastrarnos a las boites de loquerío hasta las cinco de la mañana. Cuando noté que una

especie de ingenua admiración por esta chica estúpida comenzaba a crecer en Pierre, la odié, pero me cuidé muy mucho de mostrárselo; estaba celoso y lo ocultaba. Y ella adoraba a Pierre. Robaba para él maquillajes y vestidos en las boutiques. Nunca la vi gastar un céntimo, lo robaba todo. Vivía en un hotel por Odeón, que no pagaba desde hacía dos años. Vendía a su patrón la hierba que le daba un viejo diplomático colombiano a cambio de organizarle de vez en cuando una orgía, en la que ella hacía pagar a todo el mundo por participar, incluidos los chaperos. Vendía sin cesar y en todo momento a todo el mundo, y no compraba nunca nada. Yo la he visto cambiar cien gramos de hierba por un billete a Río, y éste por una casa en Ibiza durante un año, en cuestión de dos telefonazos. En Pim's, la boite donde durante mucho tiempo fue la reina, nada se hacía sin ella, organizaba las expediciones para ir a bailar al Petit-Vendôme, y en la madrugada se iba a fumar un cigarrillo de hasch a las Tullerías. Adoraba a las locas y se hacía aceptar por ellas jugando al travesti. Pero no lo era en absoluto. Se enamoró de Pietro con una extraordinaria violencia, erigiéndose en el más astuto adversario que nunca tuviera frente a mí. Y ganó el primer round con el matrimonio. Ella y Pierre se casaron en 1967 en Amsterdam, vestida ella de Marilyn Monroe y Pierre de Jane Russell en «Los caballeros las prefieren rubias». Para celebrarlo organiza una fiesta en una barcaza, en la que yo pago el alcohol y la droga, y ella pasa la bandeja después de haber imitado a Marilyn en «Tubie-dubie-du». Ya la tengo instalada en Rd St. Germain con unos enormes baúles abier-

tos en los que los falsos vestidos de Marilyn se encuentran en exposición permanente, metida todo el día en el cuarto de baño, y depilando a Pierre hasta las nalgas mientras parlotean sobre lo que pasó en Pim's la noche anterior. Yo tengo que refugiarme a escribir en la cocina, donde ninguna de las dos pone jamás los pies, pues aún no se le ha ocurrido trasformarla en solarium. El día entero lo pasa colgada del teléfono, sentada en las rodillas de Pierre, depilándolo con una mano, mientras habla con la otra. Es para organizar lo de la noche. Y esto durante horas y horas. Todos los travestis tienen mi teléfono. Comienzan a llegar a eso de las ocho, sobre todo los que no tienen baño en su casa, todos con bolsas de vestidos y cosméticos. Mi casa era como las bambalinas de un espectáculo que jamás llegaba a representarse, aparte de salidas furtivas a las boites donde otros grupos venían igualmente a exhibirse. ¿De qué vivían todos ellos? De Marilyn. Traficaban en pequeñas cantidades el hasch que Marilyn les pasaba, robaban comida en los supermercados y vestidos en los Prismic y las Puces, algunos tenían algún viejo admirador que les pasaba dinero. Este dinero se lo prestaban y prestaban incesantemente entre ellas sin que jamás gastaran o invirtieran nada (o muy poco). Iban así amasando una pequeña fortuna y acabaron abriendo una cuenta bancaria a nombre de Marilyn, cuyo verdadero nombre era Delphine Audieu. Yo era el que pagaba no obstante el alquiler, el gas, la electricidad, el teléfono, la bebida, el cus-cus que se hacían subir de Place Muabert, las reclamaciones por alboroto nocturno, y los taxis, a cambio de lo cual tenía dete-

a algunos cigarrillos de hasch de la peor calidad, y a su desprecio. Pasaba los días atrincherado en la cocina sentado frente al frigorífico, dibujando sin cesar para poder sostener mi tren de vida. De vez en cuando la puerta se abría y Pierre me pasaba un cigarrillo de hasch, al tiempo que me decía: ¡Marilyn me ha encontrado un vestido sublime! ¿Me encuentras hermosa, querido? Y evolucionaba entre la mesa de la cocina y el frigorífico con una minifalda de lamé de plata. Yo le tomaba de la mano, intentaba besarle la nuca, y decía: quedate conmigo un momento en la cocina, déjame sentir el olor de tus axilas. Monstruo, me decía él, rechazándome. Y, con una gran risotada de muchacho romano, volvía al living, de donde me llegaban las risas locas, los parloteos, y una nube de hasch. Yo me apoyaba en el frigorífico, abrumado. Desde que Pierre se había casado no me permitía ya ni tocarla, ni olerla. Me veía obligado a dormir en el otro extremo de la cama, mientras Marilyn, en un sofá al otro extremo de la habitación nos vigilaba. Pues ambas detestaban todo lo que oliera a polla, Marilyn la primera, que era aún virgen. Tampoco se acostaban entre ellas, jamás se les hubiera pasado por la cabeza. En los bares de locas burguesas tenían prohibida la entrada y estaban fatalmente vistas. Hacían la carrera por la calle Sainte-Anne, se agarraban a los viejos achispados que salían de los bares, se los enrollaban, Marilyn con un abrigo de piel de cabra azul les contaba que era una gran estrella del Alcazar para darles confianza, los invitaban a beber un vaso en la Pergola, les inyectaban cocaína en las nalgas y los llevaban a su casa totalmente pirados, aterrori-

zados ya del escándalo que su vicio podía hacer estallar en su familia (incluso los viejos más solitarios tienen una sobrina lejana, o la familia de un socio, o cualquier sociedad donde el escándalo puede siempre estallar). Y, una vez allí, qué espectáculo. Por completo alejado de las refinadas sesiones de mi época masoquista. Ataban al viejo con trapos a la cama, le meaban y le cagaban encima y luego le arañaban los ojos, lo flagelaban con toallas húmedas. Marilyn llevaba siempre en su bolso una pequeña batería con dos electrodos que introducía uno en el ano y otro en la boca del viejo, daban el contacto, y el viejo aullaba a pesar del electrodo que tenía en la boca, se contraía, mientras ellas redoblaban los golpes y los arañazos. Cuando finalmente apagaban su aparato el viejo estaba desvanecido, y ellas se ponían a aullar como indios, saqueaban el apartamiento, y todos partíamos en radio-taxis sin que jamás supiéramos de denuncia alguna. Vi hacer esto en Avenida Foch, en Parc Monceau y en Place de l'Alma. Y cuando, repuesto de la aventura, el viejo volvía por Sainte-Anne, los travestis se burlaban de él, le daban empujones, le quitaban el sombrero, le pellizcaban las nalgas. Entraba así en el Sept todo despeinado, con la corbata ladeada, la cara congestionada y los ojos llorosos. Las demás carrozas ricas apenas le dirigían el saludo, había quedado proscrito de su sociedad, pasado al rango de los masoquistas. La pobre vieja, después de haber pasado dos horas en el bar en medio de la indiferencia de sus congéneres, volvía a encontrarse en la acera rodeado de la banda de Marilyn, que esta vez le sacaba cheques en blanco sin necesidad siquie-

ra de tocarlo (al viejo). ¿Cómo pude soportar esta vida durante diez años? ¿Cómo pude apartarme de mis amigos de izquierda, de Marielle de Lesseps, de mi editor, para convertirme en testigo mudo de todo este tinglado que me sublevaba? Por amor a Pierre. Pierre, a quien sabía que perdería si lo apartaba un minuto de mi vista, no porque fuera él a abandonarme (ahora sé que nunca me abandonará), sino porque si vuelvo a mis amigos (que por otro lado no lo soportan), corro el peligro de desplazarme hacia otra sensibilidad. Yo le dedico toda mi atención e incluso mi tiempo de trabajo. Recuerdo haber dibujado noche y día durante un mes para comprarle un abrigo de piel de mono. Tenía tal vez la premonición de que moriría joven, y no quería perder un momento de su vida. Pero hubiera deseado un poco más de calma, estaba muy lejos de compartir esa histeria propia de los travestís, donde un pañuelo provoca bofetadas, o se parten la cara una a otra por un cliente (¿no llegan incluso a matar?). Todas ellas llevan navajas automáticas en sus bolsos porque, dicen, las atacan por la calle. Algunas de ellas tienen motos y se visten de cuero, van a buscar a las carrozas masoquistas que van a ligar en coche al Bois de Boulogne, y las flagelan con cadenas de moto por quinientos francos (nuevos). Pronto reúnen dinero suficiente para invertirlo (la sociedad se compone de unos treinta miembros) en una imprenta, donde hacen una revista porno entre todas. Así pude ver mi apartamento convertido en estudio fotográfico, con aparatos por todas partes que consumían enormes cantidades de luz, a costa mía, y mi cocina transformada en cámara de revelado, viéndome ubi-

gado a refugiarme en el cuarto de baño, que hace al mismo tiempo de camerino donde se maquillan, se lubrican el ano, se ponen anillos en la polla y se la cascan sin cesar para tenerla tiesa, pues las hormonas femeninas que tragan a puñados les dificultan bastante la erección. Tan pronto una de ellas consigue trempar Marilyn se precipita a poner a punto la cámara, mientras otra expone el ano, y las demás se afanan con los proyectores, los accesorios (pieles, plumas, perlas, penes artificiales, látigos, punteros), la maquilladora espolvorea los senos, las piernas, los testículos, y todo ello con gran nerviosismo no sea que la modelo se destrempe antes de que todo esté listo para la foto. Para evitarlo, una de ellas se dedica a mamársela. Marilyn mide la luz de los pantalones de cuero de una, las piernas desnudas de la otra, hace cambiar de sitio un proyector, o añade a toda prisa un liguero de lentejuelas, una boa verde, o un cojín de satén. Su revista no tiene venta legal, pero se vende a precio de oro en los bares de locas. Las invitan incluso al Régine, donde robarán un abrigo de pieles y zumarán al vigilante. Y Marilyn es la reina de todo este mundo. Y decide finalmente convertirse en realizadora, tras haber ganado lo bastante para hacer un film. Yo temblé ante la idea de que fuera a pedirme un guión. Pero no ¡su guionista es Pierre! La pérfida mujer había encontrado el medio de alcanzar a Pierre en su creatividad que, como en todos los romanos, es de inspiración viril. Le impulsa a encontrar en su infancia el tema del film, Pierre siente horror por el cine que le trae a la memoria la muerte de sus padres, pero ella le convence de que debe desembara-



que me folle y me dé marcha. Y pondré de patitas en la calle a todos los travestís, empezando por Marilyn. ¿Es un tío? me pregunta el taxista. Sí, es un tío. Tiene buenas tetas, ¿eh? Las tetas se las pone uno, le replico de mal humor, hasta usted puede si quiere. Carajo, yo, dice y se echa a reír. Uno se haría de estar todo el día oyendo indirectas, en la calle, en los lugares públicos. De hecho pienso que Pierre y los otros tienen mucho valor. Por un instante me viene a la cabeza la idea de cambiar de sexo, creo que es la única manera de recuperar a Pierre. Pienso en mi cuerpo delgado, en mi gran nariz puntiaguda. Tal vez si se me hubiera ocurrido más joven. Todos los que conozco se decidieron muy tarde, en los USA se apresuran a cambiar de sexo a los dieciocho años, la edad legal, y ya entonces resulta demasiado tarde. Debería permitirse el cambio de sexo en la pubertad, antes de que los caracteres viriles empiecen a acentuarse. ¿Cuántos muchachos de doce años no se decidirían a convertirse en chicas de no ser el miedo a la pesadilla de las clínicas? ¿Me hubiera atrevido yo a hacerlo a los doce años, cuando me sentía más niña que nunca? Estoy casi convencido, pero en aquella época las cosas no se planteaban así, y ni siquiera podía imaginar que fuera posible. Hasta dentro de diez años no habrá en Francia travestís verosímiles. En Nueva York he oído hablar de uno de veinticinco años que se casó con un pastor protestante, sin que éste sospechara lo más mínimo, y ambos han adoptado una pequeña asiática. Y no me cabe la menor duda, vistos los éxitos de los americanos en este campo de la ciencia, pero es preciso. repito, decidirse des-

de muy pronto. Pierre lo había hecho ya demasiado mayor, lo más molesto sobre todo era su nuez, por no hablar de sus piernas arqueadas, sus brazos musculosos y el vello de su pecho que aún subsistía en buena parte sobre sus senos rellenos de parafina que a veces se afeitaba, cansado de las sesiones de depilación eléctrica, tan dolorosas y tan costosas para mí. Yo tenía la impresión a veces de tener entre las manos dos enormes testículos y la idea me excitaban aún más, por la cosa surrealista. Al mismo tiempo comenzó a experimentar una excitación extrema cuando yo le lamía el ombligo. Tenía un ombligo profundo que olía un poco a chocho. Pronto conseguí meter en él dos dedos, y luego la polla entera. Sus espasmos eran constantes, locos, los míos también. Yo tenía la impresión de penetrar más a Pierre que por todos los culos y chochos del mundo. Y él llamaba al goce que yo le procuraba «Gioia Divina», exclamación que emitía cada vez que yo hundía mi polla en su ombligo al tiempo que mamaba y mordisqueaba sus pechos que imaginaba cojones. Nunca he oído hablar de un ombligo como éste, que era una especie de monstruosidad de la naturaleza. ¿Las hormonas? No lo creo, aunque fuera precisamente un año después de comenzar con las hormonas cuando descubrí este nuevo centro erógeno, pronto convertido en principal, y casi único. Pierre recordaba haberse tocado el ombligo de pequeño, pero no más que el culo; la polla, desde luego, nunca. Su ombligo había sido siempre más profundo de lo normal, y ya desde muy pequeño guardaba en él las monedas que pescaba en la Fontana de Trevi, imitadas los otros niños las guarda-

ban en la boca. Pero nunca le había prestado tanta atención, y fui yo quien lo desvirgó. Le hice jurar que nunca se lo daría a otro, me aterrizaba pensar que pudiera acostumbarse a una polla mayor que la mía, y lo obligaba a salir con un esparadrapo sobre el ombligo que yo verificaba a su vuelta. También lo dejaba salir solo de noche. Hay que decir en su honor de romano que nadie más que yo conoció su ombligo, tal vez porque le daba vergüenza. ¿Cómo es posible que aquella estúpida de Marilyn nunca llegara a sospecharlo? Y sobre todo ¡cómo se las arreglaba para hacerlo trempar? De repente doy un salto en el taxi y descubro todo el tinglado, en el momento mismo de llegar a Orly. Dejo mi maleta a un maletero y corro al primer teléfono público que encuentro, marco el número de mi casa, está ocupado. ¡Lo que hace es cambiar en el frasco que Pierre lleva siempre consigo en su bolso las hormonas femeninas por hormonas masculinas! Y esto desde hace algún tiempo, exactamente desde su matrimonio. Mi teléfono suena ocupado todo el tiempo, como de costumbre, desde el momento en que el primer travesti salta de la cama. Vuelvo a tomar un taxi, y en mi excitación casi dejo la maleta con el maletero a quien se la he encargado. Voy muy retrasado, le digo al taxista, le daré una buena propina si llegamos pronto a Bd. St. Germain. ¡Al número 2! Esto está hecho, dice el taxista. Y vuelve sin prisa, coleccionando embotellamientos. Mi excitación se va mudando en cólera fría, la cólera del juez. Cambiar las píldoras me parece un acto criminal contra la identidad humana. ¡Como si no hubiera ya bastantes hombres normales en el mundo!

El taxi se detiene ante un semáforo rojo. Me doy cuenta que es el mismo que acabo de coger hace un momento. ¿Ha olvidado usted algo? me pregunta el taxista. Mi documentación respondo. ¿Adónde va? A Roma ¿Le gustan los tósos? Lo miro por primera vez. Es guapo, sin más. Pelirrojo. Los cabellos rizados, la sonrisa amplia. Veinticinco años, aunque cualquiera sabe. El coche arranca de nuevo con la luz verde. ¿Y a usted? le pregunto. El sonríe por el retrovisor. Soy marroquí. Pero si usted es pelirrojo ¡Es la jena! Enciende un cigarrillo. ¿De dónde? Es complicado, ha nacido en Ketama, y pasado su infancia entre Tángier, Casablanca y Agadir. ¿Y qué hace aquí? Trabajo de taxista. Se ríe, arranca de nuevo al encenderse el verde. Yo no conozco más que Marrakech, le digo. Hay hermosos muchachos allí, dice, y se ríe. Tiene un diente de oro. Fija su mirada en la mía, y yo me veo obligado a sonreír. Se da cuenta en seguida de que tengo un diente cariado. A fuerza de vigilar las idas y venidas de Pierre ni siquiera he tenido tiempo de ir al dentista. Pillamos otro embotellamiento. Ya no sé qué decir: pero el invierno en París no es lo mismo que en Marruecos. El se ríe. ¿Vive usted solo? me pregunta. Sabe perfectamente que no, ha visto a Pierre esta mañana, y ha oído nuestra conversación. No, le respondo secamente. Es la forma de ligue que me molesta. Desde que vivo rodeado de travestidas me toman por una pasiva o por una ninfómana, o por ambas cosas a la vez. Y lo peor son mis amigos de izquierda, que me toman por una víctima de la sociedad (de la sociedad de las locas, por supuesto), aunque ésta es a veces también mi opinión. Llego

mos, le doy un billete de cincuenta francos y subo las escaleras de dos en dos. No hay nadie. Sobre mi cama recién hecha (han hecho limpieza antes de largarse) una carta de letra redonda e infantil de Pierre. Por el tono y la sintaxis me doy cuenta de inmediato que Marilyn se la ha dictado: «Queremos vivir una vida normal de pareja. Te agradezco todo lo que has hecho por mí. Tuyo, Pierre». Mi desprecio por esta mujer me hizo siempre substituir su fuerza. ¿Pero adónde se han ido? Llaman a la puerta. Es el taxista con mi maleta, que me había dejado olvidada en el taxi. ¿Se ha ido? me pregunta al verme con la carta en la mano. Y entra sin soltar la maleta. Inspecciona el living, y dice: está bien instalado aquí. Yo cierro la puerta. Quédese y tómese un vaso, le digo. El taxímetro está corriendo, me dice. Yo pagaré su taxímetro. No bebe en horas de trabajo. Tengo hasch marroquí. Eso sí, una calada. Se pone a fumar e inspecciona los trapos de los travestis colgados por las paredes. ¿Es usted quien se pone esto? me pregunta. No, nunca. Déjeme ver cómo le queda. Me desvisto en el cuarto de baño, me pongo un vestido de lentejuelas de plata que me queda demasiado grande, y de pronto me doy cuenta que está en el quicio de la puerta viéndome hacer. ¿Te gusta? Le digo. Se acerca y me echa mano al culo, con el cigarro en la boca. Su zamarra de cuero despide también un fuerte olor. Me da la vuelta, me baja la cremallera, y se desabrocha. Suena el teléfono. Espera un momento, le digo. Es Pierre. Me dice con voz muy grave: he reflexionado. Dejo a Marilyn Monroe (¿por qué Monroe? Nunca la hemos llamado Monroe).

Silencio. Bueno, le digo, vuelve. No tengo dinero para el taxi, me dice. La muy desalmada lo ha dejado tirado en el Aeropuerto Charles de Gaulle y ha cogido sola un avión para Ibiza. El taxista está detrás mío intentando abrirme las piernas. Yo lo rechazo con el codo. Yo pagaré el taxi, le digo. Y tras un silencio me pregunta: ¿me perdonas? Por supuesto que lo perdono. ¿Reharemos nuestra vida juntos? La ternura que impregna esta pregunta tan torpe me emociona, se me hace un nudo en la garganta. Apenas consigo decir «sí, te amo», y cuelgo sollozando. El taxista redobla sus ímpetus, me desgarrá la costura que continúa la cremallera, ruje, intenta hundirme la polla en el ano que yo aprieto. Cuanto más daño se hace en el glande más se excita, empuja sin dar nunca marcha atrás, hasta que lo dejo entrar de golpe. Jadea, y ya se ha corrido. Siempre la misma historia con los árabes. Va a lavarse sin decir palabra, se enjabona bien la polla sin atreverse a mirarme a través del espejo. ¿Te ha gustado? le pregunto apoyado en el dintel de la puerta. Yo me veo perfectamente en el espejo, tengo los cabellos largos en completo desorden, el vestido desgarrado, como una puta que acabaran de violar. El taxista se ríe con aire de embarazo. Tengo que volver al tajo, me dice. He de darle cien francos al patrón a mediodía ¡sólo cien francos! ¡Y pensar que hay locas que les da miedo ligar por la calle y se dejan robar o masacar por los chaperos que se han ligado en los bares! Vuelve cuando quieres, le digo. Te puedes tirar también a mi amigo si quieres. Intento hacerle trempar de nuevo, él me aparta suavemente y me dice: estoy casado. Saco un

billete de cien francos de mi pantalón que está en el suelo. ¿No quieres engañar a tu mujer? le pregunto. No, tenemos además dos niños. Que se le parecen. Y juegan al fútbol. Se abrocha de nuevo, lo acompaño al descansillo y lo beso en las dos mejillas en el preciso momento en que la vecina de arriba sube con la cesta de la compra. El taxímetro está marchando, me dice como excusa, y baja. Pierre sube, lo cruza a toda prisa, y dice: ¡dame cien francos! Corro al cuarto de baño y cojo otro billete de cien francos del bolsillo de mi pantalón. La vecina allá en el descansillo: ¡Voy a escribir al propietario! Yo le doy los cien francos a Pierre que baja para pagar su taxi. La mujer escribe al propietario cada vez que encuentra un hombre vestido de mujer en la escalera, y por eso no se cansa de subir y bajar la escalera durante todo el día. Su obsesión es tal que se empeña en decir que mi abuela, que un día vino a verme, es también un travestí. Y cada carta sirve al propietario para un nuevo aumento de alquiler. ¿Qué tal sus gatos, Mme. Choyeuse (éste es su verdadero nombre)? le pregunto subiéndome el escote ¿Mis gatos? ¿Mis gatos? ¿Qué tiene usted que decir de mis gatos? Saca un puero de su cesta y me empieza a flagelar con él. Yo intento mantenerla a distancia, pero ella redobla sus golpes, maúlla. Hay hojas de puero machacadas por todo el descansillo. Pierre sube, suelta un grito de loca, me protege. ¡Vieja loca! le grita a Mme. Choyeuse. ¡Deja a mi pobre Raúl tranquilo! Yo soy ya su pobre Raúl (éste es mi verdadero nombre, me llamo Raúl Damonte, pero firmo Copi porque así me ha llamado siempre mi madre, no sé por qué).

Luego me empuja hacia dentro y cierra dando un portazo. ¿Te ha hecho daño? me pregunta con un gesto exagerado, mientras me abraza. ¡No! ¡No! El me besa en la boca, es decir, me chupa y me muerde los labios sin soltarlos durante casi dos minutos como hacen los italianos, siento sus lágrimas correr por mi nariz. Luego se pone de rodillas, me besa el borde de la falda, y triturándome las manos: ¡te juro que jamás volveré a acostarme con una mujer! Yo me suelto una mano para acariciarle el pelo. Y, entonces, el milagro se produce: sus cabellos crespos electrizan mis líneas digitales, se me pone la carne de gallina. ¡Pietro, Pietro! murmuro, me pongo de rodillas, empiezo a lamer sus lágrimas, su nuca, sus senos, mientras él desliza una mano por debajo de mi falda y me acaricia con el índice el ano inundado por la leche del taxista. Pietro, Pietro, sollozo, desabrochándole el cinturón para lamerle el ombligo. El grita: amore! amore! Y me doy cuenta de que está empinado. Su polla que nunca ha sido más grande que una alubia está ahora dura y tiesa. Las hormonas masculinas han dictado su ley. Yo me acuesto de espaldas, me levanto la falda, y me coloco sobre su polla que me cosquillea el ano con esa ternura que es todo el encanto de Pierre, su elegancia. Siempre juntos, murmura, siempre insiemel! Sempre, sempre, sempre! sollozo, y me corro. Mi esperma se derrama sobre su vientre peludo, y le enjabono con ella el ombligo, le introduzco allá tres dedos, y él grita con voz de barítono, ¡vengol! ¡vengol! Pierre se corre por fin, y yo siento su pequeña polla removerse como una cucharilla dentro del café, mientras con mis dedos múltiples

penetro su ombligo, como un sacacorchos de mu-  
cosas, meto la mano entera, mi bíceps empieza a  
sentir los espasmos y me corro por vez primera con  
mi brazo derecho. Mi mano se siente en su vientre  
como pez en el agua. El se contorsiona, y grita mi-  
raccolo! miraccolo! y luego queda exangüe, pálido,  
respirando suavemente, con un hilillo de baba que  
le corre por la comisura de los labios. Yo retiro mi  
mano suavemente, le despejo la frente de cabellos  
sudados, le digo: «te amo». Me pego a él, le hundo  
la nariz en la axila, él me abraza, y ambos quedamos  
dormidos sobre el suelo.

#### CAPÍTULO IV

#### LA SERPIENTE DE NUEVA YORK

Llaman a la puerta. Me pregunto dónde estoy.  
En un hotel del Bd. Magenta a las siete de la ma-  
ñana. La hija de la patrona me pregunta si seguiré  
con la habitación. Les parezco cada vez más sospe-  
choso. Estoy drogado y borracho perdido. Me que-  
do, pido que me suban el desayuno, café con leche  
y dos croissants. Este gesto de autoridad la tranqui-  
liza, pone la bandeja en la mesita negra, al lado de  
mi cuaderno, me ducho, aúllo desde el cuarto de  
baño: ¡he trabajado toda la noche! Saigo envuelto  
en una toalla, ella está leyendo mi cuaderno. ¿Tra-  
baja para alguna revista? me pregunta. Trabajo para  
un editor, no en los periódicos. ¿Le hago la habita-  
ción? Yo mismo me haré la cama. Así me dejará en  
paz todo el día. Le doy veinte francos de propina,  
devoro el desayuno y vuelvo a dormirme. A medio-  
día llaman a la puerta. Una mujer ha muerto en la  
habitación de al lado durante la noche. ¿He oído  
algo? Nada. Se ha colgado. Un policía toma notas.

No salí ayer noche más que una hora para cenar, he dormido, he escrito y no he oído otro ruido que el de los coches al arrancar con el semáforo verde. Se ha colgado hacia las seis de la mañana, yo estaba solo, escribía, y sin embargo no he oído el menor ruido. Se ha colgado en la ducha dando una patada a un taburete, luego ha estado un buen rato agonizando y dando patadas que han roto incluso el lavabo y el espejo. No he oído nada. Sin embargo, la ventana de su cuarto de baño da sobre la mía. Y las dos estaban abiertas. Desde el lugar en que me encontraba escribiendo habría podido verla con sólo girarme. No me había dado cuenta de que el cuarto de baño tenía una ventana. Sus papeles, me dice el policía. Los mira cien veces. Mientras tanto, sacan el cadáver al pasillo en una camilla cubierta con una sábana. El pasillo es tan estrecho que se ven obligados a ponerla de pie. La sábana resbala y deja ver un rostro hinchado que es el de Marilyn. Doy un grito y me despierto empapado de un sudor frío. Vuelvo a tener otra migraña: ayer apenas comí, he dormido poco y no paro de beber vodka y fumar marihuana, que tengo siempre al alcance de la mano. Es necesario que hoy coma y duerma normalmente pues de lo contrario caeré enfermo, ya me ha pasado otras veces tener que internarme para desintoxicarme cuando llego a la última página de un cuaderno. Entro de nuevo en un trip, me digo. Sigo siendo un hippy antiguo. ¡A mi edad! Tomo una ducha y bajo. No sabía que estaba en su habitación me dice la patrona. ¿Ha visto los periódicos? Marilyn Monroe ha muerto. ¡Pobre chical! Pero si murió hace por lo menos diez años, le digo. Ella me

enseña la primera página del *Le Paris*: una imitadora de Marilyn Monroe se ha colgado en su celda en la prisión de Regina Celi en Roma: es Marilyn, ¡la mía! ¡Le habían echado veinte años por tráfico de heroína! Quedo estupefacto. Yo la había visto en el Alcazar, me dice la patrona. Era muy graciosa. Bien, me voy a comer, digo, y salgo al Bd. Margenta completamente aturdido por la sorpresa. ¡Así que cuando la vi la última vez, hace seis meses, se dedicaba ya al tráfico de heroína! O, tal vez, lo hacía ya desde antes. ¡Pobre Marilyn! Debo decir que estos últimos años la he visto muy poco. Desde que yo había conseguido triunfar sobre ella en el corazón de Pierre, se había lanzado, para olvidarlo, a un trip hetero de los más siniestros: se había instalado en Nueva York en una habitación del Chelsea Hotel e intentaba hacer cine underground. Para eso había cambiado de estilo: nadie quería ya Marilyn, se había transformado en Garbo, aunque estaba ya un poco vieja. Pierre y yo hicimos un viaje a Nueva York en la primavera del 74, ella nos había dado a entender que ya no se trataba con locas sino con portorriqueños y cineastas. Pierre y yo, que nos habíamos vuelto por esta época dos personas de treinta y tantos años, bien peinados hacia atrás los cabellos cortos, bien vestidos en Chez Cerruti, nos apreciamos mucho y casi no hacemos el amor, pero somos extremadamente sociables, y queremos reencontrar en Marilyn, en este Nueva York de locas de mentes que nos da miedo, el vínculo perdido con nuestra, digamos, juventud. Marilyn-Garbo impentable. Además, ella pide que se la llame Greta. Nos recibe con un vestido negro tejido con cabellos hu-

manos. Ella no sabe que se parece más a Juliette Greco que a Garbo. Fuma un cigarrillo de hasch detrás de otro con una boquilla tan negra como su peluca, se diría una peluca de la cabeza a los pies aparte de los zuecos rojos. Ha adelgazado mucho. Hello, dice besándonos a Pierre y a mí sólo en una mejilla. ¡Tengo una cocaína soberbia! Entramos en su espaciosa habitación de hotel que ha tapizado todo en plástico amarillo. Ha pintado los cristales de las ventanas en azul cielo, tiene muchas plantas verdes y aire acondicionado. Nos pide que nos quitemos los zapatos y los dejemos en la entrada. Vive aterrizada por la polución. No bebe, es macrobiótica, nos da dos zumos de limón mezclado con yogurt y pasteles de jengibre. Tiene una boa constricтор verdosa que se llama Dédé (contracción de Desirée) a la que acaricia, cubre de fulards indios, trata como un gato. La boa está interesada por uno de los mocasines de ante que Pierre ha dejado en la entrada, lo mira fijamente y después le lame con su lengua bífida, Pierre está inquieto. She is not bad, she is only interested on your shoe, dice Marilyn-Garbo con acento de Maurice Chevalier. La boa muerde el mocasin, se contorsiona. Marilyn ríe, con una risa fría, a la americana. I love Dédé, dice, she is so incredible! La boa levanta el mocasin en el aire, desaparece por la puerta del cuarto de baño. Marilyn da un grito. La boa lo mete en la taza del retrete. El mocasin de Pierre está todo mojado y Marilyn regaña a la boa: you are terrible! Go back to the fridge! La boa vive en la nevera en compañía de un salchichón que alguien le ha traído de París hace algunos meses: Marilyn no come carne

desde que es macrobiótica. Guarda el salchichón para quien le guste pero todos sus amigos también son macrobióticos. Tampoco nosotros comemos. Ella saca del horno una taza china llena hasta el borde de cocaína que tomamos con cucharilla de café ¡Nueva York es fantástica! nos dice. You are always high! Intentamos evocar algunos recuerdos: el Bd. Saint Germain, le Fiacre. Paris is horrible! dice, abriendo sus grandes ojos. So provincial! Pierre y yo nos sentimos tan molestos, tan fuera de todo. Nuestras ropas ceñidas que hemos comprado especialmente para Nueva York en Chez Cerruti, en París, nos incomodan, aquí todo el mundo lleva un estilo suelto y descuidado. Hemos llegado a Nueva York en plena euforia, hemos recorrido todas las boites de locas y nadie nos ha mirado, Pierre y yo tenemos el aire de dos gemelos de Pierre Cardin. Pero Marilyn no quiere entregarnos el secreto de Nueva York como le entregó el de París a Pierre en el 65, presume ante nosotros. Su amor por Pierre se ha convertido en odio, y ahora no puede verlo. Nos pregunta qué hacemos allá. We are in holidays, dice Pierre. Y en París, ¿a quién vemos? A nadie, o casi. Pierre se ha puesto a trabajar con Dior, como cortador. Yo sigo dibujando en los periódicos, he hecho un poco de teatro. How is la Coupole? pregunta. Nosotros no vamos nunca a la Coupole, no salimos casi nada, trabajamos, vemos la tele. Veo brillar en un ojo de esta chica idiota un relámpago de alegría: nos cree un viejo matrimonio instalado. ¡Cómo si la tele no fuera mejor que una boa en la nevera! Sin saber de qué hablar, enciende la tele. Hay un folletón, una araña devora un pequeño Tar-

zán. I love freak's movies, dice. No salen en la tele más que montajes de insectos, barracios, reptiles que devoran pequeños héroes humanos. La boa sale del frigorífico y viene a comer las migajas del pastel de jengibre sobre la moqueta violeta delante de la tele en colores. El agente de Marilyn telefona: es preciso que se presente a medianoche en el último piso del Empire State con su boa para rodar un film publicitario para una firma de zumos de manzana. Discute los honorarios de la boa; para ella no hay y se pone furiosa. Nos planta de patas en la calle, tiene que correr a casa del acupuntista para que le borre las bolas de los ojos antes del rodaje, la boa también tiene que tener su sesión de acupuntura, si no se pone nerviosa y muerde al cámara. Nos deja en el pasillo del Chelsea con el mocasín de Pierre mojado en la mano, nos dice adiós, y cierra la puerta. Pierre me hace entonces esta revelación con sólo una frase: todavía amo a Marilyn. No puedo entenderlo. Esta chica no es la misma, ha perdido todo su encanto, si parece una vieja travestida. Pierre me abofetea. Llama al timbre de Marilyn. Marilyn abre, se echa en sus brazos, y ambos se abrazan mucho rato. Go back to Paris, you fuck, marical me grita Marilyn. Vuélven a entrar en la habitación y cierran la puerta. Si hubiese estado en París habría dado un escándalo, habría roto la puerta en mis narices. Pero en este inmenso pasillo de hotel en Nueva York me siento desconcertado, dudo. Tanto da, esperaré. Alquilo una habitación en el mismo piso, me paso el día espionando sus idas y venidas a través de una minúscula mirilla que me he hecho instalar en la puerta. Salen mucho, Ma-

rilyn le ha comprado un traje de tweed y una gorra de terciopelo rojo y ella se cambia de vestido cada noche, lleva siempre su porquería de boa constructor verdosa alrededor de los hombros. Pierre ha encontrado trabajo en casa de un italiano de la familia de su padre, un Gentiluomo de la mafia que ha abierto una boite de locas portorriqueñas en Greenwich Village. Pierre hace striptease, y los clientes le meten billetes de 50 dólares en el ombligo cuando baila la danza del vientre. Marilyn hace también la danza del vientre en una boite de lesbianas japonesas, justo en la acera de enfrente, se encuentran a la salida de su trabajo y van a comer una hamburguesa juntos en el Max's Kansas City mientras la boa dormita sobre la mesa. Yo me siento en una mesa bastante próxima y les observo. Mi presencia les molesta pero insisten de tal manera en hacer que no me ven que se ven forzados a venir a cenar siempre al mismo restaurante y a la misma mesa. Yo me instalo en la mesa de enfrente desde las ocho de la tarde, leo periódicos franceses y espero. Llevo gafas negras, y un fulard de seda azul. Los miro desde detrás de mis gafas haciendo creer que leo *Le Monde*. Llevan los dos impermeables blancos que no se quitan ni siquiera en la mesa, han adoptado el mismo peinado a lo hombre, se dan besos en la boca entre dos mordiscos de hamburguesa, se miran a los ojos, tristes, cansados de su noche de trabajo. Guardan dinero para comprar una granja en Ibiza que cuesta tres veces nada, añaden una habitación para los niños, él planta tomates mientras ella se ocupa de los chiquillos, la felicidad. Comen con una mano y se acarician con

la otra. Mi pobre Pierre ha adelgazado. Ahora me desprecia como un honesto padre de familia desprecia a un pagano. Cuando se levanta de la mesa, ella enrolla la boa que dormita alrededor de su cuello con un gesto seco, mientras él paga en caja. Estoy sentado al lado, él finge no ver las lágrimas que resbalan bajo mis gafas. «Pierre, musito, Pietro...» Una vez que le han devuelto el cambio, me mira atentamente, me apostrofa: ¿cuándo dejarás de perseguirme, puerco marica? Y Marilyn me grita: fuck you! fuck you! Salen juntos del restaurante cogidos del brazo. La cajera está acostumbrada a este tipo de escándalo, me ve llorar todas las noches cuando se cierra el restaurante. Después vuelvo al hotel a pie, deprimido, ni siquiera tengo ganas de ligar. Sé que un día Pierre volverá a mí, pero ¿cuándo? Un buen día, él atraviesa el pasillo, llama a mi puerta. Abro. Vuelvo contigo, me dice. Me besa en los dos mejillas. Lloro, me agarro a su cuello. ¡Nada de sentimentalismos! dice apartándose. ¡Ya no tenemos edad! Vuelve conmigo, pero con una condición: no nos tocaremos. Durante la noche la boa ha intentado estrangularme, le había pedido a Marilyn desembarazarse de ella, pero ésta ha preferido quedarse con la boa, y él está tan impresionado que no puede tocar a nadie, el contacto de todo ser vivo le repugna. Quiere abandonar América. Con el dinero que ha ahorrado en su trabajo de stripista se ha comprado un rubí pequeño que me regala. Después va y se derrumba, me besa las manos, dice que si me ha abandonado es por culpa de la ciudad (se la città è fredda io sono freddo) pero en el fondo yo soy el único a quien ama. Pero yo estoy un

poco harto. No era así como yo le veía volver, tan formalmente. Tal vez hemos interpretado nuestros papeles demasiado a tope, después de cinco años juntos somos monótonos, aburridos, sin imaginación. Llaman a la puerta. Es la boa que golpea con la cabeza. Lleva una carta en la boca dirigida a mí. Le doy las gracias y cierro la puerta. Rasgo el sobre. Pierre lee sobre mi hombro: «Te dejo a Pierre pero ten cuidado, tiene sífilis». Tanta maldad me subleva. Atravieso el pasillo, llamo a su puerta. La puerta se abre y veo a Marilyn con los cabellos deshechos, en combinación negra, los ojos rojos de llanto, temblando como una hoja por toda la cocaína que acaba de tomar. ¡Llegó tu turno de llorar, puerca! le digo. Y la abofeteo. Ella me salta encima como una hiena, me araña la cara, nos liamos a golpes, yo le aprieto la garganta, Pierre nos separa ayudado por un botones negro de la recepción que ha venido a socorrernos y me aguanta los brazos detrás de la espalda, Pierre retiene a Marilyn. Siento un dolor insoportable en la pantorrilla, la boa me ha mordido, doy un grito, la boa no suelta, Pierre prueba de tirar la boa por la cola que resbala y el botones tira de mí en el sentido opuesto: Marilyn aprovecha para golpearme en la cabeza con un gran cenicero de cristal. Finalmente el botones corre a la cocina a buscar un cuchillo, lo mete en la boca de la serpiente y prueba de separarle las mandíbulas, creo que voy a desmayarme de dolor. El botones es un tipo expeditivo, y al ver que la boa sigue sin soltar la presa, le hunde el cuchillo entre la nuca y la cervical. Marilyn comienza a dar alaridos, intenta impedirle que hunda de nuevo el cuchillo pero él

la detiene con un cross en la mandíbula que me haría alegrado en otras circunstancias. El botones mueve el cuchillo entre las vértebras y después la cerena, la boa tiene la cabeza cortada pero no afloja. El cuerpo sin cabeza se contorsiona como un resorte, de su cuello salta un chorro de sangre helada que baña a todos los vecinos que han salido de sus habitaciones y dan gritos de horror, yo estoy totalmente empapado. Pierre ha ido a llamar una ambulancia, y ésta ha llegado ya. Siento vértigos, los dientes me castañetean, tengo calambres cada vez más dolorosos en el pie y en la pantorrilla. Los cuatro enormes colmillos me atraviesan la pierna entre la tibia y el peroné, estoy pegado a la cabeza de la boa cuyos ojos de perro muerto me dan más miedo que nunca, finalmente me desvanezco en la ambulancia. Pierre está a mi lado y me coge la mano, yo lo siento rezar en italiano mientras voy perdiendo el conocimiento. Me despierto sobre una mesa de operaciones, una multitud de personas se afanan en torno mío, me han cortado la pernera del pantalón, la pierna está hinchada y violácea, alguien corta la cabeza de la serpiente con una sierra eléctrica, y esto me hace aullar de dolor, me ponen una gasa empapada de éter en la nariz, veo danzar en torno mío las potentes luces del quirófano, veo en ellas la mirada terrorífica de la serpiente, y vuelvo a perder el conocimiento. Cuando me despierto la cabeza me da vueltas y me hace un daño atroz, miro a mi alrededor, hay muy poca luz, estoy en una habitación de clínica supersterilizada y muy blanca, en una cama próxima a la mía Pierre duerme vestido. Apenas intento moverme en

la cama siento un dolor muy fuerte en el pie izquierdo. Aparto las sábanas: no tengo pie izquierdo. La pierna termina en la rodilla en una bella venda de un blanco immaculado. Llevo un pijama de nylon imitando la bandera americana (es la moda del bicentenario) cuya pernera está cortada a la altura del muslo para dejar ver este horror. Me pongo a gimotear. Pierre se despierta, me abraza, lloramos mucho tiempo juntos. Marilyn espera en el pasillo para pedirme excusas. No quiero verla. La operación se ha desarrollado muy normalmente, me han separado el hueso como a un pollo, he tenido la suerte de tener a un gran especialista americano, diez minutos más tarde la gangrena me habría subido por toda la pierna. No hay antídoto verdaderamente eficaz contra esta especie de reptil, es producto de un cruce reciente, de hecho no es una verdadera constríctor, no está lejos de la pitón. Me han dejado la cabeza como recuerdo. Su cráneo rectangular, cortado en dos, muy limpio, está en un bote de alcohol. ¿Y mi pierna? Está en una nevera, esperan mi decisión. Pierre propone enterrarla en el pequeño cementerio de la Marinella donde están ya enterrados su padre y su madre, mi pier-na no ocupará demasiado lugar, la enterrarán en un ataúd de niño. Cuando haya muerto del todo la añadiran a mi ataúd de talla normal. Esto me parece ridículo. Prefiero que la tiren. Está prohibido. Pierre no quiere que la quemem (¡eso nunca!), insiste, la pierna parte sola en avión para Roma donde es enterrada después de una misa (creen que es uno de sus nietos) por los abuelos de la madre de Pierre, gentes del Trastevere extremadamente piado-

sas que pasan la mitad de su tiempo rezando de rodillas delante del Vaticano. Decidimos ir a pasar el invierno a Ibiza, felizmente no es el brazo lo que me han cortado, descansaré dibujando para los pediátricos franceses e italianos al tiempo que me acostumbro a mi prótesis de metal ligero, muy dolorosa los primeros meses. Me dejan salir de la clínica al cabo de 3 semanas, tengo un muñón monstruoso que cicatrizará lentamente hasta convertirse en una piel rosácea tan hipersensible como la del glande, yo la recubro cada día con pomada de antibióticos.

## CAPÍTULO V

### IBIZA

Alquilamos una casita frente al mar, vemos muy poca gente, fumo hasch como un loco y me paso el día dibujando en mi silla de ruedas sobre la terraza, Pierre hace las compras, me mima; me he vuelto extremadamente caprichoso, no le dejo salir nunca, se pasa el día haciendo los quehaceres de la casa y guisando platos con mucho laurel. La temporada ha terminado, sólo hay en la ciudad un cine abierto en el cual ponen films argentinos absolutamente estúpidos. Hemos comprado un dos caballos que no tiene asiento trasero para poder transportar las bombonas de butano para calentarnos. La casa es bastante fea como todas las de aquí, toda enjalbegada, con ventanas en forma de riñón lo mismo que la piscina siempre llena de hojas muertas y de mosquitos, dos ratas se han ahogado, habrá que buscar una empresa que cambie el agua, nada más caminarla vuelve a ponerse inservible. Y se encuentra justo en medio de las habitaciones, no hay manera

de escapar al olor fétido. Bien, ya volveré a hablar de esta piscina. Dos o tres veces por semana vamos a tomar el aperitivo al puerto en compañía de algunos viejos hippies que tienen tiendas donde venden mocasines, cinturones indios que confeccionan durante el invierno y venden en verano a los turistas. Nos encontramos a veces con uno de ellos bastante rechoncho (Michael) a quien no le gusta más que una cosa, que se le muerta la polla, que tiene pequeña y en forma de horquilla. Lo soportamos porque nos pasa ácido, cosa que Pierre adora y que en invierno se encuentra muy difícilmente en Ibiza. Vive solo con una loba a trescientos metros de casa, en las ruinas de un horno de pan, tiene una renta que le ha dejado una tía americana que le da ciento cuarenta dólares al mes en acciones de cascanueces eléctricos y él se los gasta enteros en ácido. En otro tiempo se dedicaba a los happenings, se presenta a veces en la tienda de los amigos, se tira por tierra dando gritos, estrangula un pollo, y nos deja perdidos de sangre. Los diez o quince hippies del público aprecian su arte, él hace la colecta, y nosotros vamos todos a cenar gambas en un lugar infecto que huele a frituras y a pescado podrido, cada uno se paga su parte. Michael Buonarrotti conoce unas pocas palabras de italiano, otras pocas de americano, y ninguna en otra lengua. Ha sido sordomudo en su infancia porque cayó sobre el testero de la cuna, su nariz está tan partida como la de un boxeador. Es pelirrojo con los cabellos bastante ensortijados, escupe fuego en la mesa, y los otros hippies medio lelos aplauden. Existe de todas maneras entre nosotros una cierta simpatía de enfermos, me tiende mi

bastón cuando me levanto de la mesa para ir al lavabo, yo le grito en el aparato de sordo, que la mitad del tiempo no funciona, que su espectáculo me ha gustado mucho. Los hippies se tiran bolas de pan, están satisfechos de estar allí. Yo detesto todo este mundo de retrasados mentales que sólo hablan de drogas y de camisas indias. Los soporto porque esto divierte a Pierre, prueba nuevas drogas y se pasa el día entero sentado junto a la piscina en la posición del loto mirando fijamente el sol mientras yo dibujo a su lado. No quiere que lo toque, se mas turba según un método sufi. Se levanta con el sol y se queda tieso sobre las dos manos hasta el mediodía, toma dos uvas y un vaso de agua mineral, por la tarde se queda quieto sobre una piedra, al atardecer mira la punta de sol sobre la cabeza, al menos estoy seguro que no se acuesta con las chicas. Ha engordado considerablemente. Se viste con un turbante y un bikini del mismo tejido dorado. Parece una bola, me pregunto cómo puede sostenerse de pie durante horas sobre las manos. Desde que no hace tratamiento de hormonas ni masculinas ni femeninas las dos tetas se han hundido, se deja unos grandes bigotes lacios y verdes (es la moda de la jena verde); cuando se pone, por la tarde, sobre la cabeza las tetas y los bigotes penden en sentido contrario del normal, es repugnante. Ha engordado de tal manera que no puedo meterle ni un dedo en el ombligo. Pero le amo. Tiene una doble personalidad y eso me fascina. Tan pronto se queda inmóvil durante horas, como salta sobre mí. Dice que si ha perdido su juventud es por mi culpa, destroza mi cuaderno, me escupe a la cara, me aban-

dona, vuelve a Roma. Me hace espaguetis con laurel mientras sigue insultándome, yo lloro en mi silla de ruedas. El sollozo junto al horno, añade más laurel a la salsa de tomate, y me injuria. La cebolla lo hace llorar aún más, me echa la salsa de tomate hirviendo en la cara con un movimiento de cucharón. ¿Por qué alquilar esta casa húmeda en vez de quedarse en Nueva York donde al menos tenía trabajo, y lo pasaba bien con Marilyn? Por culpa de mi pierna. Si no me hubiese peleado con Marilyn la serpiente no me habría mordido, no tendría que pascarme todo el día en una silla de ruedas y él no estaría obligado a ser mi criada. Podría estar en París, en Nueva York, en Río, y no en este agujero podrido tan sólo porque han tenido que cortarme la pierna. Coglione! me grita. Figlio di una putana! Pierre, por favor, lloro, Pietro, ti supplico, restiamo ancora insieme! No, no, e no! Me tira los espaguetis a la cara, me cubre de espaguetis. Sei contento adesso, sei contento? me grita. Me golpea con el cucharón, me hace dos chichones en la cabeza. Y se calma tan pronto como se ha enfadado, y va a ponerse junto a la piscina en la posición del loto. Por la tarde recibimos a menudo la visita de Michael Buonarrotti y de su loba que deja fuera, desde mi aventura con la serpiente tengo horror a los animales. Michael está enamorado de Pierre y le lleva ramilletes de marihuana y bombones de hasch. Pierre le hace el mismo juego innoble que me hace a mí, no le permite tocarle, finge ignorarle. El otro vive con terror a molestarle. Se queda sentado en el suelo al otro lado de la piscina, mirándole. Debe ser la costumbre de vivir con una loba lo que le hace

aceptar como natural su actitud. De vez en cuando enciende su pipa de agua, y nos la pasa. Nos cuenta los chismes de los hippies de Ibiza, por la mañana se ocupa de una guardería de niños de hippies, su misión consiste en no enseñarles nada e impedirles incluso aprender cualquier cosa, es así como quieren a sus niños, no aplastados por la cultura, más libres que ellos. Hay algunos con los que este método ha tenido éxito y que Michael lleva a veces a casa, Piggy, Moonie y Nooney, unos trillizos hippies de siete años cuya madre argentina está en la prisión de Ibiza por tráfico de drogas desde que nacieron. Michael los lleva todos los días a ver a su madre y ellos le pasan dosis de ácido. Su padre es un negro americano que vive en la isla pero se ha vuelto loco, ya no reconoce a nadie, toca siempre las mismas notas de trombón en el fondo de un café de la ciudad, y en invierno le ponen una manta alrededor de los hombros. Son muy guapos, sonrientes, de color café con leche, vestidos con chilabas color turquesa. Tienen unos piecitos adorables siempre descalzos, llevan pequeños pendientes, y se tiran desnudos a la piscina armando jaleo sin parar. Su sexo es pequeñito. aún sin pelo. Rooney me pide dinero para hacerse tatuar un corazón en un muslo. Moonie sale de la piscina todo mojado y viene a pegarse a mí para que le proteja del frío. Piggy me hace cosquillas en la oreja con una pluma de gaviota hasta que la atrapo, le mordisqueo tíername la mano. Con ellos, Michael ha encontrado otra excusa, para instalarse en la casa, estoy loco con los pequeños. Y él está loco por Pierre. Pierre parece un gran Buda de espuma. excepto en los mo-

mentos en que se excita con sus crisis y me rompe objetos en la cabeza, aunque desde que los niños se han instalado en la casa (duermen los tres abrazados en un colchón al lado del nuestro) le dejo más en paz, no le hago dramas espantosos por negarse a acostarse conmigo, por tanto él me pega menos. Yo no me atrevería nunca a hacer el amor por miedo a despertar a los niños. Me levanto unas diez veces cada noche para taparlos, les beso en la frente, en el cuello, por las mañanas los despierto haciendo cosquillas, tienen ataques de risa loca y beben sus tazas de café con leche con croissants haciendo deliciosos gorgoritos, los enseño a contar en contra de la voluntad de Michael, ellos no sabían contar más que hasta tres. Aprenden rápido, son muy inteligentes, Piggy aprende a dividir solo, partiendo de la tabla de multiplicar que les he enseñado. Me rebelo contra los métodos educativos de Michael, estos niños estudiarán, después que hagan lo que quieren. Michael cede, le da igual, toda su atención está fija en Pierre. Pierre que no dice una palabra en todo el día, medita, lee la Biblia. Michael se pone a hacer cerámica que cuece en el horno de pan que era hasta ahora su casa, se trasladada a nuestra casa, acepto la presencia de la loba que me exaspera. Me mira de reojo enseñándome sus dientes, sin parar de pasearse por la terraza como si estuviese en jaulada. Pero los niños la quieren, juegan con ella, la echan a la piscina y ella no les muerde. A mí me tiene rabia, cada vez que se me acerca le doy con mi bastón un golpe en la cabeza. Ella ladra y muerde el bastón pero no se atreve a acercarse demasiado. Se llama Mamma. Descubro la razón por

la cual este animal idiota me detesta: ha sido la nodriza de los niños que todavía tienen la costumbre de mamarla. Está celosa de mí. Yo no puedo sacarla fuera, es un poco su madre, pero vivo atormentado con la idea de que me ataque, encuentro al fin un buen método para tenerla lejos. Un día la exaspero dándole bastonazos, se me acerca furiosa, yo le alargo mi prótesis, ella la muerde, se rompe dos caninos y desde entonces baja los ojos ante mí creyéndome un hombre enteramente metálico. Pero yo no me fio. Michael ha vendido bien sus horribles ceniceros de cerámica mal cocida a turistas ingleses, se aventura en la escultura. Hace un Pierre de tamaño natural en arcilla al lado del verdadero, que no tiene problemas para posar pues siempre está inmóvil meditando. El Pierre de arcilla no se parece nada en absoluto al real, es bello, grande y musculoso, parece una estatua griega. Yo me pregunto si este Buonarrotti, nacido en Baltimore de madre irlandesa, tiene la menor idea de la existencia de Miguel Angel. Me guardo bien de preguntárselo, no haría sino hundirlo en el estupor. Los americanos tienen terror a los árboles genealógicos, quisieran haber nacido de la nada, como mis tres piggyes. Pierre me anuncia un día que tiene una cosa importante que decirme. Para ello es preciso que salga de la casa, arrastre mi pierna metálica por las dunas hasta el borde del mar, donde se sienta en la posición del loto y fija en el horizonte los ojos. Los niños nos siguen con Mamma, van a jugar desnudos entre las olas, le tiran trozos de madera a la loba que va a buscarlos muy contenta. Pierre me anuncia que va a hacerse guru. Posee la verdad eterna. Eso no

me inquieta demasiado, pero quiero saber en qué consiste. En nada, eso es todo. Pero hay todavía un detalle: Marilyn, con quien ha estado carteadose abundantemente a espaldas mías, va a ser su sacerdotisa. ¡Su sacerdotisa! Llega mañana en charter. ¿Qué puedo hacer? Estaba tan tranquilo en Ibiza, los niños gozando de perfecta salud, y Pierre bastante calmado. ¿Qué desgracia va a caerme ahora encima? Y sobre todo Michael ¿cómo va a reaccionar? ¿Se dejará también embaucar por Marilyn? Afortunadamente este muchacho es demasiado bueno, podrá verse que se convertirá en mi aliado. Ella llegará. Los cabellos teñidos de violeta, vestidos de inspiración griega del mismo color muy drapeados, cinturones dorados en forma de guirnaldas de laurel y sandalias. Se pone coronas de flores sobre la cabeza, todo de nylon y se pasea por las noches en ácido por la terraza con una antorcha en la mano recitando *La Divina Comedia*. Espero que un día eche a arder toda ella con sus nylonés y su antorcha. Esta muchacha ridícula mezcla las modas y los gustos, se fabrica un híbrido de Homero y pequeña judía del Bronx y se instala con decisión, quiere hacer creer a Pierre que le proporciona el ardor necesario para sostener su acción, a saber: el caer en trance. Se traga docenas de dosis de ácido y se pasa el día entero mirando el sol, un hijillo de baba le resbala por la comisura de los labios. Marilyn completamente pasada le lee un texto de Krishna de rodillas ante él, eso divierte en principio a los niños que ponen piedras en la boca de Pierre, sin que éste se dé siquiera cuenta, pero yo me indigno muy pronto: esto no es una atmósfera conve-

niente para educar a los niños que sin embargo, ya han visto mucho en casa de sus padres, pero poco importa: Pierre pasa días enteros sin moverse, se hace sus necesidades encima, Marilyn lo sumerge en la piscina para lavar lo ayudado por Michael, que no tiene todavía un papel bien definido en todo este circo: detesta a Marilyn tanto como yo pero ve que Pierre la ama; y o bien él no se atreve a atacar de frente o bien respeta esa decisión absurda de Pierre. Yo intento ponerle de mi lado, a menudo llevamos a los niños con el 2 CV a playas alejadas, empiezo a conducir con mi pierna de metal, Michael no sabe conducir, dejamos continuar a Pierre y Marilyn su trip Hare-Krishna en la casa, llevamos ensaladas preparadas por Michael y un termo con naranjada y vodka para nosotros, otro con zumos de manzana para Piggy, Monnie, Roonie, y una botella de agua y restos de chuletas para Mamma. Buscamos las calas apartadas, no me gusta demasiado desvelar mi muñón delante de extraños, a ellos les molesta. Instalamos nuestro parasol en un rincón tranquilo, no puedo tomar demasiado el sol en el muñón, Michael tampoco pues su piel muy fina se pone en seguida roja. Empiezo a tricotar echarpes para todo el mundo durante el invierno, eso me relaja, me distrae de mis cuadernos y de mi Bic, Michael me prepara cigarrillos de un hasch bastante repugnante plantado en nuestra terraza (en verano los turistas se llevan todo el hasch marroquí). Hace unos cigarrillos gruesos, sólidos. Discutimos en especial sobre el futuro de los niños, dudamos sobre qué educación darles, comparamos nuestras respectivas educaciones que nos parecen catastróficas. El ha sido

educado en Baltimore, yo en Buenos Aires pero son parecidas, lo principal es salir del clima asfixiante de la familia. Con nosotros no se trata de una verdadera familia, ellos no la han tenido nunca, son niños verdaderamente libres. Pero es necesario que al menos aprendan a leer y escribir. Piggy, que es el más inteligente de todos, ya se sabe el alfabeto romano. Roony se pasa el día silboteando los últimos discos españoles que escucha en el transistor. Piggy hará filosofía (en Vincennes, nada de Berkeley), Moorie será arquitecto (yo transijo con una universidad americana), Rooney aprenderá canto en el conservatorio de Viena. Lo más difícil es separarlos, les hablamos de nuestros proyectos, esto los entusiasma, pero al mismo tiempo aseguran con firmeza que no quieren separarse. ¿Y cuándo sean mayores? No, ellos no querrán separarse nunca. Es necesario buscar una carrera común. ¿Un trío de tenores, un trío de arquitectos, un trío de filósofos? (apartamos de inmediato esta idea absurda). No encontramos antecedentes de tríos con éxito en su carrera a no ser tal vez entre los jugadores de rugby, cosa que desechamos escandalizados. Nos tortura la idea de que nuestros tres maravillosos muchachos estén por nacimiento condenados a la misma vida de neuróticos pasados que nosotros. Ellos se desintesan del tema, se alejan mar adentro en un barqueto neumático amarillo que les he comprado, se dedican a la pesca submarina. Cuando tenemos ganas de volver, Michael les llama con un silbato, fumamos un último cigarrillo de hasch en la playa, el sol se pone, yo salto a trompicones hasta el mar y tomo el último baño. Mi muñón me hace menos daño, la

fria espuma de las olas lo acaricia, la rodilla se me contrae de placer, nado a grandes brazadas, alcanzo el barco neumático de los niños que se vuelca, reimos como locos, tragamos agua por la nariz. Piggy se sumerge y me baja el bañador, yo cojo a Moonie por las piernas, Rooney me muerde el brazo, la loba nada alrededor nuestro pegando ladridos. En la playa, Michael ya ha plegado la sombrilla y ha puesto los restos de comida en un cesto, me tiende una toalla roja seca, los niños prefieren dar volteretas por la arena todavía tibia, parecen verdaderos escalopas. Metemos el bote deshinchado en el 2 CV, yo me pongo de nuevo mi pierna metálica, subimos, y arrancamos bromeando. La loba ha acabado por aceptarme, a veces se acerca incluso a lamerme el muñón aunque yo no se lo dejo hacer, tengo miedo que llegue a mordirme y acabe cogiendo una infección.

\* \* \*

Al llegar a la casa hay siempre un drama: Marilyn no quiere que los niños hagan ruido porque esto impide meditar a Pierre, siempre acabamos insultándonos, les digo que se vayan los dos juntos y nos dejen en paz, ella me abofetea, me acusa de ser la causa de la muerte de su serpiente, le doy de puñetazos, y ella se echa a llorar. Pierre permanece totalmente absolutamente inmóvil en un rincón de la terraza, no se mueve, se mantiene con los brazos en cruz, no se acuesta, por la noche le ponemos enfrente un radiador eléctrico mediante una extensión, Marilyn duerme a sus pies, envuelta en una piel de leopar-

do. Piggy tiene el sarampión. Lo separamos de los otros, en la cuarentena yo me quedo solo con él en el desván, lo acuno, entretanto Michael se ocupa de Moonie y Rooney y nos pasa la comida por una ventanita. Me da igual atrapar el sarampión, adoro a este chiquillo, mi deber es cuidarle e impedir el contagio de los otros. Tiene fiebre, llora, su cuerpo está cubierto de costras rojas, se agarra a mí, le beso en la boca, le calmo, le hago hacer sus necesidades en un orinal. Delira, ve pequeñas mariposas azules en el techo. Piggy, Piggy, le susurro al oído, sé bueno, be quiet! Se duerme sobre mi hombro chupándose el pulgar. Mientras duerme, aprovecho para tomar notas para mi proyecto de novela, avanzo poco debido a mi preocupación por la salud de Piggy. No estoy solo, Mamma me hace compañía, nos hemos hecho verdaderos amigos, ella me trae el plato de costilla de buey que Michael le pasa por la ventanilla sin tocarlo, le doy los huesos. De cuando en cuando va a lamer la carita de Piggy aullando, yo la consuelo, le digo que se va a curar y se calma. Los cuarenta días pasan, un día Piggy se despierta de un salto, sus costras han desaparecido, se lanza a mi cuello riendo, da saltos sobre la cama, la loba se pone a ladrar de alegría, está curado. Hacemos una pequeña fiesta a la cual invitamos a otros niños hippies de su edad, Michael y yo hacemos un gran pastel de aniversario y escondemos en su interior a Moonie, Piggy y Rooney, lo servimos en la terraza. Los tres niños saltan fuera del pastel y cantan: Silent night, holly night! Es Navidad, hay regalos por todas partes, pequeños conejos de chocolate escondidos por todos los rincones. Los mayores han

tomado ácido, Pierre pretende comunicarse con el más allá y nos hace un discurso en esperanto. Marilyn y yo hemos hecho las paces, he recibido un premio de humor negro en París por un libro anti-guero, he mejorado mi standing, ella puede invitar viejos hippies totalmente pirados de ácido a los que Pierre lee textos sufies, mientras Marilyn los incienza. Los niños piden limosna, la loba también, le han enseñado a aguantar un sombrero entre los dientes. Marilyn se ha montado un negocio rentable. Hace trabajar a todo el mundo: los niños, Pierre, Michael, la loba, yo. Perseguida por la mafia neoyorquina a la que debe un cargamento de hierba (se lo ha gastado todo comprándose vestidos y pieles) ha venido a refugiarse a mi casa de Ibiza para montar de nuevo su red. Los viejos travestis de París de otra época empiezan a desembarcar, se casan con los hippies maduros para conseguir nacionalidad española (todo el que se casa en España se convierte automáticamente en español) veo desfilar por casa toda la antigua corte del Carrousel, de Chez Leslie, de Chez Madame Arthur, se casan en una ceremonia baptista bastante banal (meten los pies en el agua de la piscina) con viejos hippies que tienen sobre sus espaldas veinte años de pire como mínimo, y ni siquiera se dan cuenta que son travestidas. Las travestidas con Marilyn a la cabeza se adueñan de sus tiendas, cambian el estilo cuero-artesano por el estilo nylon-midnette, muy pronto poseen tres tiendas en la calle Juan Carlos. Parán a los turistas alemanes en las puertas de las tiendas, vestidas de gitana les leen las líneas de la mano, los invitan a entrar en las tiendas, les venden las cerámicas de Mi-

chael haciéndoles creer que son vasos griegos que ellos han rescatado de un barco hundido hace tres mil años cerca de las costas de Ibiza. Michael y yo sentimos horror a este medio, decidimos sacar de él a los niños que entretanto se han convertido en verdaderos salvajes que van a mendigar por la calle con los travestis, sin que podamos tenerlos a nuestro lado. Decidimos tener una conversación seria con Marilyn, nos da igual si ella y Pierre están en el trip Hare-Krishna, pero no queremos que los niños se afeiten la cabeza y vayan a mendigar al puerto a la llegada de barcos con turistas. Marilyn tiene fotos en las que se me ve abrazando a los niños, besándolos en la boca, durmiendo enlazado con ellos. Me hace chantaje: tengo que casarme con ella o de lo contrario me denunciará a la policía española, iré a prisión y los niños a un correccional. Le suplico que se marche con Pierre, que nos deje a Michael y a mí con los niños, le pasaré una pensión. No, quiere casarse conmigo. He cometido un error de estrategia, se ha pasado años haciendo creer que quería apropiarse de Pierre: es de mí de quien se trata. Sería grosero creer que quiere poseionarse de mí para tener el dinero que gana en las revistas, también sería falso pensar que está enamorada de Pierre o de los niños, tan sólo me odia, no se mueve más que por odio hacia mí. ¿Por qué me odia hasta ese punto? No lo sabe, me odia desde el primer día que me vio, su amor por Pierre no ha sido más que una comedia para joderme. Pierre no le interesa, ahora es a través de los niños como intenta torturarme. Me veo obligado a casarme con ella en la catedral de Ibiza, ante un horrible cura de noventa

años. Yo llevo un chaqué alquilado, ella va de blanco con un velo y flores de azahar en la cabeza (el hecho de haberse casado con Pierre hace cinco años en Amsterdam no parece preocuparla lo más mínimo) los niños y Michael tienen que ponerse corbata para asistir a la ceremonia, los viejos hippies pirados nos echan arroz a la salida, yo lloro de rabia e impotencia.

## CAPÍTULO VI

### LA BOLA DE CRISTAL

Me encuentro andando solo por el Bd. Magenta, no sé adónde voy. Llamo a Marielle de Lesseps desde una cabina telefónica. ¿Qué hora es? No lo sabe, yo tampoco. Marilyn ha muerto, le digo. Sale en *Ici-Paris*. ¿Qué Marilyn? Me pregunta. ¿No será la muchacha con la que te casaste? La misma. Mierda, dice. Me da pena. ¿Puedes enterarte en qué circunstancias murió y cuál es la verdadera versión? Marielle tiene acceso a las informaciones de los telex. Quizá sea un escándalo político, una francesa que se cuelga en una prisión italiana, quiero saber cómo ha muerto, después de todo soy un poco su viudo. Espera un instante me dice Marielle. Llama a Roma desde otra línea, está ocupada. Oye ¿y si se lo preguntas a su madre? ¿Su madre? ¿Marielle conoce a la madre de Marilyn? Pero ¿es aquella Delphine Audieau que hacía un número detestable en el Alcazar? La misma. Sale en mi novela —dice Marielle. Sí, pero era una mujer, quiero saber cómo ha

muerto! Yo creía que estabas enamorado de Pierre, dice Marielle. En efecto, pero quiero saber cómo ha muerto Marilyn. Su madre es la madre de mi panadera, dice Marielle, se lo preguntaré. ¿Cuál es la dirección de la panadera? Boulevard Magenta. ¿Cerca de la estación del Norte? ¿De la del Este? Al- go a la izquierda. Delante de una cabina pública. Pre- cisamente estoy allí. Ajá, la panadería está enfren- te. Le doy las gracias. ¿Madame Audieu? pregunto a la panadera. Llama a Madame Audieu por un inter- fono colocado junto a la caja. Madame Audieu baja. Señor, me dice, usted estaba en la cabina de teléfo- nos. No tenía ninguna duda de que era a mí a quien buscaba. ¡Subal! Es asombroso lo que esta mujer se parece a Marilyn, es la misma sin maquillaje y trein- ta años más vieja, tiene los cabellos blancos, va ves- tida de negro con zapatillas de color rosa. ¡Es una vidente! Tiene una bola de cristal en una mesita re- donda, un bûho embalsamado sobre una percha. No se impresione por mi escenografía, me dice, tómese un té. ¿Cuál es su profesión? Dibujante. Me mira fijamente mientras pone agua a hervir. ¿Habrá leído el *Ici-Paris* y sabrá que su hija ha muerto? Tal vez se hubieran perdido de vista desde hace mucho tiem- po. La que estaba en la caja de la panadería tam- bién se le parece, es la hermana de Marilyn, con un peinado rubio extremadamente complicado y difícil de conservar. Se llama Corinne. Sube y dice a su madre que su hija Josephine (que tiene 15 años) se ocupará de la caja mientras ella va a comer al self- service. Su madre le encarga que compre pilas para su bola de cristal. ¿Es usted Capricornio? me pre- gunta. Virgo, le contesto. Me echa el tarot. Ni si-

quiera se da cuenta de que soy homosexual. Hay una mujer en su vida, me dice, sin sospechar que es su hija. Mi mujer se ha colgado, le contesto. Ella me mira largo rato, no sabe si me burlo de ella. Pues bien, si se ha colgado, me dice, ¡es por su cul- pa! Reconozco allá a la propia Marilyn en una ver- sión más antigua, como si hubiera vivido toda su vida en el Bd. Magenta. ¿Tiene niños? me pregunta. Tres, adoptados. También han muerto. Ella me toma a veces por un periodista, a veces por un policía. Es tan poco imaginativa como su hija. Ve usted, me dice para justificarse, no hay nada de malo en nues- tra profesión, alegramos a la gente. Estoy de acuer- do pero quiero conocer mi porvenir. Muchas satis- facciones en su profesión, me dice. ¿Sospechará aca- so que nuestras profesiones se parecen (al menos a sus ojos) que yo también soy un inventor de histo- rias? ¿Ve usted este bûho? me pregunta, si lo mira fijamente verá la imagen de su mujer colgada. Al lado del bûho en la chimenea veo una foto de Mari- lyn cuando era pequeña con el bûho (el que ahora está embalsamado o bien otro que se le parece mu- cho) agarrado a su espalda. Una niña delgada con la nariz ganchuda, parece un águila, recuerda mucho a su madre de ahora. O sea que la conocí con la nariz operada. ¿Es usted? le pregunto. Ah, no, es mi pe- queña Delphine, dice un poco confusa. ¿No es la chica que imitaba a Marilyn Monroe en El Alcazar? ¿Usted la ha visto? dice con un soplo de voz. Yo era su marido. Ella se apoya sobre el respaldo de una silla, creo que va a desmayarse, la ayudo a sentarse. Yo sabía que ella estaba muerta, me dice. Lo he leído en mi bola pero no me atrevía crearlo. Páse-

me mis sales, están en el tocador. Le entrego un cofrecito de rapé. La aspira con el mismo gesto grosero de su hija cuando aspiraba cocaína. La pequeña Josephine sube a decir a su abuela que una de sus clientes le espera para una devolución de facultades amorosas. Mme. Audieu le vende por cincuenta francos un croissant impregnado de jugo de mandrágora, es necesario dárselo a la víctima con el desayuno a la mañana siguiente, no tiene tiempo de recibirla. Si el croissant no surte efecto, la cliente tendrá que comprar una zapatilla de manzana de 90 francos. La pequeña dice «sí, mami» y baja las escaleras, tiene que trabajar en la panadería. Es fea, tiene unas trenzas puntiagudas, lleva gafas. Se parece a Marilyn de pequeña en la foto de la chimenea. La vieja es tan astuta para vender el pan de su marido como Marilyn para vender las cerámicas de Michael, una vende afecto, la otra antigüedades griegas. Una en el Bd. Magenta, la otra en Ibiza, todo se cuece en un horno de pan. Me pregunto a quién se parece el padre. Le digo con amabilidad a la vieja que me gustaría conocer a su marido, en cierto modo es mi suegro. Claro, pero en este momento duermo, se pasa la noche en pie haciendo el pan, ellas no lo ven nunca, tienen horarios opuestos. M. Audieu duerme durante el día en la bodega al lado del horno porque tiene reuma, la madre, la hija y la nieta duermen aquí por la noche, en el sofá-cama de tres plazas. Los fines de semana van todos juntos a pescar a la orilla de la Marne. No le creía tan joven, me dice la madre. Marilyn me lo había descrito en sus cartas como un viejo enfermo. No soy un viejo pero en efecto estoy enfermo, le enseño mi pierna de me-

tal. No se da uno ni cuenta, es una prótesis americana. Marilyn le ha escrito mucho desde Nueva York, le escribía todas las semanas. Escribía sobre kleenex con los que hacía una bola que lanzaba a los rincones de su habitación del Chelsea, cuando acababa una caja la llenaba con sus escritos. A menudo mezclaba con ellas bolas de kleenex que por toda escritura llevaban restos de desmaquillador y rojo de labios. Enviaba todas las cajas de kleenex usados a su madre que las descifraba según sus métodos, y le respondía en consecuencia. Era la madre que había aconsejado a Marilyn comprar la serpiente, muy buena contra el mal de ojo. Ella nació bajo el signo de la serpiente, me explica la madre. La tuve aquí sobre este sofá. Vino al mundo muy deprimida, era una noche de eclipse. Tan pronto como sintió las primeras contracciones comprendió que eran gemelas, mandó a su marido a buscar a la comadrona que era portera en la avenida Trudeau, había salido, le dan la dirección de otra comadrona, plaza Blanche. La encuentra, exige tres francos de la época por adelantado, el panadero no los tiene. Se los pide prestados al farmacéutico del lugar, le firma un pagaré. Las dos comadronas llegan al mismo tiempo, Delphine y Corinne habían nacido ya (Delphine es la futura Marilyn, Corinne la futura cajera viuda de un aprendiz de panadero que tiene una hija: Josephine, la pequeña que está en la caja en este momento en la panadería). Antes de dar a luz, Mme. Audieu ha oído la voz de Santa Ana de la cual es devota: desde el mismo momento de nacer las dos niñas se vuelve vidente y ve el futuro por todas partes. Ve trazado el destino de sus dos hijas: Co-

rinne se quedará en la caja, Delphine será actriz. La actriz preferida de Mme. Audieu es Marine Carol, la pequeña Delphine sigue sus huellas, a los trece años la imita, va al conservatorio con Brigitte Bardot, pasa allí diez años, desgraciadamente no obtiene ningún papel, se enfada con la administración, uno de los clientes de su madre le encuentra un trabajo de cajera en una boîte de locas, y cam-  
bia de estilo.

\* \* \*

Ella nos ve entrar juntos por primera vez en el Pim's el 1965, Pierre y yo llevamos pesados abrigos que ella cuelga, nos da dos tickets, nos pregunta si tenemos algo en los bolsillos, no es responsable de los objetos depositados en el guardarropa. Metemos nuestro dinero y pasaporte en los bolsillos de los vaqueros (¡es cómodo!) guardamos la agenda y el talonario de cheques en la mano. Marilyn nos sirve dos vodkas con naranja, somos los únicos clientes del bar, las Cenicientas no llegan nunca hasta media noche. Se ve volar una mosca, ella pone la música más alta. ¿No puede usted bajar la música? le grito desde el otro lado del bar. No señor, ¡es obligatorio! grita ella. Así fue como la encontramos hace diez años. Se parecía mucho más en aquella época a su hermana gemela, la que se ha quedado de cajera en la panadería. La detestamos de inmediato como detestábamos en aquella época (¿65 ó 66?) a todas las mujeres que empezaban a introducirse en nuestras boites, generalmente hermanas o primas del gigoló del dueño. Las llamábamos entre nosotros

«payasas chaqueteras». Se pegaban a veces a las carrozas para acompañarlas a ver a la Callas en la Opera porque por aquella época todavía no se atrevían a salir solos con sus chulos. Tan pronto como consiguieron instalarse sólidamente en los guadarropas o detrás de la barra, otras mujeres comenzaron a llegar: viejas con pasados para exponer lo suficientemente sucintos como para poder ser contados en este loco ambiente. Viudas o divorciadas cuyos maridos habían resultado ser maripuitas, mujeres que ya no piensan casarse (ellas han dudado o eso las ha costado muy caro), pero invitan de buen grado a las peluqueras maripuitas a sus cócteles, las presentan a sus amistades del gran mundo y las lluevan con ellas a los estrenos. Es así como empieza a verse circular locas en compañía de grandes damas. Algunas chicas sin fortuna se aventuran por los mismos derroteros (son ellas que introducen el hash), la moda americana se impone en la Rue Ste. Anne. Llegan con los últimos *tubes* ingleses, muy pronto nos vemos obligados a bailar, por fortuna en aquel tiempo yo disponía de mis dos piernas. Los chapeiros más apuestos se casan con ellas sin abandonar por ello a sus paganos. En 1970 en la Rue Ste. Anne hay tantos bautizos como camas redondas, las felices familias pasan a veces sus vacaciones en Ibiza pero no gastan demasiado, americanizados pero más al estilo las parejas jóvenes, añaden a las asignaciones familiares los 4 ó 5 mil francos que les pasa el viejo, algunas de estas familias cuentan también con una vieja de las que suelen salir con maripuitas que les paga el alquiler. A veces se organizan encuentros entre las viejas viudas de locas y las viejas

locas de viudas y hasta se hacen matrimonios de conveniencia, pueden verse por ejemplo pasando sus vacaciones en el Loire a jóvenes parejas chica-loca y niño con una vieja pareja mujer-loca que son un poco los abuelos. Es algo digno de verse.

En la época en que Marilyn servía vodka con naranja nosotros le vacilábamos, la encontramos insoportable. Ella también nos detestaba, y nos cobraba dos veces la misma consumición. Fue por esta época en que comenzaba a convertirse en la reina del Alcazar (seguía por las mañanas el curso «Marilyn» con una actriz muy buena que ahora ya está muerta, Tania Balachkova, con quien la había introducido una loca dedicada al mimo que posteriormente llegó a ser también una gran star del París-travesti) cuando empezamos a frecuentarla, es decir, cuando tras haber pasado al otro lado de la barra hacía esfuerzos para ser amable y divertida; con eso nos bastaba, ella sólo tenía que evitar empuñarse en vivir una aventura común con nosotros, invadirnos. Cuánto siento no haberme desembarazado de ella al principio, hubiera sido fácil envenenarla en el Pim's poniéndole arsénico en su copa de vodka con naranja. ¿Quién hubiera sospechado? Ella era muy constante en su carrera, dice su madre. No lo niego, digo: en su carrera de mujer. ¡Ay, madre mía! ¡Por qué me has hecho tan misógino! La madre cree que su hija es una de las que se casan con el pagano porque aman el bello espécimen viril que es su chulo. El pagano (en este caso soy yo; me debe tomar por un anticuario, me dice que las únicas locas que tiene como clientas se dedican más o menos al tráfico de antigüallas en Porte de Clignan

court), yo no soy más que el degustador que ha descubierto la perla rara que es el amor de la vida de su hija (ella se lo imagina como un Rodolfo Valentino), el viejo marido que hace posible la historia: esta vidente peligrosa ha descubierto a la loca cornuda. Yo pruebo a hacerle hablar de los niños: sabe que hemos adoptado tres, no sabía que hubiesen muerto: ni por un instante un atisbo de ternura pasa por sus ojos. Estos niños estaban malditos por su raza. Siento hincharse de rabia mi pecho como me ocurría en mis conversaciones de hombre casado con Marilyn, mi odio es tan físico que siento latir mi muñón. A esto se debe que hayan muerto de manera accidental, debían expiar el pecado de su padre negro que era por otra parte traficante de droga, Marilyn le ha escondido que ella traficaba droga, ella no la cree capaz, está ferozmente en contra de la droga, si su pequeña Delphine se ha cogido en la prisión Regina Celi una noche en compañía de gentes que se drogaban, no ha sido más que una cabeza de turco. Por otra parte, ella le ha escrito que no le gustaban los niños, eran sucios y mal educados, soy yo que le impuso su presencia porque soy un viejo vicioso. ¿Quiere que le cuente su muerte? le pregunto. Hay algo en mi tono que le da miedo. ¿O prefiere verlo en su bola de cristal? Ya he visto su muerte en mi bola. He visto que han sido despedazados por un tiburón así como su barco neumático. Sí, pero yo he visto la escena con mis ojos. Puedo contársela. Ella no quiere, sufre del corazón. Usted la escuchará, le digo. Se levanta para llamar a su nieta con el interfono, la hago sentarse de nuevo brutalmente, cierro la puerta. ¡Mire su bola

de cristal y dígame si ve lo mismo que yo! Señor, me dice, apenas le conozco. ¡Tenga piedad de una pobre mujer, vieja además! Enciendo la bola. ¿Ve usted su pequeña Delphine colgada? Señor, me dice, me siento mal. ¡Mis sales! Yo la abofeteo, la cojo por los cabellos, le golpeo la frente contra la bola de cristal, tiembla, se hunde en su silla, tiene una gran bola azul en la frente, un hilillo de sangre le corre por la oreja. Abajo se oye el ruido regular de la caja, miro por la ventana, el Bd. Magenta sigue igual. La vieja continúa con sus estertores, la estrangulo, muere sentada. Me arreglo el pelo con mi peine de bolsillo. me pongo el impermeable. Bajo. La pequeña Josephine está todavía en la caja, me sonrío con sus grandes dientes. ¿Qué quiere, señor? me dice. Una cepa de ron de 200 francos, le contesto. Su sonrisa se ensancha, me toma por un buen cliente. ¡Papi, grita en la bodega, una cepa de ron! Una qué, responde una voz masculina al cabo de un minuto. Una qué, señor, me dice la pequeña. Hay cepas de Navidad, no cepas de ron, responde la voz del abuelo. Eso no existe. Insisto. Mme. Audieu me ha dicho que comprara cepa de ron de 200 francos. Usted se equivoca, me dice el viejo subiendo de la bodega envuelto en una nube de harina. Es Michel Buonarroti en viejo, los cabellos rojos, un poco blancucinos, la nariz rota, todo está allí. Sólo se pone ron en el babá. Ahora bien, si yo quiero poner ron en mi cepa de Navidad es asunto mío. Pero eso no se hace. Se seca las manos en su delantal, me aprieta vigorosamente la mano. Los clientes de mi señora son mis clientes dice. Y se echa a reír, la pequeña también ríe: ¿puedo tomar un chicle, papi? dice.

Cuando hayas comido, dice el viejo. Espero a mami que ha ido al self-service, dice la pequeña Josephine. Cuando su madre vuelve del self-service, ella va sola al segundo servicio. Es una chica muy lista, nunca se equivoca en la caja. Ahora por 200 francos puedo venderle hogaza en forma de tortuga con cerezas confitadas en lugar de ojos, es el mismo precio que la cepa pero menos indigesto, me lo aconseja. Digo que es caro por 200 francos, me añade ron. La pequeña insiste para mascar un chicle, obtiene el permiso, el chicle rosa va y viene en su sonrisa, una cliente entra, compra media barra, pregunta si Mme. Audieu va mejor. Va mejor, gracias ¿quiere verla? Ella quiere consultarla sobre el porvenir de su marido que está en paro pero no puede pagarla hasta mañana. Digo hasta la vista. Pago 200 francos de mi pan tortuga emborrachado con ron, que me envuelven cuidadosamente en una hoja del *Parisien*. La cliente es admitida, sube. El viejo me estrecha la mano. Hasta muy pronto, me dice. Doy también la mano a la pequeña Josephine que me dice gracias señor haciendo una pequeña reverencia. La cliente que ha subido baja de nuevo las escaleras dando gritos de horror. En el mismo momento Corinne llega de la calle dando los mismos gritos. *Ici-Paris* en la mano. ¡Delphine ha muerto! grita una, ¡Mme. Audieu ha muerto! grita la otra. Una colgada, la otra estrangulada. Los curiosos empiezan a aglomerarse en la panadería. Aprovecho para robar un pan de chocolate y esfumarme. Fuera se está bien, es otoño. Bajo a pie Straborny y Sebastopol, doy a un vagabundo la tortuga al ron, me como mi pan al chocolate, llego a les Halles, giro a

la derecha por la Rue Rivoli, voy a sentarme al jardín de las Tullerías frente al estanque, enciendo un cigarrillo de marihuana, una loca me guiña el ojo, es bigotuda como yo pero pelirroja.

Hola, me dice. Hola, respondo. Es una loca del teatro, ha hecho mimo. Jean Marie. Encantada. Me ha visto en compañía de Marilyn en un estreno. ¿Cómo me ha reconocido? Por los bigotes. Sé que es falso, es por mi ligera cojera y por mi bastón que me ha reconocido. No tengo ganas de hablar, hago como si corrigiese el cuaderno que llevo siempre bajo el brazo. ¿Escribes? me pregunta. No, corrijo. ¿Puedo leerlo? No. Esto la enfría. ¡Hasta la vista! canturrea y se va. Cuando se aleja me doy cuenta de que también es coja. La idiota busca un amor de vejez. Miro distraídamente los niños que juegan a enviarse barcos de vela en el estanque, cierro mi cuaderno, pienso en la muerte de Piggy, Monnie y Rooney.

## CAPÍTULO VII

### EL MEDITERRANEO

Michael y yo nos hemos sentado en la playa, el barquito parte con los tres niños, la loba no es admitida porque sus aullidos alejan a los peces, se queda pues con nosotros aullando al borde de la playa. Michael y yo, como de costumbre, nos dedicamos a hablar mal de Marilyn. Desde que estamos casados ella se entromete en la educación de los niños: les lee cuentos de Perrault que les hacen bofezar de aburrimiento (no les gustan más que los cómics) y sobre todo les enseña la higiene que ella misma se ha enseñado en América, es necesario que estén siempre muy limpios y que no coman con las manos, está todo el tiempo poniendo orden en la casa, no fuma, no bebe, lleva lentes de contacto, se viste con blue-jeans y tee-shirts de universidad americana, botas de basket, se corta el pelo a la moda, y se lo tiñe de castaño-rojizo, se pinta pecas con ayuda de un pincel, me ha exigido que le compre un seguidor dos caballos que ha pintado de grandes

flores naranja y en el que recorre toda la isla para llevar leche y ropas a los niños de los hippies pobres. Los travestis han salido definitivamente de su vida, sólo le interesan las gentes que se reproducen, se toma fotos en la terraza en compañía de los trillizos y yo con una Kodak. Ahora me obliga a compartir la habitación, aunque no tengo nada que temer: esta chica de treinta y cinco años sigue siendo virgen. Los niños tienen su habitación aparte con tres literas y están obligados a dormir en pijama de lana con puntitos rojos para no coger frío. Michael y la loba duermen en el desván. La detesto. Pierre está internado haciendo una cura de desintoxicación en la única clínica de Ibiza, regida por monjas, donde le dan Valium en lugar de LSD, él no se da cuenta, está en un trip del cual no puede salir, cree que se ha convertido en Jesucristo y encuentra normal que las monjas vengan a cambiarle cuando se mea encima y le den la comida con una cucharita. Tiene estigmas en las manos y los pies que las monjas limpian bien a fondo con alcohol y le cubren de gasas. Ya están acostumbradas, en la habitación de al lado hay otro italiano que tiene la misma enfermedad desde hace diez años. Su ombligo se ha contraído hasta no ser más que un punto, ha adelgazado enormemente, se le pueden contar las costillas, exige que se le peine con una corona de espigas y se pasa todo el día desgranando un rosario de plástico que le ha comprado Marilyn. Voy a verle de cuando en cuando y le llevo aceitunas (es la única nutrición de adulto que come) sin hueso, si no se las traga y es necesario extríparse las, tanto ha encogido su aparato digestivo. Tiene grandes ojeras

y llora sin parar. Pruebo de animarle pero apenas me reconoce, en una ocasión me toma por Judas y llama a las monjas para que me echen. El viejo cura que nos casó a Marilyn y a mí va a verle de cuando en cuando y lo exorciza, según su opinión está poseído por el diablo, en sus momentos de lucidez Pierre está muy de acuerdo, las monjas también, Marilyn duda, a Michael y a mí nos da igual, se lo exorciza. El cura pone a los dos italianos poseídos juntos (el otro es un siciliano garibaldesco que no quiere que lo exorcizen y lleva siempre la camisa de fuerza), el viejo cura catalán se pasea por la habitación hablando en latín y agitando un incensario, los niños que hemos vestido para la ocasión de monaguillos se aburren, Pierre tiene convulsiones, una gota de sangre resbala de su ombligo, es la prueba de que está poseído. Esto, añadido a las sumas astronómicas que he de pagar por el alquiler de la casa, los dos coches, etc., me obliga a dibujar mañana y noche para los periódicos franceses. El cura me propone que dibuje para el periódico de su parroquia. No, hasta aquí podríamos llegar, ¡yo soy de izquierdas! No obstante, me veo obligado a hacer equilibrios los finales de mes. Hago una exposición de originales de mis dibujos en una galería de hippies amigos de Marilyn, en el vernissage me roban la mitad de los dibujos, los viejos hippies drogados se mean en la sangría, la loba muere de un guardia civil, he de pagar la bebida y la multa, no vendo nada. Somos pobres, no podemos aguantar nuestro tren de vida, Michael tampoco vende sus cerámicas, los turistas ahora sólo compran cerámicas de plástico. Marilyn se niega a aportar su capital que es sin

embargo bastante considerable (¡cinco años de tráfico de drogas!) todo está colocado en bonos de ahorro para los niños cuando sean mayores. Me veo obligado a montar un asunto de tricot, Michael y yo tricotamos ponchos todo el día, los niños a veces nos ayudan. Pero, en fin, no me quejo, es una vida bastante agradable.

\* \* \*

La víspera del drama Michael y yo hemos estado tricotando hasta muy tarde frente al fuego que los niños alimentaban de vez en cuando, juegan al ajedrez a tres mediante un sistema extremadamente complicado que sólo ellos comprenden. La loba duerme junto al fuego. Marilyn lee una novela é Somerset Maugham en un sillón de mimbre. Yo estoy resfriado, por la noche hace frío y no nos calentamos porque se ha vuelto demasiado caro, Michael me prepara un poncho, yo voy bien abrigado con un poncho, me pongo a tricotar otro. Como siempre que estoy griposo mi ex pierna me hace daño, estoy de mal humor, hoy he recibido la cuenta del último trimestre de la clínica de Pierre. Digo que se le debería traer a casa. Es ridículo pagar sumas astronómicas a unas monjas estúpidas por lavarle y alimentarlo con sopas. Michael está de acuerdo conmigo, pero Marilyn no. Los niños no vivirán con él, y basta. Ella detesta la enfermedad mística de Pierre, quiere los niños sanos de espíritu. Llama a Piggy, Rooney y Moonie, Jean-Luc, Serge y Stanislas. Le digo que no soporto que ella tome todas las decisiones, quiero divorciarme. Ella ríe con su risa ameri-

cana, no te atreverás, dice, y continúa leyendo con sus lentillas. Me siento sin fuerzas, voy a llorar a la cocina adonde Michael viene, me prepara otro ponche, me lía un cigarrillo de hash, la loba se acerca para apoyar su cabeza en mi pie de metal, me calmo. Los niños están absortos en su juego de ajedrez, hacen como si ignorasen nuestros dramas, es lo que más pena me da. Gracias a la astucia y severancia de esta mujer diabólica, los niños están cada vez más alejados de mí, ella proyecta enviarlos internos a Inglaterra, casi los ha convencido para que deseen este gran viaje y poder convertirse después de muchos estudios en gentes normales como los demás. ¡Cuánto la detesto! Me voy a dormir al desván a pesar de mi gripe, esta noche hago habitación aparte.

\* \* \*

La mañana siguiente hace mucho sol, el verano ha llegado de golpe, me siento mucho mejor de mi gripe, decidimos con Michael y los niños aventurarnos en nuestro primer día de playa. Marilyn no viene, tiene la cara dura de fingirse vejada, se queda en casa para acabar su Somerset Maugham. No encontramos la sombrilla, está en la terraza casi perdrida, es necesario lavarla, buscamos por todas partes nuestro viejo cesto de cañamo que era tan cómodo para la playa, el viejo tubo deambre solaire. La loba, que presiente la expedición, está loca de alegría. Marilyn pide que le dejemos una porción de huevos duros y de zanahorias. ¿A qué cala vamos? Tal vez vendrá, depende, quizás prefiera quedarse

leyendo. Hay que pasar por la clinica para pagar el trimestre de Pierre. Tengo una discusión con la madre superiora. Pierre arenga a los transeúntes desde la ventana. ¿Qué les dice? Que Dios ha muerto. Es desde luego molesto para la dirección de la clínica. Desearían que lo sacáramos, de lo contrario lo mandarán a la cárcel. Formo un escándalo y aprovecho para no pagar el último trimestre, llamo a Michael y los niños, vestimos a Pierre con un poncho, la madre superiora no quiere dejarle sin que antes paguemos. Le pago un mes, le enviaré un cheque por el resto (puede esperar sentada). Nos dan las cosas de Pierre: su rosario y un cepillo de dientes. No tiene aspecto de saber muy bien dónde se encuentra, lo ponemos en el asiento de atrás con los niños y la loba, le hacemos beber un vodka con naranja, sonríe. Llegamos a una cala desierta, hacemos bajar a Pierre, hace por lo menos un año que no ha visto el sol, da vueltas en la arena, él y la loba aúllan y juegan juntos. Los niños hinchaban la barca neumática, se meten en el mar después de habernos abrazado y prometido ser buenos y no ahogarse. Michael y yo colocamos la sombrilla para que le dé sombra a Pierre, le damos su rosario, lo desgrana mirando la barca neumática alejarse lentamente en el mar. La loba aúlla, hoy está imposible, quiere ir al mar con los niños. Michael y yo nos instalamos bajo la sombrilla al lado de Pierre, me he quitado mi pierna. I love you, dice Michael. Siendo un escalofrío correrme por la espalda. Why? le pregunto. Because you are a good person. No sé que responder. El me acaricia la cabeza. Why? pregunto. I love you because I love you, me dice, y me besa

en los labios un buen rato, apretando los dientes contra los míos como hacen los americanos. I thought you were in love with Pierre, digo. I was, but now all this is finished. I love only you, baby. Pierre llora, le damos una aceituna y un sorbo de vodka con naranja. La loba aúlla, corre por la orilla del agua, quiere entrar en el mar, le gritamos. Nunca hubiera pensado que este muchacho pudiera amarme, no me excita demasiado él mismo, su físico, es su mirada la que me gusta y también su alma, es de una gran ternura. But, I am married with Marilyn, le digo. Let's go out of this evil, me dice (le pregunto que quiere decir evil: infierno) let's take the three boys and let's go! Quiere que partamos juntos con los niños y la loba y que abandonemos a Marilyn y Pierre en Ibiza. Estoy de acuerdo. Pero ¿me amará siempre? Si. Yo también. Siento de todas maneras algunos escrúpulos por causa de Pierre, él ha sido el gran amor de mi vida así como el de Michael, no se le puede abandonar en las garras de Marilyn. Lo llevaremos con nosotros. ¿Adónde? No sabemos, pero dejaremos Ibiza. Sweet baby, me dice, let's go to Paris. El no conoce en el mundo más que Baltimore e Ibiza, le he contado con detalle el museo del Louvre, ¡quiere visitar París! Paris en donde no he puesto los pies desde que no tengo más que uno solo, hace de eso ya dos años. Paris más que uno solo, hace de eso ya dos años. Paris que adoro como adoro el recuerdo de mi juventud sin tener demasiadas ganas de volver. Intento imaginar una vida en Paris con nuestros tres pequeños salvajes, más Michael, más la loba, más Pierre en el estado que se encuentra, más Marilyn americana. Es imposible. Trato de explicarle que en París

no hay mar, que es triste. No quiere crearme, siempre ha vivido a la orilla del mar, no puede comprender cómo una ciudad pueda encontrarse lejos del mar. Le dibujó un mapa del mundo en la arena «excepto Asia que no la sé dibujar», le nuestro donde hemos nacido, él, Pierre y yo, en qué lugar nos encontramos en este momento (Ibiza es un punto minúsculo en el Mediterráneo) le enseñó que París es un punto rodeado de tierra, ni una gota de mar. Está muy decepcionado, propone que nos vayamos al menos a la isla de Formentera que está a 3 km enfrente de Ibiza. Le pregunto porqué ha venido de Baltimore a Ibiza, son ciudades bastante diferentes y muy lejanas una de otra. Ha nacido a la orilla del Atlántico, desde su infancia soñaba atravesarlo. Ibiza es el único lugar de Europa del cual había oído hablar a los hippies neoyorquinos, sus ídolos de adolescencia. Pierre me pregunta la hora en italiano. *Le tre* contesto. E l'ora de l'apocalypse! grita. Le calmamos, llora sobre mi hombro, Michael le da besitos en la frente, muy pronto experimentamos entre nosotros tres una idéntica ternura, nos hacemos cosquillas, nos pasamos el vodka con naranja de boca a boca. Pierre tose y escupe el vodka con naranja en los ojos de Michael, eso nos hace dar alaridos de alegría. La loba aúlla de verdad, es insoportable ¿qué quiere? en lugar de comer su costilla la ha arrastrado sobre la arena, ahora echa la costilla al mar. Corre entre las olas pero no entra en el mar, diríase que tiene miedo de algo, Michael da un grito, señala un pequeño triángulo en el mar. ¡Una aleta negra! A shark! grita. Un pescacane! grita Pietro. Es un tiburón Hay, a veces, pequeños

tiburones que se aventuran en el Mediterráneo, en general no son peligrosos. Michael silba a los niños que se encuentran aproximadamente a unos cien metros, no comprenden nada. Al oír nuestros gritos y los aullidos de la loba empiezan a sentirse inquietos, ponen su pequeño motor en marcha, no tienen gasolina, reman con el único remo que tienen, avanzan en círculos. El tiburón da vueltas también cerca de la orilla, ha oído la chuleta que la loba echó al mar. No osa acercarse demasiado, sé que los tiburones son casi ciegos y no se acercan a las costas en las que no tengan suficiente profundidad para volverse, tanto más éste, que es mucho más grande de lo que creía, nos hemos dado cuenta de su tamaño al verlo levantado por una ola. Los niños están a unos cincuenta metros. Pierre da gritos como una siciliana en un velatorio, le abofeteo. Tengo una idea que perfecciona la de la loba; tiremos la chuleta que sin parar es devuelta sobre la arena más lejos en el mar, ¡pero lejos del camino de los niños! Pido a Michael que lo haga, no sé donde he dejado mi pierna de metal, soy minusválido, salto sobre una pierna. ¡Mi pierna de metal! ¡Echémosle mi pierna de metal, se romperá los dientes y se irá! ¿Dónde está? Los niños están a unos cuarenta metros, la aleta del tiburón avanza directamente hacia ellos. Se ponen a dar gritos, es preciso que no enloquezcan. Michael arroja la chuleta con todas sus fuerzas, el tiburón la huele en seguida, desvía su trayectoria, vemos su enorme boca salir del mar y atrapa al vuelo. Damos gritos de espanto. ¡Mi pierna! ¡Hay que arrojarle mi pierna! ¿Dónde está mi pierna? La aleta avanza de nuevo hacia los niños, están a

una treintena de metros. La barca es empujada por las olas, el tiburón se aleja, respiramos tranquilizados. ¿Dónde está mi pierna? El barco avanza más rápido ayudado por las olas, el tiburón se acerca de nuevo, pero no demasiado. Encuentro mi pierna que estaba cubierta de arcilla, Michael se mete en el mar hasta el pecho, la lanza, al tiburón le da lo mismo, la pierna no tiene olor. La loba decide hacer un último sacrificio, se interna en el mar y nada rec- to hacia el tiburón, que la toma en su boca, la le- vanta al aire, le arranca una pata, la loba llega a conseguir morderle una vez antes de expirar entre una mancha de sangre. El tiburón nada en círculos alrededor, a continuación salta y la devora. Piggy está aterrorizado, Rooney también, es Moonie el único que conserva la calma y continúa remando. De pronto una ola hace volcar la barca. Michael, Pie- rre y yo nos metemos en el mar instintivamente, el tiburón ha atrapado a Piggy y lo arrastra hacia dentro, gritamos a Rooney y Moonie que vuelvan a la playa, en lugar de escucharnos nadan siguiendo las huellas del tiburón para recuperar a su her- mano, nosotros detrás de ellos a una treintena de metros. Pero el tiburón, que ya ha destrozado a Piggy, avanza sobre Moonie, le levanta en su boca, Rooney da gritos, ¡vuelvel! Le grito con la boca llena de agua. Rooney come back, grita Michael enloque- cido. Me agarro al barco volcado, me elevo así sobre el nivel del mar justo en el momento de ver el cuer- po de Moonie flotando sin vida. Y es Rooney el que nada hacia el tiburón. El tiburón le arranca un bra- zo, su cuerpillo es arrojado al aire como una ma- rioneta. cae de nuevo al mar. El tiburón avanza

sobre mí. Espero la muerte sin moverme, no tengo la más mínima reacción, me suelto del barco neu- mático, me dejo hundir. Veo el vientre blanco del tiburón bajo el agua que salta y atrapa con sus dien- tes el pequeño barco de plástico amarillo y lo hace estallar, el tiburón tiene miedo, se dirige hacia el horizonte, desaparece. Michael y yo recuperamos los cuerpillos: Piggy no tiene brazos, a Moonie le falta la mitad del pecho, Rooney tiene la cara des- trozada, recuperamos también la cabeza de la loba que flota cerca de la playa y mi pierna de metal que es devuelta por el mar. Michael y yo lloramos en si- lencio mientras envolvemos los pequeños cuerpos en ponchos, no se oye más que el ruido de las olas. Pierre hunde la cara en la arena para evitar ver la escena. Suenan las tres. ¿Dónde estoy? Es el gran reloj de la estación d'Orsay que acaba de dar la hora. En el estanque de las Tullerías los niños se divierten, hay uno que ha caído al estanque, una mujer le riñe. Camino hasta la Rue Rivoli, tomo un taxi, regreso a mi hotel del Bd. Magenta, me hundo en la cama, tiro mi pierna al suelo y me duermo pesadamente.

## CAPÍTULO VIII

### RUE DES TROIS-PORTES, TREINTA Y TRES

Un grito de horror me despierta. La hija de la patrona me tira encima la bandeja del desayuno, el café me abrasa la cara, doy un bote en la cama. ¡Un muerto! grita, ¡un muerto! Ha tropezado con mi pierna de metal, cree que hay un muerto debajo de la cama. Es necesario que le explique que se trata de una prótesis. Se sienta en la butaca y se pone a sollozar, está emocionada. Acaban de contarle que la vispera han asesinado brutalmente a la madre de la panadera del barrio, que era por otro lado su vidente. Me enseña su foto en *Le Parisien*, la han dejado inconsciente con su bola de cristal y a continuación la han estrangulado para robarle sus secretos. Es una foto de Mme. Audieu joven, se parece mucho a Marilyn. Al lado se ve una foto-robot del culpable, felizmente no me parezco a él aparte del bigote. Decido cambiar de hotel y afeitarme. Le digo que voy a marcharme antes del mediodía, tendrá que descontar el desayuno que me ha tirado en toda

la cara. Salto con mi único pie hasta el cuarto de baño, me ducho. La hija de la dueña llama a la puerta del cuarto de baño. ¡Señor, me dice, hay un telegrama para usted! ¿Un telegrama? ¿Quién puede saber que estoy aquí? Me desliza el telegrama por debajo de la puerta, llevo a la pata coja hasta él secándome las manos, lo abro con los dedos todavía mojados. «Sé que eres tú quien se ha cargado a la vieja. Estoy bajo tu ventana.» Digo gracias, espero que la hija de la patrona salga de la habitación, se retrasa un poco examinando mi prótesis, cuando oigo cerrar la puerta de la habitación abro la del cuarto de baño, voy saltando hasta la ventana envuelto en una toalla blanca del hotel, y veo al pequeño pelirrojo de bigotes cojo que intentó ligarme ayer en Tullerías que me sonríe dos pisos más abajo con una sonrisa amplia y amistosa. ¿Qué puedo hacer? Primeramente telefonar a mi editor para que me busque un buen abogado. Esperemos, es aún demasiado pronto. El retrato-robot no se me parece ¡pero hay tantas personas que me han visto en la panadería y que corro el peligro de encontrarme a cada paso por Bd. Magenta. Soy un inconsciente por haber vuelto a este hotel. ¿Qué hago con el tipo de la calle? Que espere, de todas maneras no se irá. Me afeito. Esto me toma quince minutos, es preciso que corte primeramente el bigote con la tijera de uñas lo más apurado posible, si no la hoja de afeitar no me correrá bien por mi mierda de barba. Es necesario despistar al pelirrojo de abajo. ¿Y si escapo por los tejados? Imposible con mi prótesis. Está parado en la acera, no aparta los ojos de mi ventana y cada vez que aparto la cortina me son-

rie. Voy a intentar darle el esquinazo de todo modos, bajo al hall del hotel recién afeitado y con gafas negras, vestido con una zamarrá patchwork de sa-tén que conservo por casualidad desde hace seis años en mi maleta, me he peinado hacia atrás con los cabellos bien pegados al cráneo. Ni la patrona del hotel ni la hija logran reconocermme. La hija de la dueña se enfada: ¡el bigote le estaba muy bien! ¿Y a nos deja? me dice la patrona. Sí ¿ha podido trabajar a gusto en nuestra casa? Sí, la habitación es muy tranquila. La hija de la dueña me llama un radiotaxi. Es difícil de encontrar por ser hora punta. *Paris-Soir* está abierto sobre el mostrador con mi retrato-robot muy claro. Las gafas de la patrona al lado. El pelirrojo se pasea de arriba abajo delante de la puerta, otea el interior. ¿Me habrá reconocido? La patrona enchufa la radio: son las noticias del mediodía: el odioso crimen de la vidente. Pone la radio todavía más alta. Mme. Audieu era una abuela ejemplar, la han asesinado a plena luz del día y en su casa para robarle su secreto, es increíble. Toda la familia ha visto perfectamente al asesino, un hombre delgado con impermeable y con bigotes, de acento argelino. Se sospecha de uno de sus antiguos clientes que últimamente se ha evadido de una clínica psiquiátrica. Una entrevista en directo con la hija de la víctima hace estremecer de horror a las dos mujeres: el asesino se quedó solo en la panadería con la pequeña Josephine cuando ya había estrangulado a su abuela, en vez de partir se quedó unos buenos diez minutos hablando con ella, ¿con qué intenciones? La llegada providencial, aunque accidental, del abuelo panadero había salvado

la vida de la pequeña Josephine. Esto encadena con la entrevista de otra vidente que se queja de los peligros de la profesión. Corinne se guarda mucho de decir a los policías que su hermana Delphine aparece en los periódicos ese mismo día por haberse colgado en una prisión romana, ni a un solo periodista se le ha ocurrido relacionar estos dos dramas, tal vez el verdadero nombre de Delphine no figura en los telex. Corinne prefiere guardar el secreto del vergonzoso suicidio de su hermana gemela para no ensombrecer la belleza sublime del crimen de su madre, tiene miedo de que sus clientes la denjen para ir a comprar en las pastelerías tunecinas la acera de enfrente. Por este lado estoy enteramente protegido: no irán a investigar, al menos por el momento, en el pasado de Marilyn, no hay que olvidar que yo he estado casado con ella. Sólo Marie de Lesseps puede relacionarlo, sé que ella encontrará eso más bien divertido pero no se le ocurrirá denunciarme a la policía, ni siquiera si sospecha que soy el culpable. Es un crimen casi perfecto, sólo está de más el pelirrojo ¿tengo suficiente dinero para taparle la boca? Mi editor me ha pagado hace tres días cinco mil francos, sólo me quedan tres mil, no sé en qué he gastado el resto. ¿Será suficiente? Y ante todo ¿no puede ser que el pelirrojo sea un policía? No tiene aspecto, aunque nunca se sabe. El taxi llega, la dueña y su hija me dan la mano, tomo mi maleta. El pelirrojo empuja la puerta, me arranca la maleta de las manos, cojea hasta el taxi.

Rue des Trois-Portes treinta y tres, dice al chófer del taxi. Respiro, tranquilizado, creía que me

llevaba directamente a la comisaría de policía. Es mi casa, me dice, vivo solo, me pone una mano en la prótesis, sonrío mirándome por el retrovisor: ¿Qué quiere? Llegamos a la Rue des Trois-Portes, es Plaza Maubert. Toma la maleta del portaequipajes, paga al chófer, sube la espaciosa escalera arrastrando la maleta, yo le sigo. Es aquí, dice en el tercer piso, sacando del bolsillo de su impermeable imitación de pantera una gruesa llave. Pronuncia el sonido «ss» como la «z» española o la «th» inglesa, es una loca ridícula. Entro en un apartamento de una sola pieza muy amplia con vigas falsas, en el techo, una pequeña cocina, teléfono, colchón y tijines por el suelo tapizados en colores violentos, tiene televisión en color, se ve que es un lugar reshabitado. ¿Un nez-café? me pregunta. ¿No hay nada para beber? Anizette. Sobre la cocinita un poster del David de Miguel Angel. Gracias, bajaré luego a beber una cerveza. Preferiría que primeramente ella me explicara lo que quiere de mí. No sabía que eras violento, me dice ella, me arroja el anís a la cara. ¡Flagéleme!, dice, se saca su camisa imitación de pantera, la piel de su espalda está cruzada de latigazos, me tiende un látigo. Un momento le digo ¿qué sabes de mí? Lo sabe todo. Me sigue desde hace tres días, alquiló una habitación en el hotel de enfrente de Bd. Magenta y mientras yo escribía por la noche me observaba con unos prismáticos. Me vio salir ayer del hotel al mediodía y caminar por Bd. Magenta completamente aturdido, me paraba cada dos pasos, miraba el *Ici-Paris* con la foto de Marilyn ahorcada, él me seguía de cerca, finalmente había entrado en una cabina telefónica, él se dio

cuenta de que sólo era un pretexto para hacer: se cuenta a Mme. Audieu, quien me miraba desde la ventana situada encima de la panadería. Por el estado de excitación en que me encontraba supo de inmediato que yo iba a matarla. Aquella loca per-versa soñaba desde hacía años con ser asesinada, andaba a la búsqueda de un asesino y ahora lo ha encontrado: soy yo. ¿Cómo ha hecho para encontrar mi escondite antes de cometer yo el crimen? Trabaja en una tienda de zapatos de la calle Fom. Yo me había detenido ante su escaparate hacía tres días, vio mi mirada desde el otro lado del cristal y comprendió que yo era un asesino. Desde entonces me sigue. Saca una jeringa del frigorífico, la hace hervir, me pregunta si quiero una inyección de heroína antes de matarla. ¿Y si me negaba? Entonces me denunciaría a la policía, me conviene matarla. ¿Cómo? Puedo elegir la manera, tiene varios aparatos de tortura mecánicos y eléctricos. Me hace pasar a otra habitación que yo no había descubierto, la entrada estaba oculta por un tapiz marroquí. Hay una gran mesa de cocina en medio, alrededor de ella diversos aparatos de tortura a cual más complicado, hay también una jaula con hamsters. Sacas el pantalón, me enseña su pierna: ahora compréndolo porqué cojea, su pierna está atravesada de agujas de gancho. Me tiende un cuchillito y me pide que se lo hunda en la cadera, lo hago, ella ruge de placer, se acuesta sobre la mesa de cocina, me pide que le ponga un cepo a la altura del muslo y le sierre la rodilla. No me atrevo, tiemblo. Tómame unas anfetaminas, me dice. Me trago un puñado. Cuéntame cómo has matado a la vieja, me suplica. Invento:

100

Primeramente meé sobre ella, luego le mordí la yugular. Hundo el cuchillo en la rodilla, le separo la rótula, ella aúlla de placer. ¡Córtame el vientre, diciendo alaridos, hazme una cesárea! Pongo a calentar al rojo vivo un cuchillo de cocina, mientras lo caliente voy a buscar un hamster que le meto en el culo, la loca se contorsiona. Voy a buscar un hacha, le corto el pie, me encarnizo con la tibia, grita demasiado alto, le pongo una toalla ya empapada de sangre en la boca, el cuchillo ya está al rojo, se lo hundo en el ombligo, se lo remuevo entre los intestinos, hago estallar la vesícula, la orina se mezcla con la sangre y los excrementos, hundo mi mano en todo el desaguisado, hay algo que se mueve, es el hamster aún vivo, lo cojo muy fuerte en mi mano, lo saco fuera, se debate, da unos grititos como de pájaro, los otros hamsters en su jaula hacen lo mismo, le muerdo el cuello hasta que para de chillar, está muerto. El pelirrojo Jean-Marie respira aún entre estertores. Le parto el cráneo de un hachazo. El teléfono suena, lo dejo sonar, para, suena de nuevo, para y empieza de nuevo. Cruzo el tapiz marroquí, voy al cuarto de baño y me ducho, tengo problemas con el calentador de agua que hay que encender primero y no encuentro la llave del gas, el teléfono deja de sonar, me enjabono a fondo, estoy cubierto de sangre coagulada. Este apartamiento me gusta, es tranquilo. Sólo los hamsters me molestan, los meto en el horno y lo enciendo, pronto paran de chillar, apago el horno. Llamo a Marielle de Lesseps. ¿Qué hora es? No lo sé pero tú me llamaste ayer a la misma hora. Es posible. Está desolada por haberme dado ayer una dirección

101

falsa, la panadería de la madre de Marilyn no se encuentra en el Bd. Magenta, lo confundí con la Plaza Maubert. Yo sé que es ella la que se equivoca habiendo creído confundirme, pero no le digo nada. La de Bd. Magenta por otra parte fue asesinada ayer por la mañana antes de mi llegada, está en los periódicos, se disculpa por haberme molestado para nada. ¿Qué haces? Nada. Si quieres comemos juntos. Pero ¿qué hora es? No lo sabemos, de cualquier manera podemos comer en Lipp está siempre abierto. Ah, he tenido noticias de Roma, me dice. Marilyn no se ha colgado. Pudo ser salvada *in extremis*: abren de nuevo el proceso, es una verdadera casa de putas con las leyes italianas de ahora, promete ser un bonito escándalo. ¡Marilyn sigue aún viva! Sí, y no estoy viudo. Aló, ¿estás ahí?, me pregunta Marielle. Sí, estoy aquí. Si alguna vez soy citado en el proceso de Marilyn su familia de buen seguro me reconocerá. Comemos juntos. ¿Qué tiempo tengo para recogerte? El tiempo de ducharme. Anota mi nueva dirección, me dice, acabo de mudarme. espera un momento, busco un lapiz. Rue des Trois-Portes treinta y tres, tercero izquierda. ¡Está en el mismo rellano! Hasta ahora, digo, y cuelgo. La coincidencia me aturde. Me pregunto si no estaré soñando. Voy a levantar la cortina marroquí, la mesa macabra del pelirrojo está allí, es real. La pieza en que él se encuentra está entre el apartamento de Mariella y el mío, hasta tiene una puerta que da al mismo rellano entre la suya y la mía. Atravieso el descansillo, la puerta de Marielle está abierta, llamo. Entre, me dice, estoy en la ducha. ¡Has llegado muy rápido! El apartamento es simétrico del

mío pero no hay cortina marroquí, se ve bien la otra pieza, es un invernadero en donde Marielle ha colocado plantas verdes alrededor de una mesa de jardín, en un rincón una reproducción de la Venus de Milo. Suena el teléfono. ¿Puedes contestar? Es mi editor. No parece sorprendido de encontrarme allí. ¿Sabes que esta chica con la que te casaste, la del Alcazar, está en la prisión de Roma por tráfico de drogas y ha estado a punto de suicidarse? Lo sé. Y su madre que era vidente en Bd. Magenta fue asesinada por un árabe ayer por la mañana. Esto finjo ignorarlo. Marielle llega envuelta en un albornoz blanco, me toma el teléfono de las manos. Mi editor está enfadado con Marielle, le ha adelantado dinero para una novela que nunca acaba de escribir. Ella lo ha olvidado completamente, le ruega que la excuse. Cuelga. ¡Oh, el idiota ese! Estamos de acuerdo en que nuestro editor se vuelve de cada vez más insoportable, exige a todo el mundo que escriba. ¿Y si comiéramos aquí? Tiene caviar y ranas en el frigorífico, sólo tengo que ir a comprar Vouvray a Plaza Maubert mientras se viste. De paso compro el *France-Soir*, la foto de Marilyn y de Mme. Audieu están juntas las dos en primera página, Mme. Audieu mucho mayor que su hija, no han establecido aún la relación pero aparecerá sin duda en la edición de la noche. Tiro el periódico sin leerlo, *France-Soir* me cabrea. Marielle se ha puesto una falda beige y una blusa color champaña, me pregunto cómo hace para no cambiar de estilo desde hace diez años. Vestido de esta manera tienes el aire de un rocker, me dice. Has cambiado de estilo en tres días. Estoy un poco confuso. es verdad: cuando me pongo a escri-

bir es preciso que me vista de una manera diferente todos los días. Normalmente debería ser lo contrario, dice ella enigmáticamente, al tiempo que enciende un Rool-Tip. ¿Qué, avanza tu novela? ¡Mierda! ¡He perdido mi novela! Los tres cuadernos completamente llenos se me han quedado en el hotel de Bd. Magenta sobre la mesita negra enfrente de la ventana. ¿Qué hotel en Bd. Magenta? El hotel Magenta. Ella tiene el número de teléfono, conoce a la dueña, su madre era la panadera de su abuela. La dueña se pone al teléfono. Ah, es usted señor Damonte, me dice, hemos tenido problemas por su culpa. La policía ha creído reconocermé en la fotografía del asesino de la vidente, tendría que haber dejado mi nueva dirección, han venido a buscarme, ella les ha asegurado que soy un buen chico pero de todos modos han confiscado mis cuadernos. ¡Mis cuadernos en manos de la policía! Intento recordar lo que he escrito de comprometedor. ¡Todo, todo es comprometedor! Cuelgo. Estás pálido, me dice Marielle. La policía ha confiscado mi novela, digo ¡Habrás visto! dice, me sirve un vaso de Vouvray. No sabía que estuviese publicada, ¿ha salido hoy? Es demasiado largo de explicar, me callo, ella toma mi silencio por una afirmación. Nuestro editor va a ponerse fatal, dice Marielle. ¡Otro proceso sobre sus espaldas! Las espaldas de nuestro editor deben en efecto estar bastante cargadas: el teléfono suena, es él me dice Marielle, me lo pasa. Su voz es suave y amistosa: estoy al corriente de tus problemas, acabo de recibir una llamada del ministerio del Interior, prefieren que vayas tú mismo a la comisaría más próxima y te entregues amigablemente, te en-

contraré un buen abogado, silencio. Comprenderán que has tomado demasiada droga estos últimos tiempos, no estabas normal, es necesario encontrar un psiquiatra como testigo, conozco uno bastante famoso. Comprendo que es demasiado tarde. El crimen de la vidente no es nada comparado con el de la puerta de al lado y no van a tardar en descubrirlo. Soy carne de guillotina, es inútil el abogado. Gracias, digo, y cuelgo. ¿Qué dice? me pregunta Marielle. Quiere que me entregue, le respondo. ¡Pero está completamente loco! exclama. ¡No van a empujar a meter, así, por las buenas, en la prisión a los autores, eso, es demasiado! Está indignada. Me va a buscar otro Vouvray en el frigorífico. Es necesario hacer un comunicado en los periódicos, eso no se puede dejar pasar así como así! El teléfono suena, otra vez es mi editor. He obtenido del ministerio del Interior una fotocopia de tu manuscrito, me dice, pero está incompleto ¿dónde están los últimos capítulos? Todavía no los he escrito. Tendré todo el tiempo que quiera para escribirlos en prisión, allá al menos no tendré la ocasión de perderlos. ¿Qué esperas para ir a entregarte en la comisaría? Voy en seguida. Cuelgo. Marielle da un grito. Tres coches de la policía se detienen bajo la ventana en un concierto de frenazos. La comisaría ha venido a mí. Rápido, me dice Marielle, tengo la llave del apartamento de al lado ¡está desocupado! Me arrastra por un brazo, abre la puerta del apartamento que acabo de dejar, me empuja al interior, cierra la puerta. Hay una treintena de policías. ¿Señorita de Lesseps? pregunta uno con impermeable. Miro por el agujero de la cerradura. ¿Se encuentra aquí el señor

Damonte? Se ha marchado hace tres minutos. ¿Adónde? Tomaba un avión para Roma. ¡Para Roma! Bajan de nuevo las escaleras en rebaño, uno de ellos se queda de vigilancia en el pasillo, a Marielle le prohíben abandonar su apartamento. Por la ventana veo los policías que hablan por sus aparatos. Saltan a los coches, arrancan a toda velocidad. Ya deben de estar moviéndose por todas partes en Orly, las gentes que se me parecen deben estar pasándolo mal. Enciendo la tele de Jean-Marie. Son las noticias de la una. Desde la edición de las once del *France-Soir* Marilyn ha doblado a su madre en popularidad, no han descubierto todavía que es su hija. Sí, en las informaciones de última hora: ¡la francesa encerrada en Roma por tráfico de droga es la hija de la vidente de Bd. Magenta! Por informaciones marginales se descubre que la francesa ha sido actriz, pasan un trailer de sus películas publicitarias con la boa. ¿Están relacionados ambos casos? ¡Sí! Noticia de última hora: el asesino de la madre parece ser el marido de la francesa encarcelada. Un salto bastante inesperado, el presentador no sabe muy bien cómo tomarlo: Hay que improvisar para poner a videntes y traficantes de droga juntos en una misma noticia, eso no se ha hecho nunca. Pronto encuentran el lazo de unión: yo. Un dibujante humorístico completamente drogado, enseñan diapositivas de mis dibujos, una foto del café-teatro en que he trabajado de travestí, otra foto vestido de oso en una fiesta, otra mía de pequeño en una playa, ninguna se me parece, por este lado no tengo que temer. Si el cabrón de mi editor no hubiese tenido la idea de llamar precisamente hoy a Marielle para

pedirle un manuscrito, en este momento estaría libre. Pero también yo, ¡que idea olvidar mis cuernos en Bd. Magenta! El teléfono suena. Llaman a la puerta. Es el policía que ha quedado de plantón en el rellano. ¿Lo han encontrado? me pregunta. Aún no, respondo. ¿Usted no contesta al teléfono? ¿Qué teléfono? Aló ¿Jean-Marie? Es la voz de mi editor. Respondo con un soplo de voz: no está aquí. Sé que eres tú, me grita, ¿dónde está tu manuscrito? Yo no sabía que Jean-Marie también era escritor. Te lo llevaré esta tarde, mascullo para que no reconozca mi voz y cuelgo. Es mi editor que quiere mi manuscrito, le digo al policía, y me pongo a buscarlo. Está en un armario bretón. Una veintena de páginas hechas a máquina de una escritura correcta. Tenga, le digo al policía, le dejo la llave del apartamento, así usted podrá ver los telediarios, debo ir a casa de mi editor. Me da las gracias educadamente. Sólo hay un señor que duerme en la habitación de al lado, detrás de la cortina marrón. Hay que despertarlo dentro de media hora. He tenido buen cuidado de coger su documentación con la chaqueta de cuadros de Jean-Marie y dejar los míos en su lugar, dejo también mi maleta, digo hasta la vista desde el rellano al policía que mira la tele, y me largo. Deslizo una nota por debajo de la puerta de Marielle. «Estoy bien pero no se lo digas a nadie. Te llamaré imitando la voz de nuestro editor. Si te acusan de un crimen, confíésalo.» Bajo las escaleras, estoy en Plaza Maubert. Aunque con el cambio de documentación retraso las operaciones de búsqueda por algunas horas, tarde o temprano me encontrarán. Hace al menos dos días que no

## CAPÍTULO IX

### EL VAPOR

follo. Iré a los Baños Continental, en Place de l'Opéra, aprovecharé a la vez para relajarme. En el taxi hojéo el manuscrito de Jean-Marie: es una descripción detallada de mis idas y venidas en los tres últimos días: puedo así verme en el restaurante anteayer, «el aspecto hosco, descompuesto, bajo las crudas luces del neón», yo que me creía una persona normal. No tiene interés. Pongo la dirección de mi editor en el manuscrito, encargo al chófer del taxi que lo lleve, y entro en los baños.

Le dan a uno una bata azul cielo, la llave de un vestidor, una esponja toalla blanca, y le aconsejan con toda educación no dejar nada de valor en los bolsillos de la bata al colgar ésta fuera para entrar en el vapor. Me fumo un cigarrillo de hasch en los servicios y entro en el vapor, los cuerpos se deslizan unos contra otros en la penumbra humeante; todo se desliza, hasta el suelo. Alguien se frota contra mí por detrás: Vente a mi cabina, me susurra al oído, ¡tengo «poppers»! Me toma de la mano y salimos del vapor ¡Es mi editor! ¡Tú aquí! grita indignado. ¿No te has entregado aún a la policía? Vamos a una cabina para que te explique, le digo. ¡Ni hablar! ¡vistete en seguida y sal de aquí! He matado de nuevo, le digo. La curiosidad le pica en lo más vivo. Entramos en una cabina, una especie de celda con dos colchones de espuma. Hay varias hileras de cabinas, donde las locas remilgadas se encierran para follar de dos o de a tres, o hacerse

cosas ellas solas. Mi editor cruza las piernas, enciende un cigarrillo, y se pone sus gafas. Es la primera vez que lo veo en bata, yo también me siento un poco molesto, no sé qué postura adoptar, finalmente me tumbo panza arriba mirando al techo ¿Has asesinado a Marielle de Lesseps? me acusa. No, eso ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza. He asesinado a su vecino de al lado, Jean-Marie, uno de tus escritores. Jean-Marie Sèvres, grieta ¿has matado a Jean-Marie Sèvres, mi mejor escritor? Yo nunca había oído hablar de él. ¿Nunca has oído hablar de la Piétà de Miguel Angel? He oído hablar de ella pero nunca la he leído. Pido disculpas, yo creía que era vendedor de zapatos en la Rue du Fove. ¿Y qué hay de malo en eso? Había olvidado que mi editor es izquierdista. Intento tranquilizarlo diciendo que le he enviado su último manuscrito por intermedio de un taxista, y que en este momento debe estar ya en su despacho. Le explico el tema, y le digo que servirá muy bien como prólogo para mi novela. Esto le calma un poco, ya tiene un prólogo a la vista ¿Y te has gastado todo el dinero que te di hace tres días? Me quedan aún dos mil francos. Y soy yo quien tendrá que pagar a los abogados, ¿no? Es evidente que incluso si mi novela se vende bien gracias a mi ejecución, jamás logrará recuperar los astronómicos gastos de mi proceso. Le pido disculpas de nuevo. No tienes remedio, me dice, y se pasea como si estuviera en Fresnes. Empiezo a sentir bullir en mi pecho el odio como ayer con la vidente. Levanto mi pierna de metal y le golpeo. El pobre no esperaba algo así. Pensaba que, aunque asesino, seguía siendo uno de

sus escritores, y nunca me atrevería. La sangre le corre por las gafas, y me dice: ¿También yo, Copi? Me saco el cinturón de la bata y lo estrangulo. Lo acuesto luego de lado, en posición de dormir. Sólo se ve su nuca de cabellos blancos, su bata azul y sus pies. Salgo de la cabina y pongo un cartel de «don't disturb» en la puerta, voy a ducharme, tengo manchas de sangre y de cabellos blancos pegados al talón de mi prótesis, luego me voy al bar al lado de la piscina en forma de riñón, donde suena la última música tranquilizante de Radio-Fip. Pido un gin-tonic. Hola, me dice el barman, nos conocemos. Es el mismo barman de hace diez años en el Fiacre: Jules, tan gentil como siempre. No está mal esto ¿no? Hay parejas de locas bailando alrededor de la piscina en bata, proyectores, parasoles, trozos de palmeras, una bola de espejos giratoria, y todo a cincuenta metros bajo tierra. Y lo mejor de todo es que uno puede quedarse tanto tiempo como quiera. Hay clientes que se quedan todo un año, puede tomarse una pensión completa por trescientos francos al día que incluye el desayuno, un masaje, entremeses de fiambre a mediodía, secretario bilingüe para los que lo necesiten por la tarde, sauna y cena con danza al lado de la piscina que se prolonga a veces hasta la madrugada (¿cómo se sabe cuando es la madrugada?). Algunos clientes se visten a veces para dar una vuelta por las boites y bares o ir a ver a su analista. Yo me decido a tomar una pensión, y pido la llave de la cabina donde he dejado el cuerpo de mi editor, Jules sale al Drugstore a comprarle una hermosa libreta de gusanillo y un bolígrafo Bic negro. Haré una cura de vapor, pasará

la tarde escribiendo junto a la piscina. en ningún lado estaré más protegido que aquí para poder terminar mi novela. Pero ¿qué hacer con el cadáver de mi editor? Por el momento no apista todavía, pero ¿y en dos o tres días? Además la pieza está supercaldeada. Bueno, va pensaré algo cuando llegue el momento. Cada vez que salgo, cierro con llave la puerta de mi cabina. El primer día paso la tarde entera follando en el vapor, alternando con cortas siestas, gin-tonics y conversaciones banales en el bar con otras locas. Por la noche me invita a cenar un viajante de comercio que se interesa por el teatro, me cuenta con pelos y señales la última pieza de boulevard que ha visto, es acogotante; pero uno aquí se siente tan tranquilo, tan protegido. Por la noche duermo profundamente junto a mi editor. Al día siguiente me despierto temprano, me ducho, y voy a desayunar al bar con Jules. Me enseña los periódicos de la mañana. Yo me echó a temblar, había olvidado ya toda esta historia.

Me pregunto cómo Jules no ha relacionado mi foto en los periódicos conmigo mismo, pero lo entiendo pronto: desde que ha empezado a ver a sus antiguos clientes del Fiacre todos vestidos con la misma bata azul en el bar, los confunde todos. Todos están igualmente por encima de cualquier sospecha, una especie de ángeles. No corro aquí el más mínimo peligro, todo el mundo es anónimo. El crimen del 33 de Rue des Trois-Portes es atribuido a Marielle de Lesseps: la víctima soy yo. Se la considera loca, se cree que investigaba el crimen de la vidiente del que se me sospechaba autor. La foto de Marielle aparece en la primera página de *Le Parisien*

con grandes titulares, ha logrado superar en popularidad a Marilyn y con mucho a Mme. Adieu. Bueno, al menos estoy tranquilo, sé que ella no va a delatarme. En tercera página una pequeña noticia: editor de izquierdas desaparecido: es el mío. ¿Un nuevo secuestro? Esta sí que es buena. ¿Y si pidiera un rescate? No, para qué hacerme rico, de todos modos estoy jodido. Ya he perdido bastante tiempo estos dos últimos días, es preciso que vuelva a sumergirme en mi novela. A esta hora las locas que viven aquí duermen, y las que vienen de fuera aún no han llegado, tengo toda la piscina para mí solo, nado un poco y luego me siento en el borde, con un pie dentro del agua, me seco las manos con la bata, y abro mi libreta. Jules me trae un trago, y yo me echo un porrito. Esto sí que es vida, ¿pero cuánto va a durar? Estoy seguro de que me condenarán a la guillotina, y sólo pensarlo se me ponen los pelos de punta. Cuando pienso además en el proceso que me espera el miedo es aún mayor. Tanto peor, creo que me suicidaré tan pronto como las cosas empiecen a ponerse feas, encontraré el medio de hacerlo, aunque a los grandes criminales esto suele resultarles difícil, porque los vigilan día y noche. Antes de mi detención tengo que esconderme una navaja automática bien dentro del recto, parece que para registrarlo a uno sólo le meten un dedo, sin saber demasiado todo lo adentro que puede llegarse. Pero ¿no tendrán detectores de metal como en los aeropuertos? Jules me saca de mis lucubraciones enseñándome la primera página de la primera edición de *France-Soir*: la foto de Marielle de Lesseps viene a toda plana, todo sonrisas. El

titular: La asesina de la Rue des Trois-Portes. Bueno, tanto mejor para ella, debe estar gozándola como una loca, pero en pocas horas no dejarán de descubrir que las huellas del pelirrojo Jean-Marie Sèvres (debía habérselas borrado con el soplete ¡seré idiota!) no coinciden con las mías, y la búsqueda apuntará de nuevo hacia mí. Sorpresa en la segunda página: las huellas digitales coinciden con las mías: la idea de que este muchacho pudiera tener las mismas huellas digitales que yo me parece inverosímil. Estoy más dispuesto a creer en lo sobrenatural que en el azar. Repasando lo que he hecho en los tres últimos días, me veo asaltado por varias coincidencias: me imagino haber muerto ayer a mediodía. En el momento de llamar a Marielle de Lesseps desde el teléfono público estaba ya muerto, y en espera del juicio final he cometido tres nuevos asesinatos. Me encuentro en este momento en el infierno de las locas, dos pisos por debajo de Place de l'Opéra. Un escalofrío me recorre la espalda. El periódico se me suelta de las manos y cae a la piscina. Veo la foto de Marielle de Lesseps que me sonríe mientras se empapa de agua, y finalmente se hunde. No, estoy bien. Tal vez ayer he follado demasiado. Uno no se da cuenta de lo que debilita pasarse toda la tarde follando en el vapor, además por la noche apenas comí, no es raro que sienta vértigos. Vaya a acostarse un buen rato, me dice Jules, mientras me da un somnífero con ginger-ale, hay que descansar. No me atrevo a replicarle, le obedezco. Cojo mi pierna, mi bata y me voy a mi cabina al final del pasillo. Es mediodía y las locas empiezan a despertarse. Me cruzo con unas cuantas que van a la ducha antes de

tomar el desayuno común en torno a la piscina. Algunas me dicen ya buenos días como a una vecina, y cuando abro la puerta para entrar en mi cabina, la de enfrente que sale, alta y con la cabeza afeitada me dice: ¡buenos días, coja! Es un detalle gentil: ¡buenos días, calva! le digo, y se acerca a besarme en las dos mejillas. Ayer me la metió, tiene una buena polla. ¿Sigue durmiendo tu compañero? me pregunta, deslizando la cabeza por el resquicio de la puerta que yo intento no abrir demasiado, y mira largamente el cadáver de mi editor. Pero si es un viejo ¡tiene el pelo blanco! ¿Es tu pagano? Eso me halaga, sí claro, es mi pagano. ¿No os venís a desayunar con las demás? No, nos despertamos temprano, y ahora vamos a echarnos una siestecita. Por un momento había llegado a olvidar el cadáver de mi editor, creía haber descargado todos mis crímenes sobre los hombros de Marielle de Lesseps. Tengo que pensar en salir de aquí. Lo cambio ligeramente de posición por si la loca de enfrente viene de nuevo a husmear, lo que no deja de suceder dos segundos más tarde. Llama a la puerta, abro. ¿Tienes champú? me pregunta. Entra, le digo. Está feliz de poder entrar, quiere ver si estamos bien instalados, si tenemos secador, una buena marca de lubricante, revistas. ¿Quieres que hagamos una orgía? le pregunto. Ella no ha hecho aún sus necesidades. No importa, puedes cagarle en la cara si quieres, le digo señalando el cadáver de mi editor. ¿Le gusta eso? me pregunta la loca. Le encanta. Ella no, sabe que está de moda, no tiene nada en contra, pero prefiere hacer sus necesidades sola. Chúpame al menos el muñón, le digo, y me quito la pierna. Eso sí

le gusta, se imagina una gran polla. Pero ¿no va a despertarse tu amigo? Quiere chupársela también a él. Yo le arreo primero con la pierna y ella cae sobre el cadáver de mi editor, luego le aprieto la garganta, da unos estertores, y muere. Al menos me he desembarazado de un testigo molesto. Me meto su llave en el bolsillo de la bata, abro un poco la puerta, miro a un lado y a otro, nadie en el pasillo, cierro la puerta, cruzo el pasillo y abro la suya. Dentro hay plantas verdes, una coqueta, un diván, y una jaula de canarios. Todo muy bien iluminado, muy lindo. Sobre los muros hay fotos pegadas: la loca era culturista. Las arranco todas y las tiro a la papelera. Voy de nuevo a la habitación de enfrente, y me traigo mi vodka y mi marihuana. Me instalo en la habitación del culturista para seguir escribiendo mi novela sobre la coqueta, no tengo tiempo que perder. Pero el recuerdo de Pierre se hace cada vez más confuso, ya no me acuerdo de mis primeros cuadernos, ni sé ya si lo dejé en Roma, en París, en Nueva York o en Ibiza. ¡Si no hubiera olvidado mis libretas en Bd. Magenta! Pierre se resiste a mi Bic, esto no marcha. Todo lo que puede decir de él me parece insípido: he dejado ya de amarle. Tal vez es este decorado recargado el que ahuyenta mi inspiración, en Bd. Magenta me sentía más a gusto. Ya sé que aquí no podré trabajar, pero de todas formas voy a echar un trage junto a la piscina ¿a qué otro lugar puedo ir? Es la hora del lunch, una loca se tira a la piscina a repescar una langosta que otra ha dejado caer, las demás se parten de risa. La que me invitó ayer a cenar me hace una seña con la mano, es la viajante de una firma de medias.

Hace el recorrido tres días a la semana, pasa cuatro aquí, y los sábados por la noche va al teatro, me invita a ir con ella. ¿Es sábado? Es martes, pero martes de carnaval. Hoy las locas del Continental tienen permiso para travestirse, y van y vienen a las Galerías Lafayette que están al lado, por la noche habrá un gran baile junto a la piscina. Todas ellas son unas burguesas taradas que cambian de color cuando se les habla de cambiar de sexo. ¿Adónde han ido a parar los travestís del Carrefour de Buci, adónde han ido Michou y la gran Eugène? Probablemente están por Pigalle o por Buci. Hace tanto que no voy a ligar por allí. A causa de mi prótesis estoy condenado a los peores sitios de las burguesas. Me gustaría poder matarlas a todas, pero es mejor que no pierda los estribos, ya está bien con cuatro crímenes en veinticuatro horas. No, en cuarta y ocho. No obstante, le he tomado un cierto gusto a lo criminal. Me decido a almorzar en solitario en un rincón de la terraza, un poco alejado de las demás. Le sirven a uno una langosta sin preguntarle si la quiere o no. Jules se ha vestido de mujer (es el gag del día) con una langosta en la cabeza. Ya veo que la cosa va de fiesta, y ni siquiera se piensa en follar. Estas locas idiotas, en vez de ir al vapor, se encierran en sus cabinas a probarse los modelos. Yo me encierro en la mía (bueno, en la del culturista) de mal humor. ¡Quién sabe cuánto tendré que permanecer aquí! Paso toda la tarde intentando recordar a Pierre, pero ni una sola palabra me sale de mi Bic. Cruzo el pasillo y miro en la cabina de enfrente: mi editor y la culturista no se han movido un pelo, todavía no huele mucho, o casi nada:

la culturalista se cagó al morir. Perfumo la cabina con Chanel de caballero, y cierro con llave. Oigo las risas que vienen del bar, voy a ver qué pasa. El baile empieza. El viajante de comercio se me echa encima. ¿No ve que tengo una prótesis? le pregunto. Podemos de todos modos bailar lento junto a la piscina. Se ha puesto una capucha sobre el peinador y se ha llenado la cara de paillettes. Jules me da un sombrero de cotillón y me obliga a ponerme lo. A las nueve llegan de fuera varias bandas de verdaderas travestidas bastante ruidosas, y algunos se caen a la piscina. Están bastante colocadas, nada en el estilo de la casa, aquí todas somos muy correctas, y casi apenas alcohólicas. Jules está inquieto, y no se atreve a echarlas, aunque ya han robado unas cuantas langostas y la mayor parte de ellas han entrado sin pagar. Le digo a mi viajante de comercio que voy a vestirme para dar una vuelta afuera, ya no soporto más este ambiente. Voy a mi vestidor y no encuentro mi ropa. Empiezo a preocuparme, y voy a decirselo a Jules. Ah, usted es el trescientos treinta y cuatro, me dice. Creíamos que eran las cosas de uno que murió ayer de un síncope en el vapor. Lo vistieron con mi zamarra y mis jeans para mandarlo a la morgue. Me pongo furioso. ¿Cómo voy a salir de aquí? Jules me propone dejarme el mono que usa cuando tiene que limpiar las calderas. Yo lo acompaño al segundo piso, parecen las máquinas de un transatlántico. ¿Se da cuenta, me dice Jules, de lo que pasaría si esto estallara? Todo el piso de las piscinas y de las cabinas quedaría inundado de agua hirviendo en menos de tres minutos. ¿Pero por qué iba a estallar? Bastaría con poner el

termostato a cien, un niño de tres años podría hacerlo. Afortunadamente nadie entra aquí aparte de él, y sólo él tiene la llave. Me quito de nuevo mi prótesis. Oye, le digo a Jules ¿no tendrás por casualidad un destornillador? Tengo que ajustar un tornillo en mi prótesis. El se agacha a buscarlo en su caja de herramientas, y yo aprovecho para arréarle. Me da pena, es el único que he matado por necesidad, sin pasión. ¡Fue siempre tan gentil conmigo! Pero, no le demos más vueltas. Me pongo el mono que, puesto en mí, tiene un cierto aire de moda, y le cojo a Jules sus zapatos y su zamarra de Renoma, bastante bonita. Pongo el termostato a cien, subo las escaleras lo más aprisa que puedo (¡esta maldita prótesis!), y apenas he salido de las calderas cuando ya oigo la explosión. Al llegar al pasillo de las cabinas la puerta del vapor ya se ha venido abajo, y sale de ella un vapor tan espeso que apenas se ve nada: se oyen gritos, hay heridos con quemaduras graves. Yo avanzo lo más rápido que puedo hacia la piscina, el agua hirviendo empieza a desbordarse. Al poner el pie en el primer escalón de salida, el agua me llega ya a la suela del zapato. Varias locas calzadas empiezan a gritar. Algunas me adelantan por la escalera, con sus capuchas aún en la cabeza, pero no más de una docena, las demás todavía no se han apercebido del peligro. Subo las escaleras de dos en dos, perseguido por el agua hirviendo. Veo a una loca que nada tras de mí, dando grandes chillidos, logra agarrarse a la rampa de la escalera, y yo le doy la mano para ayudarla a subir, está tan caliente que estoy a punto de quemarme, pero poco importa, cuando la atraigo hacia mí me doy cuenta de

que ya está muerta. La suelto, y el cadáver cae de nuevo en el hervidero de agua. Salgo por fin a la calle. Estoy en París, es mayo.

## CAPÍTULO X

### LA AMNESIA

Los bomberos llegan, los supervivientes con albornoz azul cielo y capucha lloran en la acera por sus cosas perdidas, aprovecho para cambiar de aires y me esfumo. ¿Adónde ir? París está lleno de locas, no las soporto. Entro en una cabina del Bd. des Capucines y llamo a Marielle. ¿Dónde has estado? me pregunta. Desde la última vez que comimos juntos en Lipp no tiene noticias mías. Entonces he soñado. ¡Mis cuatro últimos días no han existido más que en mi imaginación! ¿Que he hecho entretanto? No lo sé. Quedamos para comer. ¿Qué hora es? No lo sé. Pasaré a buscarla. ¿Dónde vive? Rue des Trois-Portes treinta y tres. Eso, al menos, no lo he soñado. ¿En el tercer piso? Sí, su apartamento tiene tres puertas, puedo llamar a cualquiera. Tardaré el tiempo de tomarse ella una ducha, acaba de despertarse. Cuelgo. lo confieso, bastante tranquilizado: no me acuerdo de lo que he hecho estos cuatro últimos días pero lo importante es saber que no he

matado a nadie. Mi novela no existe, tanto da, pero soy inocente, y es lo principal. Para estar más seguro vuelvo sobre mis pasos, miro la entrada del Continental Opéra, funciona como de costumbre, las locas dan una ojeada rápida a derecha y a izquierda antes de meterse, por miedo de que alguien de su familia anden por la zona (su madre, su hermana o su mujer van a menudo al barrio de la Opéra, ya sea para ir de compras, o para ir a Printemps o a plaza Vendôme, siempre corren el riesgo de ser vistos entrando o saliendo de los baños). Tomo un taxi. Se para delante del treinta y tres de Rue des Trois-Portes, no reconozco la entrada, eso me extraña, no me gusta esta mezcla de sueño y de realidad, tengo miedo de ser llevado al asesinato como en mis sueños precedentes. Pero la escalera es la misma. Y el rellano también. Maledizione. Por un momento siento ganas de escapar. Sé que incluso si no soy un criminal mis correrías de los cuatro últimos días han salido totalmente de mi cabeza. ¿No hubiera podido asesinar de verdad durante este tiempo? ¿No correrá Marielle peligro quedándose a solas conmigo? No, veamos, soy la persona más pacífica del mundo. Las personas violentas en sus sueños son en realidad incapaces de matar una mosca. No sé a qué puerta llamar cuando de pronto la del medio se abre, Marielle me besa en las dos mejillas, me hace entrar. El apartamento no se parece en nada al de mi sueño: Marielle vive entre los escombros del apartamento de arriba: las vigas han cedido. Ha instalado su máquina de escribir sobre un taburete en un rincón, se sienta en un cojín enfrente de ella, la posición no debe venirle nada bien. ni una sola

palabra le viene a la cabeza, su novela está en el punto cero. Se pasa el día mirando el agujero del techo con la boca abierta. Es invisible, me dice. Tiene un amigo arquitecto que quiere transformar el apartamento en dúplex pero nunca consigue encontrar al propietario de arriba, siempre está de viaje. Vamos a comer al Bazar, está abierto por la tarde. Ah, no, se está demasiado bien aquí, ¿no tienes nada en el frigorífico? Sólo Vouvray. Tengo también dos lonchas de salmón y medio limón. Nos lo repartiremos pero hay un gato. Desde el principio le caigo mal, tampoco Marielle le cae bien, no se sabe de dónde ha salido, se lanza sobre las lonchas de salmón, nos araña, yo lo mantengo a distancia con mi bastón, Marielle abre la puerta, lo sacamos afuera. Es un gato negro enorme con bigotes blancos. Ha debido entrar contigo, me dice Marielle. Reaparece por el agujero de arriba, le echamos los restos, se va al fin. Conoce una entrada del apartamento de arriba, debe ser de su propietario. Tal vez está hambriento. Le echamos un pedazo de salmón, lo devora, se queda mirándonos desde lo alto del agujero mientras comemos nuestras dos lonchas. El Vouvray está helado, sabe bien. Y tú, ¿qué tal? ¿avanza tu novela? me pregunta. No he escrito nada estos días pero paso todo el tiempo pensando en ella. ¿Es sobre Pierre? He cambiado un poco la perspectiva. Nos sentamos sobre los escombros, se ve la puesta de sol por la ventana, el gato viene a roncinear, se frota contra mí, luego contra ella. Le cuento lo mejor que puedo mi sueño de mis tres últimos días. Marielle está sorprendida y orgullosa del papel que juega en todo ello mientras yo noto que me he

vuelto amnésico, y eso me fastidia. ¿Desde cuándo? Desde que la he dejado hace algunos días delante de su periódico ¿Hace de eso tres o cuatro días? En todo caso en aquel momento yo tenía una maleta, hoy no la tengo, no reconozco mis vestidos, los debo de haber comprado al tuntún. ¿Tengo mis documentos? Sí, tengo mi pasaporte. Tengo, todavía, algo más de mil francos de los cinco mil que mi editor me dio hace algunos días ¿que ha pasado con el resto? Voy impecablemente vestido de la cabeza a los pies, he debido gastarlo todo en Saint-Laurent. Pero ¿dónde vives? insiste Marielle. Empieza a ponerse pesada. ¡Si yo lo supiera! Por el momento me quedo en tu casa, le digo. Me instalaré en otro taburete con un cuaderno y mi Bic, escribiremos por la tarde, por la noche cenaremos en el Bazar. Es preciso que de aquí tres días llegue a escribir algo, no me quedan más que mil trescientos francos, y mi editor no me adelantará nada a menos que entregue algo de material. ¡Qué hijo de puta! He hecho bien matándole en mis sueños. Suena el teléfono: es él. Tiene una buena noticia: la dueña del hotel de Bd. Magenta le ha llamado esta mañana, he dejado allí mi maleta y mis cuadernos, su número de teléfono estaba en uno de ellos. Temen que me haya atropellado un coche pues tenía un aire muy ausente cuando salí esta mañana. No, sólo he tenido una crisis de amnesia. Pero ¿he escrito algo en estos cuatro días? Sí, acaba de recibir mis tres cuadernos completos y sin tachaduras. Los ha leído, está un poco ofendido por el papel que le hago jugar en la historia. Además es abominablemente snob, me dice. No es seguro que vaya a publicarlo. Hubiera

preferido algo más confesional; finalmente sólo es una novela de locas. Le prometo añadir un último capítulo sobre el amor. En efecto, eso es lo que el lector echa a faltar ¡prometo una novela de amor y caigo de nuevo en mis obsesiones personales! No merece la pena escribir, Marielle tiene un magnetófono. Pero ahora tenemos hambre, vamos a comer al Ping-Pong, es un chino del barrio que queda abierto hasta tarde. Los chicos asiáticos van disfrazados de jugadores de tenis, sirven sobre raquetas. Nos repartimos un cerdo agri dulce y bananas saladas, bebemos alcohol de arroz caliente.

## CAPÍTULO XI

### CON EL CORAZON EN LA MANO

No creía que hubieras sido nunca tan rico, me dice Marielle. ¿Era un verdadero diamante? Uno de verdad y enorme. En Ibiza Michael y yo habíamos encontrado un diamante en la playa. Lo habíamos vendido a Cartier por no demasiado dinero, y ellos habían sacado de él veintitrés diamantes de dieciocho quilates, pero esto nos obliga a remontarnos de nuevo en el tiempo. Habíamos dejado Ibiza con dirección a Roma, no pensando más que en la curación de Pierre. Marilyn se quedó en Ibiza, la ruptura esta vez era definitiva. Un camarero de bastante buen ver viene a encender nuestro flambé de banana, nos llamamos por un momento. Cuando se marcha continúo: me marchaba de Ibiza sin demasiado pesar. Tres años de vida hippie son en cualquier caso demasiado. ¿Roma? Creo que en realidad nunca la habíamos abandonado, Pierre se siente en ella un poco más viejo, eso es todo. Alquilamos un apartamento con tres grandes piezas en Piazza Santa

Maria in Trastevere, muy cerca de donde Pierre había nacido. Michael empieza a adoptar un estilo de burgués romano, se compra trajes de gabardina beige para el verano, y abrigos de piel de camello para el invierno. Compramos sin cesar agua bendita, y llenamos con ella una gran bañera pompeyana que hemos instalado en medio de la mayor de las habitaciones. Tenemos a Pierre metido en ella durante casi todo el día, y poco a poco comienza a hablar de nuevo. Dice ya «biberone», «piazza» y «soffito». Los domingos lo llevamos a Piazza San Pietro a ver al papa cuando sale al balcón. Es algo que le encanta, se pone de rodillas y reza. Michael va a una academia de escultura y se pasa el día entero en los museos. Yo he abandonado el dibujo humorístico, del que estoy hasta el moño, y paso el día arreglando la casa. Por la noche vamos a cenar ravioli a Piazza Navona, yo he engordado un poco. Michael se ha liado con otro americano llamado Steve Morton, pequeño y muy musculoso, que me cae bastante bien. Desgraciadamente resulta muerto en un crimen crapuloso. Durante una semana guardamos el hasch bajo la bañera de Pierre por miedo a las pesquisas de la policía. Un día Michael llega muy excitado: ha tenido una idea fantástica para que hablen de él en los periódicos romanos: va a pintar de rojo el agua de la fuente de Santa Maria in Trastevere (basta con echar un colorante), tirará allá a Pierre vestido de Jesucristo, va a ser un escándalo increíble. Pierre se niega, por miedo a resfriarse. Michael se pone furioso, nos acusa de insolidaridad (no essere solidario) con sus proyectos. Yo ya estoy harto de Michael, desde que está en Roma se cree

128

que tiene patente de corso para todo, ha cogido el mismo trip de los artistas: cualquier estupidez que inventan debe atraer inmediatamente la admiración y el apoyo de su entorno. ¡Que pinte su fuente él sólo, de todos modos no nos gustan los escándalos! Michael sale dando un portazo, y se va a tomar un aperitivo a la Piazza del Popolo. Pierre ha olvidado ya por completo que un día se llamó Pierre y fue travestí en París, sus pechos caídos son bastante corrientes, a su edad, entre los romanos. Ha vuelto a aprender a leer, a escribir y a contar con los dedos, ya sólo habla italiano. He intentado ponerlo de nuevo en relación con sus amigos de infancia: no los tiene. Los romanos sólo tienen amigos ocasionales, o bien la familia. Pietro no tiene familia, aparte de Michael y yo. Su abuelo y su abuela maternos murieron hace diez años juntos, se dejaron el gas abierto. Están enterrados en la misma tumba minúscula de la Marinella, junto con sus supuestos padres y mi pierna. Los domingos Pietro y yo vamos allí a cambiar las flores, Pietro reza, y yo simulo hacer lo mismo para no ofenderlo. Prefero con mucho su trip religioso al trip artístico de Michael. Pietro y yo somos dos muchachos normales, con blue-jeans y camisas de algodón azul, mocasines, jersey de lana shetland azul marino que nos atamos sobre los hombros, mientras que Michael: ¡qué clase de tipo! Trajes de gabardina beige con pantalones de pata de elefante bien ajustadas al muslo, la chaqueta bien ceñida, hombreras amplias y una gran abertura en la espalda, botas de tacón alto y camisas con chorreras de satén color lila, se ha dejado crecer los pelos hasta los hombros, que mima y seca con un

129

secador eléctrico, y unos abominables bigotes pelirrojos que se atusa sin cesar. Se ha metido en un movimiento llamado «arte e liberazione», especie de grupo de retrasados mentales de las bellas artes que pintan de verde el agua de Venecia o de rojo el Puttino de Donatello, se los llevan a la cárcel, llueven las protestas, se los suelta, y ya se han hecho suficiente propaganda para vender fotos de autobús retocadas en las galerías de arte. Michael tiene dos amantes, una francesa y otra italiana, Laura y Patrizia, que se han instalado en la casa y se pelean sin parar. Este muchacho superhomosexual ha caído en la trampa de las mujeres. Es lo que siempre pasa en los círculos artísticos, sobre todo en Roma. Laura es hippie, y trabaja en la boutique de un brasileño donde venden vestidos chinos que van a comprar a Marruecos, Patrizia es feminista, vive con su madre y trabaja en periódicos izquierdistas, habla sin cesar del aborto y el falo, las dos se desprecian entre sí y desprecian a todo el mundo ¿qué hacen pues con nosotros? Follan con Michael, pero ¿qué le encuentran? No es posible que se sientan atraídas por una polla tan chica, además Michael no sabe follar, trempa una vez por semana y se corre al instante. Lo aman, claro, porque es un artista ¡Ah, estas mujeres de Roma! Pero en cierto sentido estoy contento, tengo a Pietro todo para mí solo. Dormimos abrazados, besándonos suavemente cada vez que nos despertamos o cambiamos de posición, yo le lamo el cuello, él me acaricia una pierna, yo le mamo una tetilla, y volvemos a dormirnos. Así pasan varios años. ¿Pero estabas verdaderamente enamorado de ese imbécil? me pregunta Marielle. Sí, locamente,

como una loca. ¿Por qué? me pregunta de nuevo. No lo sé. Mi último amante también era un cretino, me dice Marielle. Y sin embargo estaba enamorada de él. Pero son cosas que les pasan a todos los hijos de la burguesía. A todas las hijas de la burguesía, recalca. Nos repartimos una crêpe al jengibre y una botella de champaña, ya hemos tomado bastante alcohol de arroz. Hablamos de otras cosas, y nos llevamos los restos del pato a la pequinésa para el gato. Yo me acuesto en un colchón en el suelo, en medio de los escombros, Marielle en otro con un gato que no quiere separarse de ella. Afortunadamente el último amante de Marielle ha dejado bastantes trapos, entre ellos un pijama de seda azul bastante bonito y una bata blanca hasta los pies. Nos hacemos unos buenos porros de marihuana y seguimos parloteando.

\* \* \*

Pietro se ha curado lo bastante de la droga como para poder coger un trabajo (sin paga, claro está, si no lo habrían puesto de inmediato en la calle) en un pequeño teatro subvencionado por el Vaticano en via Borgo Santo Spirito, donde se representan vidas de santos. Lo utilizan por su parecido con Jesucristo, y sólo actúa los domingos por la tarde. Todo lo que hace es atravesar la escena con una cruz de cartón-piedra, mientras los figurantes simulan flagelarlo. En el segundo acto permanece una hora entera en la cruz, mientras la Magdalena y la Virgen se disputan la propiedad del cadáver. En el tercer acto tiene que estar tirado en el suelo hasta

que un figurante le pasa una cuerda por los sobacos y lo levanta en vilo, las buenas hermanas del público aplauden, y él sale a saludar en bata. Michael encuentra todo esto ridículo, pero yo lo encuentro encantador, y además Pietro está contento. A fuerza de amor y de caricias he conseguido poder meter de nuevo la lengua en su ombligo, que se había encogido considerablemente, puedo meter también el glande, pero le hace aún un poco de daño, él ha perdido el hábito del placer, es más difícil de recuperar para los pasados del ácido. Un año de esfuerzos para lograr introducir de nuevo la mano, luego mi muñón que al principio me hace un poco de daño, y finalmente llegamos a espasmos casi constantes, nos empleábamos a fondo.

\* \* \*

Salimos más bien poco. Pietro ha vuelto a su costumbre de vestirse de mujer dentro de casa. De manera bastante sobria, un simple vestido azul cielo, delantal de cocina, y fundas de encerar el suelo. Emplea toda la jornada en arreglar la casa y hojear revistas femeninas, día tras día toda la semana. Yo comienzo mi segundo proyecto de novela, pero sólo me vienen a la cabeza ideas de la televisión italiana, y no avanzo lo más mínimo. También Michael está angustiado, no tiene ideas creadoras, siempre hay alguno que acaba de tener la misma idea, o se la roba antes de que pueda realizarla. El día que se le ocurre envolver con plástico verde la fuente de Piazza Navona, tiene la mala ocurrencia de decirlo en voz alta en un café de moda, y al día siguiente la

fuente aparece envuelta en plástico rojo, con firma de otro. Hay un espía en la casa, y sólo puede ser una de las dos mujeres: Laura o Patrizia, que vende las ideas de Michael a su rival (Lucio da Vinci, un milanés que ha llegado al arte desde la fotografía). Decidimos hacer una investigación, la traidora resulta ser Laura, que se acuesta con Lucio a cambio de un retrato que éste ha prometido hacerle. Es expulsada con todo su equipaje, y la italiana Patrizia queda como única reina. ¡Dios mío, una nueva versión de Marilyn, en feminista! Anti-locas por encima de toda medida, pretende que Pierre la imite, Pierre se echa a llorar, yo la abofeteo, y Michael se lía a puntapiés conmigo. Pongo a Michael y Patrizia de patas en la calle con su parte del diamante, y a otra cosa. Nos quedamos solos, Pietro y yo, finalmente el sueño de mi vida se realiza: Pietro ha vuelto a ser mujer, pero en gordo, con menos gracia, como una italiana del sur de cuarenta años. Su olor en general se ha vuelto dulzón, sus cabellos rizados recogidos en un moño en la nuca están impregnados de laurel, sus sobacos huelen a ajo, sus pies a mozzarella, su ombligo un poco a pescado frito. Se maquilla poniendo morritos, pronto abandona las revistas femeninas por las vidas de santos, ya no sale de casa más que los domingos para ir a misa e incorporarse luego a su papel de Jesucristo en el pequeño teatro de las monjitas. Una de ellas, una carmelita, se inflama de afecto por nosotros, Suora Angelica dell'immacolato Sacramento, hija de un industrial milanés y pendón arrepentido. Todas las tardes cae por casa a rezar antes de volver al convento, y trae para Pietro hostias que roba del sagrario. Pietro se ha

decidido a cambiar definitivamente de sexo para hacerse carmelita. Yo me pongo furioso. Por supuesto que quiero que cambie de sexo, pero para cársese conmigo. No, él quiere hacerse carmelita para expiar mis pecados. ¡Pero si yo no tengo pecados! Claro que los tengo, y grandes pecados ¿él mismo no es uno de mis pecados? Yo me lo encontré joven y virgen, y helo aquí diez años después travestido y bien follado ¿no es esto pecado? Suora Angelica está de acuerdo, ella conoce un cirujano clandestino que practica la ablación del pito y los testículos. ¡Qué horror! Les suplico que abandonen el proyecto, pero Pietro está decidido ¿Pero cómo es posible que las carmelitas acepten travestidas en su orden? No es el primero, según el derecho canónico Pietro se convertirá en virgen después de su operación. Es un caso corriente en Sicilia. La madre superiora viene a vernos para reconfortarme, toma el té con nosotros, y me asegura que Pietro será más feliz con Dios que conmigo, con la conciencia finalmente tranquila, la prueba es Suora Angelica, que tras una juventud atormentada ha encontrado finalmente la paz en su convento. Ella y Pietro vivirán en la misma celda, y yo podré verlas siempre que quiera por un ventanuco rezando sobre sus yacijas. De no ser así, Pietro irá al infierno, y yo también. A mí eso me la trae floja, pero Pietro está aterrORIZADO. No sólo teme por sí, tiene miedo que por su culpa yo también me condene. ¡Pero nosotros nos amamos, todo lo que hemos hecho ha sido por amor! La fecha de la operación queda fijada, yo hago planes para clo-roformar a Pietro y sacarlo de la casa la víspera de la operación. Lo esconderé en casa de Michael. a

quien he puesto al corriente de todo, y que vive a dos pasos de aquí, en el edificio vecino. Suora Angelica, la última semana, se pone cada vez más histérica, se pasa el día entero entre convulsiones, la metemos en la ducha fría, y no para de temblar en su hábito empapado, la madre superiora la exorciza, el demonio está entre nosotros. Hay que sacar cuanto antes al demonio del cuerpo de Pietro, el demonio es su polla. El médico clandestino (il dottore Peppo) cobra para ello diez mil dólares en diamantes (es casi todo lo que nos queda, unos cinco mil irán a engrasar la caja de las carmelitas). Pietro será operado el martes siguiente en casa, se le cortarán las partes genitales y se le agrandará la próstata para que pueda orinar con ayuda de un catilillo de plástico que conservará durante algunos meses. Una vez cicatrizada la próstata se le quitará el canutillo y tomará órdenes bajo el nombre de Suora Madalena dell Cuore di Gesù. Yo consulto un abogado milanés tras otro por teléfono, nadie quiere creermé, estoy custodiado en casa por guardias suizos, la madre superiora hace guardia en la sala, da su opinión al doctor Peppo sobre la clase de anestesia a aplicar a Pietro durante la operación, ella querría que operara sin anestesia, es como una especie de parto, y es necesario que sufra. El doctor Peppo, ateo, transije con una anestesia local, la madre superiora y Suora Angelica le sostendrán la mano y rogarán por él durante la operación. Suora Angelica tiene convulsiones cada vez más frecuentes, hay que atiborrarla de belladona y azotarle, y duerme en el suelo sobre una manta en la cocina, donde dos religiosas enfermeras, descalzas de una orden

que tiene prohibido hablar, comienzan ya a instalar una rudimentaria mesa de operaciones. Es el último sábado que pasaré con Pietro, y ruego a la madre superiora que me conceda una última noche con él. Ella se niega, yo la amenazo con un escándalo, sabe que es imposible, pero algo finalmente commueve el corazón de esta mujer perversa, que acaba transigiendo. Sabe que sufriré mucho más después. Dos guardias suizos permanecerán toda la noche custodiando la puerta para impedirnos huir. Entro en la habitación con una bandeja, dos lonchas de jamón de Parma, vino spumante rosso, y un pastel de crema. Pietro está sentado en la cama con un camisón de puntilla blanco, las manos juntas y los ojos en blanco. Yo deposito a sus pies nuestra última cena sobre una mesilla de noche. Sei tù amore? me pregunta Pietro. Sono io! Me siento en el borde del lecho y le tomo las manos. Che ore sono? E la notte, le digo. Voglio vedere per la finestra, me dice. Se apoya en mí y avanzamos hacia la ventana, aparto las cortinas de muaré lila, toda Roma penetra de repente con la noche estival, el olor y los gritos, las fuentes, el Capitolio, el Vaticano, las escaleras de la Piazza del Popolo, una mandolina. Allora la vita è cosi? me pregunta (o se pregunta, y yo no sé responderle). E tutto questo que si dette abbandonare, tutto questo! Apoya la cabeza en mi hombro, y llora. No, le digo, partamos juntos ¿acaso no hemos sido felices en París? Parigi! Ya no se acuerda de nada, y lo confunde con un suburbio de Roma. La unica felicità è quella de l'eternità! Oigo voces en el salón y salgo a ver qué pasa. Suora Angelica ha caído en trance, se contorsiona en el salón, las dos

buenas hermanas la atan y le ponen una inyección. La madre superiora y el Dr. Peppo han ido a la misa de medianoche, y yo aprovecho para sobornar a los guardias suizos. Nos dejarán hacer el amor sin con-társelo a la madre superiora. Le pido a Pietro que se ponga su deshabillé azul desvaído, se tiende sobre el sofá de terciopelo rojo que hay al pie de la ventana, toma su copa de espumoso, yo me pongo de rodillas a sus pies. E troppo tarde, me dice en un murmullo, non sono mai stato me stessa (jamás he sido yo misma en femenino), bisogna concludere (hay que terminar), io so che tu mi ami (sé que tú me amas), ma io non sono io (pero yo no soy yo). dimenticame o amami in lontananza (olvidame o ámame de lejos), io quasi non esisto (yo casi no existo), è per me arrivato il tempo de l'absència (la ausencia) L'amore? L'amore! Me arroja el espumoso a la cara, chè amore? Se levanta por sí mismo y se apoya sobre el reborde de la ventana. Cos'è l'amore? L'amore è il passato! Yo me arrastro a sus pies, lloro. Ma il ricordai! Siempre nos quedan los recuerdos ¿Cuáles? ¿Qué recuerdos? Niente! Niente insieme. Nada hemos vivido juntos. ¿Pero Ibiza, Nueva York, París? E stato un signo. Lo ayudo a sentarse de nuevo, su corazón late con violencia. Non sono io, devo essere forte per più tarde (Yo no soy yo, debo ser fuerte para más tarde). Ma, il mio sogno d'amore, non ho diritto ne anche a questo? (¿Ni siquiera puedo ya soñar amarte?) No. Ya lo he soñado, mi sogno d'amore, se ha acabado. Se recuesta de nuevo, junta las manos, y reza. Yo me deslizo a su lado entre las ropas, lloro sobre su hombro, sé que es la última noche. Se duerme, y empieza a ron-

car. Yo deslizo mis labios sobre su cuerpo, atrapé su minúsculo pito entre mis labios secos, él me aporrea la cabeza suavemente con la mano, se da la vuelta. Yo aprovecho para hundir mi cara entre sus piernas, y empiezo a lamerle el ano. No, murmura, per favore. A mí se me ha empinado ya, le mordero las piernas. El dormita, o lo simula, mientras sigo chupándole el pito y sus suaves testículos, luego el pelo del pubis, y el ombligo, donde introduzco la lengua. Sei pazzo, cosa fai? Le meto los dedos y él se contorsiona de placer, le chupo una tetilla mientras se la casco con la otra mano. Ma cosa fai, cosa fai? murmura él. Hundo mi mano entera en el ombligo. Sus intestinos se contraen, la respiración se le entrecorta, él mismo me empuja el brazo dentro del ombligo hasta el codo, es la primera vez que me adentro tanto, aparto suavemente los pulmones con mis dedos, llego al corazón, lo acaricio con la punta de los dedos, Pietro murmura amore, amore, y ambos nos dormimos.

Las campanas me despiertan por la mañana, como siempre en Roma, pero hoy no paran, es el día de Resurrección, al parecer. Tengo el brazo frío, Pierre está muerto. Yo intento retirar mi brazo del interior de su cuerpo que se ha contraído hasta el punto que tengo la impresión de estar atrapado por un reptil. Tiro, logro soltarme, y empiezo a lanzar gritos de horror, un guardia suizo abre la puerta: è morto! Todos enloquecemos, la casa entera penetra en la habitación, Suora Angelica sufre espasmos abrazada al cuerpo de Pietro. El cuerpo de Pietro que se ha puesto firme y duro como una estatua, ni una soía gota de sangre ha salido de su ombligo.

¡Un milagro! exclama el guardia suizo poniéndose de rodillas. Un miraccolo! Todo el mundo llora, todo el mundo grita, incluso las hermanas de la orden silenciosa. Envolvemos a Pietro en una sábana y salimos a sumergir el cadáver en la Fontana de Santa Maria in Trastevere, rezando en alta voz, mientras la gente se agolpa en torno nuestro. Al día siguiente lo enterramos en la pequeña tumba de la Marinella que hago cubrir de crisantemos durante todo el año. Michael se ha quedado en Roma. Tras casarse con Marilyn, su mínima polla ha dado cuenta de su virginidad, y han tenido una niña a la que han llamado Pierina, y de la que soy padrino. A veces voy a visitarlos cuando paso por Roma. Marielle se ha dormido en su colchón con el gato ronroneando a sus pies. El magnetofón sigue funcionando, y yo lo desconecto. Me visto sin hacer ruido, tapo a Marielle, apago la luz, y salgo a la calle. Está empezando a amanecer cuando atravieso el Pont Marie. Notre-Dame abre sus puertas y van goteando dentro los viejos madrugadores que preceden a los turistas. Pronto llegan éstos: un coche de japoneses aparca enfrente. ¿Qué estoy haciendo aquí? Compró un paquete de pop-corn, las palomas me persiguen, atravieso el atrio de Notre-Dame, y voy a pasearme a la punta del Vert-Galant. Veo pasar flotando el cadáver de un gato que va haciendo círculos y siento un respingo. Atravieso el Pont-Neuf, subo por la Rue Guénégaud, y voy a dar a un pequeño hotel del Carrrefour de Buci que conozco, a la misma habitación que era de Marilyn cuando la conocimos. La patrona, desconfiada a pesar de reconocerme (quizás precisamente por eso) me hace firmar una ficha y pa-

gar por adelantado, no llevo equipaje. Entro en una habitación que ni siquiera me detengo a mirar, me desplomo sobre la cama, y caigo dormido sin siquiera quitarme la pierna ni el impermeable.

### CAPÍTULO XIII

#### LA ÚLTIMA PISSOTTIERE

Me despierto empapado de sudor. Debía haberme quitado el impermeable antes de acostarme. Un neón rojo se enciende y se apaga al otro lado de la ventana, me duele la cabeza. No sé siquiera dónde estoy. Me siento en el borde de la cama, e intento recordar sin conseguirlo. Miro por la ventana y reconozco la Rue de l'Ancienne Comédie. ¿Qué horas? Entre las doce de la noche y las tres de la mañana, dada la animación. Voy al lavabo y meto la cabeza todo lo que puedo bajo el chorro de agua. Alcanzo la toalla, me abro la camisa y me seco el pecho, luego vuelvo a acostarme. Mi muñón me duele, como cada vez que me duermo sin quitarme la prótesis. Cierro los ojos y respiro profundamente, siento náuseas. Vomito al lado de la cama, no tengo ni fuerzas para llegarme al lavabo ¿Qué he hecho en los últimos días? He estado escribiendo, he matado a alguien. ¿A quién? No lo sé, pero estoy seguro de haber matado a alguien. Da igual, ya me lo

recordaré. Después de haber vomitado me siento mejor, pero el olor me resulta insoportable, me lavo la cabeza, vuelvo a enjuagarme la cara, salgo de la habitación, bajo, dejo la llave en recepción y salgo a la calle. Tengo mil francos en el bolsillo y mi chequera. ¿Adónde ir? Entro en un café, pido una ficha de teléfono, y llamo a mi editor. Está a punto de acostarse. Tu novela es excelente, me dice. Es conmovedora, aunque hubiera preferido un final menos abrupto. ¿Qué novela? La que Marielle de Lesseps le ha entregado esta mañana, cuatro libretas y dos cintas. Yo no me acuerdo de haberlas grabado. Y sin embargo es mi voz, mi editor acerca el magnetofón al teléfono, en efecto es mi voz. Puedes pasarte mañana a recoger otro adelanto. Te lo agradezco. Voy al Drugstore de St. Germain que está aún abierto (es la una de la mañana), compro un clip, una T-shirt, unas zapatillas, objetos de aseo, un tubo de Alka-Seltzer, otro de hyalomiel, champú, y voy a tomar una habitación en el Crystal de la Rue St. Benoît, lo que me traerá a la memoria aventuras de juventud. El vigilante nocturno me reconoce, y yo le pregunto cómo le va. Sufre de las piernas. Lo acojono ja mí me han cortado una! Le enseño mi prótesis, y él se siente casi celoso, al menos eso no hace daño como las piernas de verdad. Yo le doy ánimos, el muñón me hace bastante daño. Ya he estado en esta habitación, pero cuándo y con quién no puedo acordarme. Me doy una ducha. En efecto, el muñón me hace mucho daño desde que Pierre está muerto. Con él había adquirido la sensibilidad de un glánde, de un glánde digamos circunciso, tras su muerte ha dejado de mostrarse sensible al placer,

y si mucho al dolor. Tan pronto como camino más de la cuenta durante dos o tres días, se inflama, la prótesis le provoca heridas. Pero no importa, estoy de buen humor, silbo un tango bajo la ducha. El hecho de haber terminado la novela me anima, es como si me despertara de una pesadilla. Me pregunto la impresión que me producirá cuando tenga que corregir las pruebas ¿Podrá acaso el lector sospechar que olvido todo lo que escribo? En todo caso, allá penas, una novela de más y un adelanto más. Mi editor dormirá tranquilo al menos durante una semana, hasta que me exija otra. O quizás no se atreverá, no sea que lo mate de verdad. El teléfono suena. ¿Quién puede saber que estoy aquí? Es Marilyn. Ella y Michael están en el hotel por algunos días, han llegado de Roma. Están en el mismo piso. Les digo que esperen que me vista. ¿Qué contratiempo! ¡Yo que me disponía a pasar una noche completamente solo en París con mi T-shirt de universidad americana, que acabo de comprarme en el Drugstore! Abro la puerta, Marilyn llega con la pequeña Pierina en brazos que me besa y me dice: ¡zío! zío! (tío en italiano) como una muñeca de gran tamaño. Tiene los rasgos de Marilyn, que ha engordado al menos quince kilos, me besa en las mejillas, y me dice: ¡cómo has adelgazado! Michael sale de su habitación subiéndose los tirantes. El ha engordado al menos veinte, su bigote rojizo le llega al cuello, ha perdido los pelos del cráneo, y los otros le llegan a los hombros. Tiene la cara tranquila, sonriente. Le doy un beso en los bigotes. Apesta a lavanda. Va a buscar a su habitación una botella de aguardiente italiano que me ha traído especialmen-

te de Roma, y todos nos sentamos sobre mi cama. La pequeña tiene ganas de hacer pipí y se pone a aullar. La ponemos sobre el bidé, y se pone a cagar. Michael va a buscar pañales limpios a la habitación, ahora quiere el biberón y hay que calentarlo, Michael baja a la cocina. Marilyn aprovecha su ausencia para preguntarme: ¿no es adorable la niña? La pequeña allá porque no quiere que le mojen el trasero que está todo irritado, ha cogido una infección en una playa romana. Le echamos talco encima, y en el mismo momento vomita sobre mis sábanas. Está muy excitada por el viaje, el avión la pone muy enferma. Michael llega con el biberón, ahora no lo quiere, se echa a llorar. Marilyn la sacude un poco, esto parece calmarla. Ahora me mira, parpadea, me sonrío. Quiere que la coja en brazos: zio, me dice. Yo la tomo en brazos. Sabe cantar, me dice Michael. Evidentemente es mentira. Esta niña es anormal, tiene ya tres años y aún no sabe hacer sola sus necesidades, se queda en mis brazos como una masa, con los suyos muertos. Intento dejarla sobre la cama, y se pone a aullar: zio! zio! Tengo que cogerla de nuevo. Bueno, mala suerte, me siento en la cama y la siento sobre mí. Marilyn me dice que Pierina va a hacer ya pronto su primera comunión, y que le ha comprado ya su traje. Tiene triple nacionalidad, francesa por su madre, americana por su padre, e italiana de nacimiento. Cuando sea mayor podrá elegir la nacionalidad que más le convenga. Antes de que empiecen a hacerme preguntas me adelanto: ¿Qué hacéis últimamente? En Roma siempre es la misma vida. Ir y venir entre Piazza Santa Maria y Piazza del Popolo, en espera de que algo suceda, el

último suceso fue el rodaje de la *Roma* de Fellini, donde Marilyn consiguió un pequeño papel, que no saldrá, porque fue eliminado en el montaje. Michael ha dejado la escultura, los cubos de poliéster son muy caros, ahora vende corbatas en una boutique frente a la Fontana de Trevi. Tienen un pequeño apartamento en un barrio periférico donde viven felices y cuidan de Pierina. Pierina quiere meterme la mano en la boca, y ellos lo encuentran muy simpático. La niña huele a mierda, intento quitármela de encima y pasársela a Michael. Pero ella quiere seguir conmigo. Tengo una cita urgente, digo, tengo que salir. Se sienten un poco decepcionados, pensaban que iríamos a cenar juntos con el angelito en el restaurante italiano de al lado. ¿Para qué? ¿Qué tenemos que decirnos? Desde que Pietro murió evitan hablar de él, los muy imbéciles, y éste es el único tema de conversación que podríamos tener en común. Para escuchar chismes de Roma, prefiero ir a pasarme solo por París. Les paso a su hija, les digo adiós, y cierro la puerta de un portazo. Me voy a reptar a la única pissotière interesante que queda en el barrio, en la Place St-Sulpice. Ni un alma, mala suerte, me desabrocho, espero, tal vez haya alguien que haya tenido la misma idea que yo. El bofia que hace guardia en la comisaría de enfrente atraviesa la calle al paso de la oca, me mira severamente, tose y mea un litro. Yo me hago como que no lo veo, él empieza a cascársela. Miro un poco su polla, no la tiene, es una berenjena. ¡Cretino! Le digo, y salgo de la pissotière abrochándome. Tomo un taxi y me voy al Cesar de la Rue Chabannais, al menos allí no me encontraré con mujeres de locas,

lo llevan una pareja de lesbianas. Dominique, la más pequeña y gorda, me hace los honores, hace años que no se me ve. Claude me da la mano. Hay mucha gente en la parte de arriba. Todo el Boulevard St. Germain entonces ¿no? Ambas estuvieron hace diez años en un cocktail que daban en mi casa la pequeña sociedad de travestidas de Marilyn, y conservan de ella un recuerdo helado. Les digo que un día de estos daré otra fiesta, no quiero quitarles la ilusión de que fuera de su bar el tiempo pasa lo mismo que dentro de sí mismas. Esta ilusión les da una esperanza para el retiro. Piensan casarse con una vieja pareja de homosexuales del grupo Arca-dia que les hacen la corte desde hace tiempo, juntarán los cuatro retiros y se dedicarán a la cría de faisanes para caza durante la vejez. Pido un vodka con naranja y subo al primer piso, está todo lleno de humo, tapizado con pieles de pantera y cromados. La gente baila una java, y yo me meto en el jaleo sin complejos, hay otra más vieja que yo y he-mipléjica, que no obstante aún da algunos pasos. Cojo a un español bajito por las caderas y quiere llevarme al ritmo de la música, pero no puedo seguirle, se va con otra tan vieja como yo pero que se ha puesto para la ocasión una gran peineta de carey que lleva incrustada entre sus mechetas rubias. Los demás la jalean, y esto me hace sentirme molesta. Finalmente llega lo lento, y me apresuro a invitar al español. Me llega a la cintura, pero es todo músculo, se siente fuerte, y baila sin parar desde las cinco de la tarde, mientras espera el metro del domingo por la mañana para volver a casa de sus patronos en Neuilly, trabaja como ayuda de cámara en casa

de una familia rica y sólo lo dejan salir los sábados por la noche. Le invito a tomarse unas copas de aguardiente en mi hotel, es más bien del tipo educado. Está con un compañero de su mismo pueblo, cerca de Salamanca. No importa, los invito a los dos. A las dos, se siente un poco asustada, me toma por un vicioso, ella busca el amor puro. Invito a bailar a otra que me rechaza. En el baile, cuando una te rechaza, todas las demás te rechazan, automáticamente invito a dos francesas, a una italiana, a una yugoslava, a una portuguesa, a dos españolas, todas buscan el amor. ¿Para qué? Para trabajar para su hombre, y no para sus patronos. Su trabajo se reduce a meterse una vez por semana a la misma hora, pero no están satisfechas con la paga que la carroza (en este caso yo, por ejemplo) les da, buscan otro sin dejar el primero, que siguen conservando, haciéndole sufrir de abstinencia de polla, desean el lujo, están siempre insatisfechas. Vienen por aquí todos los sábados en busca del nuevo pagano, y yo no les sirvo. Quieren a la carroza o al portaviones que les regale todo lo que han visto en el *Nouvel Observateur*, en *L'Express*, en el *Paris-Match*, en *Jours de France*, en todos los periódicos que hojean en casa de sus patronos. Se sienten decepcionadas cuando el eventual amante que se les presenta no es normal ¿Cómo podría serlo? Para encontrarse un amante rico hay que ir a Niza, a Marbella o a Nueva York. Y aún hay que ser joven y musculoso, tener una buena polla, y prestarse a todos los caprichos del viejo, lavados en plena noche antes de meterse, cuidarlos durante el día de sus reumatismos, ir a buscar en coche a su familia (pa-

san por chóferes de cara a la familia, trabajan el doble que si fueran meros ayudadas de cámara, ganan desde luego diez veces más, pero ¡de qué manera! que les da pequeñas propinas, sin imaginar que trata con un criminal en potencia. Un italiano bajito acaba de sacarme a bailar, es un verdadero enano pero está bien hecho. Bailamos el «Warum, Warum», me llega apenas al ombligo, yo le tengo colocada una mano en uno de sus hombros y con la otra le acaricio el cuello. Es tierno y gentil, siento su polla a la altura de mi rodilla, debe tenerla de buen tamaño. Me dice que querría venirse conmigo, su especialidad es meterla. Su nombre es Americo, caray, un nombre bastante poco corriente, yo tenía un tío de origen italiano que también se llamaba Americo, emigró a América del Sur y murió allí de nostalgia. También mi Americo es un poco emigrante, vive en la barra de un restaurante italiano subido a una banqueta, y envía la mitad de su paga a su madre y tres hermanas de talla normal, que viven en Calabria. Está tremendamente excitado el tipo, me dice que hace tres meses que no folla, resulta difícil para un enano, incluso los que se sienten excitados por esto tienen miedo del ridículo y los que no lo tienen son viciosos que quieren hacer de mamás suyas, o si es el caso en las pissotières, quieren mear encima de él. A mí, en cambio, me importa un carajo que sea enano, en nada cambia esto las virtudes de una buena polla calabresa. Llamamos a un radio-taxi, salta sobre una silla y me ayuda a ponerme la zamarra, bien se ve que trabaja en un restaurante. En el taxi intenta meterme la mano en el pantalón para tocarme el culo. yo le toco la polla. ¡Diablos, es

enorme! Jamás he visto nada como esto, es casi tan grande como mi propio muñón, tiene el tamaño de un puño. Me pregunto si podré soportarlo, no quiero ir a las cinco de la mañana al Hospital Municipal a que me den unos puntos en el culo. Pero al mismo tiempo estoy terriblemente excitado. ¿No sería cosa de hacerse con algún lubricante? Si. Llegamos al Hotel Crystal, el recepcionista se inclina para observar, a la vez que me entrega una carta. Es la letra de Marilyn: «Te dejamos a Pierina, sabemos que serás un buen padrino para ella». Cojo mi llave, y subimos a la habitación. La niña duerme en mi cama chupándose el dedo. ¿Te gustan las niñas? le pregunto a Americo. ¿Quieres que os la meta a las dos? ¿Estás mal de la cabeza? Tengo que conseguir que esto le parezca normal. Se la compré a su madre que es una putтана, yo se la meto todos los días, así que soportará bien su polla. Saco a Pierina de la cama, que se despierta y pregunta por su madre, la devisto, es más pequeña de lo que creía, casi un bebé. Le lubrifico el trasero, y se echa a llorar. Americo se saca la polla, e intenta introducirla. Nos vamos al baño para evitar manchar la habitación, y el enano empieza a metérsela. Pierina aúlla, yo le tapo la boca y las narices con una mano, ella comienza a ponerse totalmente roja. Americo la introduce cada vez más, la sangre empieza a correr, yo estrangulo a Pierina que va tomando un tono violáceo, su cuerpo empieza a contorsionarse, Americo aúlla de placer, ya está, se ha corrido. Ponemos a Pierina en el bidet y nos metemos nosotros en la ducha. Le digo que se marche ya, se marcha. Son las seis de la mañana. Aún tengo tiempo

para añadir un nuevo capítulo a mi novela antes de las once (es a las once cuando tengo la cita con mi editor), tomo mi última libreta y mi último bolígrafo, me preparo un buen porro de hierba y me pongo a escribir. Escribo de un tirón hasta las diez y media, ya está, acabada. Visto a la pequeña Pierina, bajo al hall con ella, pido la cuenta al recepcionista, y le ruego que sostenga a Pierina mientras le firmo el cheque. Me la devuelve, le digo que hasta la vista, hasta uno de estos días, y me marcho hacia la casa de mi editor en la Rue Garancière. Al pasar por la Place St. Sulpice entro en la pissotière, hay uno dentro, espero que se marche, dejo a Pierina en el meadero, y continúo mi camino. He añadido un nuevo capítulo, le digo a mi editor. Mucho mejor, así hará un libro de 204 páginas. Se frota las manos, me ofrece un cigarro. Sí que escribes aprisa, me dice. ¡Una novela en una semana! En efecto, hace justamente una semana que empecé. ¿Qué voy a hacer ahora? No lo sé, me pondré a dibujar, y tal vez escriba otra pieza de teatro. Con los cinco mil francos que me da iré a descansar una semana a Roma, tengo ganas de pasearme un poco sin rumbo. Llamo a Marielle para recuperar la maleta que me dejó en su casa. Vente a beber un último Vouvray, me dice. Doy las gracias a mi editor y salgo a la calle. Place St. Sulpice ha sido cerrada por la policía, acaban de violar y asesinar a una niña en el minigitorio ante las mismas narices de la policía. Tomo un taxi que me deja en casa de Marielle. ¡Mira que tomo taxis! Afortunadamente en Roma hay que ir a pie por necesidad, pero en París ir a pie es un puro delirio. En taxi, al menos, uno puede leer los

periódicos. Perdona por la forma como me comporté anteayer, le digo a Marielle. Me marché sin despertarte. Al contrario, es ella la que se excusa, no comprende cómo pudo dormirse, al despertar oyó toda la cinta y se divirtió mucho. Así que sales para Roma, ¿no? Sólo por unos pocos días. Hacemos una cita en el Flore para del jueves en ocho, luego iremos a almorzar a Lipp. Nos besamos en ambas mejillas, cojo mi maleta, y me voy.

París, 16 de octubre de 1976.

DICCIONARIO SUCINTO PARA EL LECTOR  
NO ENTENDIDO

El lector que no entiende (✓) \* poco o mal comprenderá algunos de los términos del ambiente (✓) empleados en esta traducción.

Para él, pues, el diccionario que sigue, en el que se contienen, además de los términos estrictamente necesarios para el verido castellano del original que aquí acompaña, otros no menos convenientes:

*Ambiente:* Término con que las locas (✓) designan al ghetto homosexual, por el simple procedimiento de sustantivar plenamente su ambiente; mediante el artículo determinado.

*Carroza:* Dicese de la loca (✓) ya entrada en años que aún mantiene un cierto buen ver, o lo pretende mediante la adición de afeites, bisonés y otras prótesis cosméticas. Por extensión se aplica a toda loca de edad avanzada, y a las no tan maduras pero ya un tanto consumidas. Tratándose en general de un término relativo, la carroza lo es en general por re-

\* (✓): signo de remisión. Remítese a.

lación al chorro o al chapero (♂), siendo tanto más visible su condición carrocil cuanto mayor sea su proximidad física a éstos: en el momento de la chapa o del ligue, p. e.

**Chapa** (hacer una —): actividad propia del chapero (♂). Acto de mantener relaciones sexuales mediante el pago de dinero u otro tipo de intercambio, simétrico, de distinta especie.

**Chapear**: Forma verbal de la acción propia del chapero (♂). En su forma pasiva (= ser chapeado) connota, total o parcialmente, el oprobio con que el ambiente (♂) carga a las carrozas, o bien, la pérdida narcisística que implica el no poder ligar a alguien (chorro, particularmente) por mérito propio, llámese éste belleza, postura o labia.

**Chapero**: Título relativamente peyorativo que se aplica a los individuos, generalmente jóvenes y debidamente apuestos, que mantienen intercambio sexual, con locas (♂) mediando pago. El chapero puede ser o no homosexual, pero presume generalmente de no serlo, lo que limita sus posibilidades de intercambio «amoroso», multiplicables, no obstante, por convenio con la parte contratante.

**Chucho**: Nombre con que la loca (♂) designa su vía de penetración propiamente dicha.

**Cuadro**: Representación sexual, a cargo generalmente de chaperos (♂), para solaz de locas (♂) impotentes o viciosas, o bien para carrozas (♂) y portaviones (♂) que requieran de platos fuertes para entonarse, por cuenta del peso de los años.

**Entender**: Forma elíptica de designar el hecho de ser homosexual.

**Entendido**: Persona o individuo que entiende, es decir, que es o ejerce de homosexual. Más propiamente empleado en su forma femenina.

**Estrecha**: Individuo de tendencias homosexuales que pretende no estar bien definido, que se resiste a la solicitud, o responde a ésta con remilgos. Por extensión se aplica también a la loca (♂) que se escuda en limitaciones de gustos, tipos o activida-

des sexuales para restringir su campo de respuestas, y a la que aduce motivos morales.

**Gai**: Término lanzado por el F.A.G.C. (Front d'Alliberament Gai de Catalunya) para sustituir el internacional «Gay» (♂), en castellano y catalán, fundándose en el origen provenzal del vocablo.

**Gay** (Pronúnciese «guei»): Término internacional acuñado por los movimientos de lucha homosexual americanos para designar al homosexual que está orgulloso de serlo y lucha por su equiparación sexual, según la consigna generalmente aceptada: «Out of the closets, into the streets» («Fuera de los armarios, a la calle»). Originalmente significaba simplemente «alegre», y servía como adjetivo elíptico para señalar los bares de ambiente (♂) de Nueva York y S. Francisco.

**Loca**: Nombre con que generalmente se designa a las que el lenguaje común conoce por «pásivas» o «tomantes». Desde un punto de vista más general, o si se quiere, ontológico, término con el que debería designarse a todo homosexual, cualquiera que sea su actividad más evidente durante el intercambio sexual o los atributos secundarios asumidos, según la máxima: «Todo bigote esconde un miriñaque».

**Macha**: Nombre con el que las generalmente designadas como locas (♂) designan a su vez a las que pretenden ostentar atributos exclusivamente viriles, o adoptar actitudes exclusivamente activas durante el intercambio sexual.

**Márica**: Forma insultante de tratarse entre sí las locas (♂), principalmente en los sectores lumpen del ambiente (♂). Bastante en desuso entre las locas de extracción burguesa, o inserción profesional e intelectual.

**Mariquita**: Forma cariñosa de lo mismo, y referido a los mismos sectores.

**Mujer de loca**: Término no acuñado como tal, pero que designa una realidad bastante común en ciertos sectores del ambiente (♂), principalmente entre los travestis y entre las locas de ambientes artísticos e in-

telectuales. En el primer caso se trata de prostitutas no demasiado profesionalizadas que intentan realizar en el travesti la fantasía del hermano-macarraz. En el segundo caso se trata generalmente de históricas que se hacen aceptar como lesbianas, pero que pretenden en realidad acostarse con homosexuales o aprovecharse de sus ligues. En uno y otro caso hay un deseo de identificación histórica con la loca, bien a través del vestido o de la simple contigüidad física.

**Número:** Véase «cuadro» (7).

**Pissotière:** término específicamente francés cuya traducción directa al castellano (= mingitorio. Italiana = vespasiana) omite las connotaciones propias del ambiente (7). La traducción más adecuada de expresiones francesas como «faire les pissotières» o «folle de pissotière», sería respectivamente en castellano: «ir de retretes» y «loca de retretes», pero evidentemente un retrete no es un mingitorio, ni por la forma, ni por el juego escénico a que puede dar lugar. Se trata, no obstante, de un término perfectamente lexicalizado, habida cuenta la casi total desaparición de las pissotières de París, en aras de una mayor higiene tanto fisiológica, como sin duda también moral.

**Pluma:** Dícese de aquel efecto o aura, conseguido mediante el artificio o el gesto, o natural y congénito, que denota excesivamente el carácter de loca (7) de un homosexual.

**Plumera:** Nombre, generalmente peyorativo, que se aplica a las que, según el giro habitual «gastan plumas». Lo que puede ocurrir a) por exceso: en casos rayanos con el travestismo; b) por defecto: en casos de criptohomosexuales que, no obstante, se delatan a sí mismos.

**Portaviones:** Título de carácter netamente despectivo que se aplica a las locas provecas que, no obstante, siguen en activo. Su empleo se ve en general restringido por la ampliación a este campo semántico del término carroza (7).

**Reina:** Nombre que, en general, se da a las locas (7) altivas o despectivas. En sentido estricto, designa a aquellas locas muy escogidas o difícilmente accesibles, por su endiosamiento, a la sollicitación sexual.

**Reptar:** Voz no muy extendida con que se designa aquella actividad que las locas despliegan, paseando, recorriendo lugares, ojeando sin cesar las presas, o ya directamente dirigida sobre alguna, con vistas al ligue y posterior consumación sexual. La loca reptadora tiende a emplearse full-time en dicha actividad, o lo hace con tal intensidad que logra ciertamente resumir la cantidad en calidad. Se trata evidentemente de un verbo transitivo, pero en situaciones de mayor proximidad al objeto de la acción puede recibir además el añadido de un dativo ético en el protocolo correspondiente: «reptarle a alguien», p.e.

**Vivir:** Verbo circumlocutorio que se emplea para averiguar, «entre amigas», el calibre del atributo viril de un supuesto macho, y en general del apéndice masculino como tal. Las locuciones típicas son: «¿qué tal vive?» o «¿cómo vive?». De uso no muy extendido.

**Vivenda:** Forma elíptica para designar el atributo viril, siempre con principal referencia al supuesto macho.

ALBERTO CARDÍN

INDICE

I. PIETRO GENTILUOMO . . . . .	7
II. CONFESIÓN . . . . .	19
III. LA RIVAL . . . . .	25
IV. LA SERPIENTE DE NUEVA YORK . . . . .	43
V. IBIZA . . . . .	55
VI. LA BOLA DE CRISTAL . . . . .	71
VII. EL MEDITERRÁNEO . . . . .	83
VIII. RUE DES TROIS-PORTES, TREINTA Y TRES . . . . .	95
IX. EL VAPOR . . . . .	109
X. LA AMNESIA . . . . .	121
XI. CON EL CORAZÓN EN LA MANO . . . . .	127
XII. LA ÚLTIMA PISSOTIÈRE . . . . .	141

Diccionario sucinto para el lector no entendido,  
por *Alberto Cardin* . . . . . 153